

El Diablo Enamorado

Jacques Cazotte

I

El autor de *El diablo enamorado* pertenece a esa categoría de escritores que, tras los pasos de Alemania e Inglaterra, llamamos humorísticos y que no apuntan en nuestra literatura sino bajo un barniz de imitación de lo extranjero. La mente clara y sensata del lector francés se presta poco a los caprichos de una imaginación soñadora, a menos que obre ésta dentro de los límites tradicionales y convenidos de los cuentos de hadas y las pantomimas de ópera. Nos agradan las alegorías, nos divierten las fábulas, rebotan nuestras bibliotecas de esos juegos de ingenio destinados en primer lugar a los niños, luego a las mujeres, y que los hombres no desdeñan cuando cuentan con ocios para ello. De muchos disponían en el siglo dieciocho y nunca tuvieron más aceptación que entonces las ficciones y las fábulas. Los escritores de más prosapia, Montesquieu, Diderot, Voltaire, acunaban y adormecían con deliciosos cuentos a aquella sociedad a la que iban a destruir de arriba abajo con sus principios ideológicos.

El autor de *El espíritu de las leyes* escribía *El templo de Gnido*; el fundador de la Enciclopedia deleitaba a los asistentes a los salones literarios de sus anfitrionas con *El pájaro blanco* y *Los dijes indiscretos*; el autor del *Diccionario filosófico* bordaba en *La princesa de Babilonia* y *Zadig* maravillosas fantasías orientales. Y todo era invención, era ingenio, y nada más, aunque, eso sí, los más exquisitos y encantadores que darse puedan.

Pero un poeta que se cree su fábula, un narrador que se cree su leyenda, un inventor que se toma en serio el sueño que le nació en la imaginación, he aquí lo que poco esperaba nadie encontrarse en pleno siglo XVIII, en aquella época en que los clérigos poetas se inspiraban en la mitología y algunos poetas laicos elaboraban fábulas con los misterios cristianos.

Mucho se habría asombrado el público de entonces al enterarse de que existía en Francia un narrador sutil e ingenuo al tiempo que escribía la continuación de *Las mil y una noches*, esa obra magna e inconclusa a cuya traducción dedicó sus desvelos el señor Galland, y con arte tal que parecía que los propios narradores árabes se la dictasen; y no se trataba sin más de un hábil pastiche, sino que era una obra original que escribía muy en serio un hombre personalmente impregnado del espíritu y las creencias de Oriente. Ciertamente es que la mayoría de esos relatos Cazotte los soñó al pie de las palmeras, al borde de los cerros antillanos de Saint-Pierre; lejos de Asia, por descontado, pero bajo su ardiente sol. Así fue como la mayoría de las obras de este escritor singular triunfaron sin aprovecharle a su fama, y es únicamente a *El diablo enamorado* y a unos cuantos poemas y canciones a lo que debió esa notoriedad que suavizó incluso los sinsabores de su vejez. El

final de su vida aportó, sobre todo, el secreto de las ideas misteriosas que rigieron la invención de casi todas sus obras y les añaden un singular valor que intentaremos gustar.

Existe no poca vaguedad en lo referido a los primeros años de Jacques Cazotte. Nació en Dijon, en 1720, y estudió en los jesuitas como casi todos los hombres educados de aquella época. Uno de sus hermanos, vicario mayor del señor de Choiseul, obispo de Châlons, lo llevó a París y le dio empleo en la administración de la Marina, en donde alcanzó, alrededor de 1747, el rango de comisario. Ya por entonces se dedicaba algo a la literatura, a la poesía ante todo. Un el salón de Racourt, compatriota suyo, coincidían literatos y artistas, y allí se dio a conocer, leyendo unas cuantas fábulas y algunas canciones, esbozos primeros de un talento que había, más adelante, de rendir tributo en mayor grado a la prosa que a la poesía.

Desde aquel momento, parte de su vida tuvo que transcurrir en la Martinica, adonde lo condujo un puesto de inspector de las Islas de Sotavento. Vivió allí varios años, sin fama, pero con la consideración y el afecto de todos, y se casó con la señorita Elisabeth Roignan, hija del principal juez de la Martinica. Pudo, merced a un permiso, regresar por una temporada a París, en donde publicó algún poema más. De esas fechas son dos canciones que no tardaron en gozar de celebridad y parecen responder a esa afición que imperaba por entonces de reverdecer la antigua romanza o balada francesa, imitando en ello a Bernard de La Monnoye. Fue uno de los primeros intentos de ese tono romántico o novelesco del que nuestra literatura iba a usar y abusar más adelante; y resulta notable ver cómo se trasluce ya, por más que con varias incorrecciones, el aventurero talento de Cazotte.

Se llama la primera canción «Al amor de la lumbre de la comadre», y comienza así:

Reconocemos ya del todo ese género llamado balada tal y como lo concibieron los poetas nórdicos; y, ante todo, nos percatamos de que se trata de un género fantástico tomado en serio. Muy lejos nos hallamos de la poesía almizclada de Bernis y Dorat. La sencillez del estilo no excluye cierto toque de poesía recia y pintoresca que aparece en algunos versos.

El caballero Enguerrand, un valiente que regresa de España, pasa ante el terrorífico castillo y pretende alojarse en él. Le cuentan pormenorizados relatos de los fantasmas que allí moran; pero él se burla, manda que le quiten las botas, que le den de cenar y que le preparen cama. A medianoche empieza el alboroto que le habían anunciado las gentes de bien. Unos terribles ruidos estremecen las murallas, una nube infernal arde bajo el artesonado; y, al tiempo, sopla un fuerte viento y las hojas de las puertas se abren *rumorosas*.

Un condenado, al que persiguen unos diablos, cruza por la sala lanzando gritos de desesperación.

Enguerrand pregunta a esos infortunados por el motivo de sus tormentos.

—Buen caballero —responde la mujer que enarbola el puñal—, nací en ese castillo y era la hija del conde Anselmo. Este monstruo que aquí veis, y que el cielo me obliga a torturar, era el capellán de mi padre y se prendó de mí para desdicha mía. Olvidó los deberes de su condición y, al no conseguir seducirme, invocó al diablo y se entregó a él para que lo favoreciera.

»Yo iba todas las mañanas al bosque para tomar el fresco y bañarme en el agua cristalina de un arroyuelo.

Esa rosa que el diablo ha embrujado hace que la hermosa ceda a los perversos propósitos del capellán. Pero no tarda en recobrar el dominio de sí misma y lo amenaza con denunciarlo a su padre. Y el desdichado la hace callar de una puñalada.

Se oye entonces a lo lejos la voz del conde, que anda buscando a su hija. El diablo se acerca al culpable, bajo forma de macho cabrío, y le dice: «Sube, mi buen amigo; no temas nada, mi fiel servidor».

Sube y comprueba sin sorpresa
cómo el diablo lo lleva corriendo
y cómo el aire se envenena
y a sus pies es la tierra un incendio.
Visto y no visto
lo mete vivo
en el infierno.
Ay, madre mía, ay, ay, qué miedo.

La historia concluye cuando el caballero Enguerrand, testigo de la infernal escena, se santigua por casualidad y,

con ello, se esfuma la aparición. En cuanto a la moraleja, se limita a exhortar a las mujeres a que desconfíen de la vanidad, y a los hombres a que desconfíen del diablo.

Esta imitación de las viejas leyendas católicas, que hoy sería muy desdeñada, resultaba entonces asaz nueva en literatura; nuestros escritores se habían plegado durante mucho tiempo al precepto de Boileau, que disponía que la fe de los cristianos no debe tomar ornatos prestados a la poesía; y es cierto que toda religión que cae dentro del ámbito de los poetas no tarda en desnaturalizarse y pierde su poder sobre las almas. Pero Cazotte, más supersticioso que creyente, tomaba muy poco en cuenta la ortodoxia. Por lo demás, el poemita del que acabamos de hablar no tenía pretensiones de ningún tipo y sólo puede valer nos para dejar constancia de las primitivas tendencias del autor de *El diablo enamorado* hacia un tipo de poesía fantástica que, posteriormente, cayó en el adocenamiento.

Dicen que esta romanza la compuso Cazotte para la señora Poissonnier, amiga suya de la infancia y nodriza del duque de Borgoña, que le había pedido canciones para cantárselas al regio niño. No cabe duda de que habría podido elegir un asunto menos triste y menos cargado de visiones mortuorias; pero ya se verá que a este escritor le aquejaba el triste destino de intuir todas las desgracias.

Otra romanza de la misma época, llamada «Las inimitables proezas de Olivier, marqués de Édesse», se puso también muy de moda. Se trata de una imitación de los antiguos *fabliaux* caballerescos, y también está compuesta en estilo popular.

Más de treinta estrofas se dedican a continuación a las hazañas del paje Olivier, a quien persigue el conde por tierra y mar; tras salvarle la vida varias veces, le dice en cada encuentro:

—Vuestro paje soy. ¿Mandaréis ahora que me hagan cuatro cuartos?

—¡Quítate de delante de mi vista! —le responde siempre el tozudo anciano, que nada consigue doblegar. Y Olivier decide por fin desterrarse de Francia para ir a guerrear a Tierra Santa.

Un día, perdida ya toda esperanza, quiere poner fin a sus penas; un anacoreta del Líbano le da acogida, lo consuela y le hace ver en un vaso de agua, una suerte de espejo mágico, cuanto sucede en el castillo de Tours: cómo su amante languidece en un calabozo, «entre los sapos y entre el fango»; cómo a su hijo lo perdieron en el bosque, en donde lo amanta una corza; y cómo, a mayor abundamiento, Richard, el duque de los bretones, ha declarado la guerra al conde de Tours y pone sitio a su castillo. Olivier, generoso, regresa a Europa para acudir en ayuda del padre de su amante y llega en el momento en que la plaza va a rendirse.

Vemos que no carece esta poesía sencilla de cierto lucimiento; pero lo que más llamó entonces la atención a los entendidos fue la novelesca historia, en la que Moncrif, el célebre historiógrafo de los *Gatos*, creyó ver condiciones para un poema.

Cazotte no era aún sino el modesto autor de unas cuantas fábulas y canciones; el aplauso del académico Moncrif le exaltó la imaginación y, al regreso de la Martinica, dio al tema de Olivier el tratamiento de un poema en prosa, entremezclando los hechos de caballería con situaciones cómicas y con aventuras mágicas, a la manera italiana. No es obra de gran valor literario, pero su lectura resulta amena y el estilo es harto elegante.

Podemos dejar constancia, de paso, de que por entonces escribió el *Lord impromptu*, relato breve inglés que pertenece al género íntimo y brinda detalles rebosantes de interés.

No hay que pensar, por lo demás, que el autor de estas historias fantásticas no se tomaba en serio su cargo administrativo; tenemos a mano un trabajo manuscrito que envió al señor de Choiseul durante su ministerio y en el que describe con gran dignidad las obligaciones de un comisario de marina y propone ciertas mejoras del servicio con un celo que sin duda fue debidamente apreciado. Podemos añadir que, en 1749, fecha en que los ingleses atacaron la colonia, Cazotte dio muestras de gran actividad e incluso de conocimientos estratégicos en lo referido a la forma de armar el fuerte Saint-Pierre. Pese a la incursión de los ingleses, pudo rechazarse el ataque.

Empero, la muerte del hermano de Cazotte lo hizo volver por segunda vez a Francia como heredero de todos sus bienes y no tardó en pedir el retiro, que le fue concedido con todos los honores, así como con la categoría de comisario general de la Marina.

II

Traía consigo a Élizabéth, su mujer, y residió, al principio, en casa de su hermano, en Pierry, cerca de Épernay. Como no tenían intención de regresar a la Martinica, Cazotte y su mujer vendieron todos sus bienes al padre Lavalette, superior de la casa de jesuitas, hombre culto con quien había mantenido durante su estancia en las colonias gratas relaciones. Éste pagó en letras de cambio de la Compañía de Jesús en París.

El importe ascendía a cincuenta mil escudos; presentado que hubo Cazotte las letras, la Compañía consintió el protesto de éstas. Los superiores aseguraron que el padre Lavalette había caído en especulaciones peligrosas y que no podían respaldarlas. A Cazotte, que había comprometido en esa operación la mayoría de sus bienes, no le quedó más remedio que pleitear con sus exprofesores. Y ese pleito, que hizo padecer mucho a aquel corazón piadoso y monárquico, fue el inicio de todos los que cayeron más adelante sobre la Compañía y la llevaron a la ruina.

Así fue cómo se iniciaron las fatalidades de esa existencia singular. No cabe duda de que a partir de entonces sus convicciones religiosas empezaron a hacer agua.

El éxito del poema de Olivier lo animaba a seguir escribiendo. Y publicó *El diablo enamorado*.

Esta obra es ya bien conocida por varias razones. Destaca de entre las de Cazotte por el encanto y la perfección de los detalles; pero las supera a todas por la originalidad del concepto. En Francia, y sobre todo en el extranjero,

este libro creó escuela y ha sido fuente de inspiración para muchas creaciones análogas.

Una obra literaria así es un fenómeno que tiene mucho que ver con el entorno social en que apareció; el *Asno de oro* de Apuleyo, libro no menos impregnado de misticismo y poesía, nos indica cuál fue en la Antigüedad el modelo de creaciones como ésta. Apuleyo, aquel iniciado en el culto de Isis, aquel iluminado pagano, a medias escéptico y a medias crédulo, que buscaba bajo los escombros de las mitologías que se iban desplomando huellas de las supersticiones anteriores o perdurables, explicaba la fábula mediante el símbolo y el prodigio mediante una imprecisa definición de las fuerzas ocultas de la naturaleza para, al momento, burlarse de la propia credulidad o lanzar, acá y acullá, alguna ironía que desconcierta al lector dispuesto a tomarlo en serio, Apuleyo, pues, es sin duda alguna el cabeza de esa familia de escritores en la que, en nuestra tierra, se incluye también al autor de *Smarra*, este sueño de la Antigüedad, esta poética plasmación de los fenómenos más pasmosos de la pesadilla.

Muchos no han visto en *El diablo enamorado* sino un cuento de hadas, parecido a otros tantos de la misma época y digno de figurar en *Le cabinet des fées* [*El cuarto de las hadas*, de Madame d'Aulnoy]. En el mejor de los casos, lo englobarían dentro de la misma categoría que los cuentos alegóricos de Voltaire. Sería como comparar la obra mística de Apuleyo con las bromas mitológicas de Luciano. *El asno de oro* sirvió durante mucho tiempo de trama a las teorías simbólicas de los filósofos alejandrinos; los propios cristianos respetaban este libro; y san Agustín lo cita con deferencia como expresión poetizada de un símbolo religioso; *El diablo enamorado* se merece elogios similares y supone un progreso singular en el talento y el estilo de su autor.

Hete aquí, pues, que este hombre que fue, al principio, un poeta risueño de la escuela de Marot y de La Fontaine, y luego un candoroso autor de cuentos, prendado ora del colorido de los antiguos *fabliaux* franceses, ora del deslumbrante espejeo de las fábulas orientales que puso de moda el éxito de

Las mil y una noches, seguidor, en última instancia, de los gustos de su siglo más que de su propia fantasía, este hombre cae en el más tremendo peligro de la vida literaria: el de tomarse en serio sus propias invenciones. Y en eso consistió, a decir verdad, la desventura y la gloria de los grandes escritores de aquella época; escribían con la propia sangre, con las propias lágrimas; desvelaban sin compasión, en provecho de un público vulgar, los misterios de su mente y su corazón; interpretaban en serio su papel, de idéntica forma que aquellos cómicos de la Antigüedad que maculaban el escenario con sangre auténtica para complacer la tiranía del público. Pero ¿quién iba esperar encontrarse, en ese siglo de incredulidad en que los mismísimos clérigos defendieron con tan poco brío sus creencias, a un poeta a quien el amor por lo maravilloso puramente alegórico condujera poco a poco hasta el misticismo más sincero y ardiente?

Rebosaban a la sazón las bibliotecas de libros referidos a la cábala y las ciencias ocultas; las más insólitas especulaciones de la Edad Media resucitaban bajo una forma ingeniosa e intrascendente propia para conseguirles a esas ideas remozadas el favor de un público frívolo, a medias impío y a medias crédulo, como el de las postreras etapas de Grecia y Roma. El padre De Villars, el reverendo Pernetty y el marqués de Argens popularizaron los misterios del *Œdipus Ægyptiacus* y las eruditas ensoñaciones de los neoplatónicos de Florencia. Pico della Mirándola y Marsilio Ficino renacieron, impregnados del almizclado ingenio del siglo XVIII, en *El conde de Gabalis*, *Las cartas cabalísticas* y otras obras de filosofía transcendente puesta al alcance de los salones. No se hablaba ya sino de espíritus elementales, simpatías ocultas, hechizos, posesiones, almas que migraban, alquimia y, ante todo, de magnetismo. La protagonista de *El diablo enamorado* no es sino uno de esos raros duendes cuya descripción podemos ver en los artículos *Incubo o Súcubo* de *El mundo encantado* de Bekker.

El papel un tanto perverso que, en definitiva, hace interpretar el autor a la deliciosa Biondetta bastaría para indicarnos que por entonces no era aún un iniciado en los misterios de la Cábala o de los iluminados, quienes siempre han diferenciado escrupulosamente a los espíritus elementales, los silfos, los gnomos, las ondinas y las salamandras de los infernales servidores de Belcebú. Cuentan, no obstante, que, poco tiempo después de publicarse *El*

diablo enamorado, visitó a Cazotte un misterioso personaje de porte severo, rostro consumido por el estudio e imponente estatura arropada en un gabán pardo.

Solicitó hablarle en privado y, cuando los dejaron a solas, el extraño se dirigió a Cazotte con unas cuantas señas curiosas como esas que usan los iniciados para reconocerse entre sí.

Cazotte, pasmado, le preguntó si era mudo y le rogó que le explicase con mayor claridad lo que tuviera que decirle. Pero el otro se limitó a modificar la dirección de las señas y cayó en manifestaciones aún más enigmáticas.

Cazotte no pudo disimular la impaciencia.

—Perdón, señor mío —le dijo el extraño—, pero lo creía de los nuestros e incluso de aquellos de más altos grados.

—Ignoro qué me quiere decir con eso —contestó Cazotte.

—¿Y, si no lo es, de dónde puede haber sacado los pensamientos que imperan en su Diablo enamorado?

—De mi imaginación desde luego.

—¡Cómo! Esas invocaciones entre las ruinas, esos misterios de la Cábala, ese poder oculto de un hombre sobre los espíritus del aire, esas teorías tan impresionantes acerca del poder de los números, la voluntad, las fatalidades de la existencia, todas esas cosas ¿se las ha imaginado su merced?

—He leído mucho, pero sin doctrinas, sin método particular alguno.

—¿Y ni siquiera es masón?

—Ni siquiera.

—Pues bien, caballero, bien sea por perspicacia, bien por azar, ha calado en secretos que no están al alcance sino de los iniciados de primerísima categoría y quizá sería prudente, a partir de ahora, que se abstuviera de tamañas revelaciones.

—¿Qué? ¿Eso he hecho? —exclamó Cazotte asustado—. ¡Yo que no pretendía sino entretener al público y demostrar nada más que había que tener cuidado con el diablo!

—¿Y quién le dice que nuestra ciencia tenga relación con ese espíritu de las tinieblas? Tal es, empero, la conclusión de su peligrosa obra. Lo he tomado por un hermano desleal que traicionaba nuestros secretos por un motivo que despertaba mi curiosidad... Pero puesto que no es, efectivamente, sino un profano que nada sabe de nuestra sublime meta, lo instruiré y le daré a conocer más a fondo los misterios de ese mundo de los espíritus que nos rodea por doquier y ya se le ha revelado a su merced sólo por intuición.

Esta conversación se prolongó bastante; los biógrafos difieren en lo dicho, pero todos coinciden en la súbita revolución que aconteció a partir de entonces en las ideas de Cazotte, adepto sin saberlo de una doctrina de la que ignoraba incluso que contase con representantes. Admitió que en *El diablo enamorado* se había mostrado severo con los cabalistas, acerca de los que no tenía ideas sino muy vagas, y que sus prácticas no eran posiblemente tan condenables como lo había supuesto. Se acusó incluso de haber calumniado un sí es no es a esos inocentes espíritus que pueblan la región media del aire y bullen en ella, al atribuirles la vidriosa personalidad de un duende hembra que responde al nombre de Belcebú.

—Piense —le dijo el iniciado— que el padre Kircher, el padre De Villars y muchos otros casuistas demostraron hace ya bastante su perfecta inocencia desde el punto de vista cristiano. Las Capitulares de Carlomagno los mencionaban como seres que pertenecían a las jerarquías celestiales; Platón y Sócrates, los más sabios de entre los griegos, Orígenes, Porfirio y san Agustín, esas lumbreras de la Iglesia, estaban de acuerdo en diferenciar el poder de los espíritus elementales y el de los hijos del abismo...

Habría bastado con menos para convencer a Cazotte, quien, como se irá viendo, aplicó más adelante esas ideas no ya a sus libros, sino a su vida, y

demostró lo convencido que de ellas estaba hasta sus postreros momentos.

Tanto más dispuesto debió de mostrarse Cazotte a reparar la culpa de la que lo avisaban cuanto que por entonces no era baladí ganarse el odio de los iluminados, que eran muchos, poderosos y divididos en una plétora de sectas, sociedades y logias masónicas homogéneas de un extremo a otro del reino. Si acusaban a Cazotte de haber revelado a los profanos los misterios de la iniciación se exponía a correr la suerte del padre De Villars, quien, en *El conde de Gabalis*, se había permitido mostrar a la curiosidad pública, medio en serio, medio en broma, toda la doctrina de los rosacruces acerca del mundo de los espíritus. Encontraron un día a ese clérigo asesinado en la carretera de Lyon y no fue posible acusar de ello ni a los silfos ni a los gnomos. Opuso Cazotte tanta menos resistencia a los consejos del iniciado cuanto que tenía ya una inclinación natural a esa clase de ideas. Lo cansaba la vaguedad que le aquejaba el pensamiento, fruto de unos estudios llevados a cabo sin método alguno, y necesitaba vincularse a una doctrina completa. La de los martinistas, en cuyas filas solicitó que lo admitieran, la había introducido en Francia Martínez Pasqualis y se limitaba a reimplantar los

ritos cabalísticos del siglo once, último eco del sistema de los gnósticos, en el que un toque de la metafísica judía se mezcla con las oscuras teorías de los filósofos alejandrinos.

La escuela de Lyon, a la que ahora pertenecía Cazotte, profesaba, siguiendo los pasos de Martínez, que la inteligencia y la voluntad son las únicas fuerzas activas de la naturaleza, de lo que se deriva que, para modificar los fenómenos de dicha naturaleza, basta con mandar mucho y con querer. Añadía que, contemplando las propias ideas y abstrayéndose de cuanto tiene que ver con el mundo exterior y con el cuerpo, el hombre podía alcanzar la noción perfecta de la esencia universal y ese dominio de los *espíritus* cuyo secreto se halla en la *Triple sujeción del infierno*, conjuro todopoderoso que utilizaban los cabalistas medievales.

Martínez, que colmó Francia de logias masónicas con obediencia a su rito, fue a morir a Santo Domingo. La teoría no consiguió conservarse pura y no tardó en modificarse y en admitir ideas de Swedenborg y de Jacob Boehm que no resultó fácil aunar bajo un único símbolo. El célebre Saint-Martin, uno de los neófitos más vehementes y más jóvenes, se inclinaba muy especialmente hacia los principios de éste último. Por aquellos tiempos, la escuela de Lyon se había unido ya a la Sociedad de los Filaletos, en la que Saint-Martin se negó a ingresar, pues decía que les importaba más la ciencia de las *almas* según Swedenborg que la de los *espíritus* según Martínez.

Más adelante, cuando se refería a su estancia entre los iluminados de Lyon, decía este ilustre teósofo:

En la escuela por la que pasé hace veinticinco años eran

frecuentes las *comunicaciones* de toda índole; recibí las que me correspondían, como muchos otros. Eran visibles las manifestaciones de la señal del *Reparador*, algunas iniciaciones me habían preparado para ello. Pero —añadía— el peligro de esas iniciaciones es que pone al hombre a merced de los *espíritus violentos*; y no puedo asegurar que las formas que se comunicaban conmigo no fueran formas tomadas de prestado.

El peligro que asustaba a Saint-Martin fue precisamente en el que cayó Cazotte, y quizá el causante de las mayores desventuras de su vida. Por una larga temporada, sus creencias resultaron amenas y tolerantes; en el transcurso de esos años escribió más cuentos árabes que se confundieron durante mucho tiempo con *Las mil y una noches*, cuya continuación eran, y no proporcionaron al autor toda la fama que deberían haberle aportado.

Son los principales *La dama desconocida*, *El jinete*, *El ingrato castigado*, *El poder del destino*, *Simustafá*, *El califa ladrón*, que proporcionó la trama para *El califa de Bagdad*, *El amante de las estrellas* y *El hechicero o Maugraby*, obra repleta de deliciosas descripciones e interesantísima.

Predominan en sus creaciones el encanto y el sutil ingenio de los detalles; en cuanto a la riqueza inventiva, no tiene nada que envidiar a los propios cuentos orientales, lo que se explica en parte por el hecho de que varias de las tramas originales se las debía el autor a un monje árabe, el reverendo Chavis.

La teoría de los espíritus elementales, tan cara a todas las imaginaciones místicas, sabido es que también existe en las creencias de Oriente; y los pálidos fantasmas, vislumbrados entre las nieves del Norte a costa de alucinaciones y vértigos, se impregnan en esas otras comarcas de los resplandores y los tonos de un ambiente esplendoroso y una naturaleza afortunada. En el cuento *El jinete*, que es en realidad un poema, lleva a cabo Cazotte una mezcla de invención novelesca y diferenciación entre los buenos espíritus y los malos sabiamente tomada de los cabalistas de Oriente. Los genios luminosos, siervos de Salomón, combaten arduamente con los del séquito de Eblis; los talismanes, los conjuros, los anillos con los poderes de las constelaciones, los espejos mágicos, todo ese maravilloso enredo de los fatalistas árabes se trenza y se

destrenza en esa obra. Vemos en el protagonista algunos rasgos del Iniciado egipcio de la novela *Sethos*, que gozaba a la sazón de gran popularidad. El episodio en el que cruza, entre peligros mil, la montaña de Caf, palacio eterno de Salomón, rey de los genios, es la versión asiática de las pruebas de Isis; de esta forma, la preocupación por las mismas ideas aparece una y otra vez bajo las más diversas formas.

No por ello negaremos que muchas de las obras de Cazotte pertenecen a la literatura más habitual. Gozó de cierta fama como fabulista; y, al dedicar su volumen de fábulas a la Academia de Dijon, no olvidó traer a colación a uno de sus antepasados que, en tiempos de Marot y Ronsard, puso su grano de arena en los avances de la poesía francesa. Cuando Voltaire estaba publicando su poema *La guerra de Ginebra*, Cazotte tuvo la humorada de añadir a los primeros cantos del poema inconcluso un séptimo canto escrito con similar estilo y que pasó por ser fruto de la pluma del propio Voltaire.

Nada hemos dicho de sus canciones, en las que se revela un ingenio muy particular. Recordemos la más conocida, que se llama «Ay, mayo, bonito mes de mayo»:

Y continúa en ese mismo tono. Es una deliciosa pintura de abanico que se abre con la gracia candorosa y amanerada a la vez de los tiempos de antaño.

¿Por qué no citar también la primorosa danza de rueda «Amarte siempre» y, sobre todo, esta alegre villanesca varias de cuyas estrofas incluimos?

Ya hemos dicho que la Ópera Cómica le debía a Cazotte la trama de *El califa de Bagdad*; también *El diablo enamorado* se representó como opereta con el nombre de *El infante de Zamora*. A ello se debió sin duda que uno de sus cuñados, que vino a pasar unos días en su finca de Pierry, le reprochase que no se dedicara al teatro y le presentase las óperas bufas como obras harto difíciles.

—Sugíereme una palabra —respondió Cazotte— y mañana tendré hecha una obra de ese género que no carecerá de nada.

Vio el cuñado entrar en ese momento a un labriego calzado con zuecos.

—Muy bien. ¡Zuecos! —exclamó—. Haz una obra con esa palabra.

Cazotte pidió que lo dejaran solo; pero un personaje singular, que precisamente asistía a aquella velada, se ofreció a escribir la música según iba escribiendo Cazotte el libreto. Se trataba de Rameau, sobrino del gran músico, cuya vida fantástica refiere Diderot en ese diálogo que constituye una obra maestra y es la única sátira moderna que pueda competir con la de Petronio.

La ópera quedó concluida durante la noche, se envió a París y no tardó en representarse en el teatro de La Comédie italienne, tras algunos retoques de Marsollier y Duni, que se avinieron a firmarla. Cazotte no obtuvo más derechos de autor que un pase gratuito; y el sobrino de Rameau, ese genio incomprendido, siguió tan desconocido como antes. Era, por lo demás, el músico que le correspondía a Cazotte, que tomó sin duda muchas de sus peculiares ideas de aquel curioso compañero.

El retrato que de él nos da en el prefacio de la «Segunda Rameida», poema cómico-heroico que compuso en honor de su amigo, merece conservarse tanto como pieza de acabado estilo cuanto como anotación de gran utilidad para completar el agudo análisis moral y literario de Diderot.

«El hombre de carácter más agradable que haya conocido en la vida; se llamaba Rameau, era sobrino del famoso músico, fue compañero mío de

colegio y me entregó una amistad que nunca menguó ni de su parte ni de la mía. Esta persona, el hombre más extraordinario de nuestra época, nació con talentos naturales para más de un género, de los nunca pudo sacar provecho por el escaso asiento de su mente. No puedo comparar el tono de sus gracias más que al que muestra el doctor Sterne en su *Viaje sentimental*. Las salidas de Rameau eran salidas instintivas y de un cariz tan suyo que habría que pintarlas para intentar exponerlas. No se trataba de dichos ingeniosos, sino de hallazgos que parecían proceder del más acabado conocimiento del corazón humano. Tenía una apariencia realmente chistosa que añadía una chispa extraordinaria a sus salidas, tanto más inesperadas en él que, habitualmente, lo que solía era desbarrar. Era músico de nacimiento, tanto como su tío y quizá más, aunque nunca pudo internarse en las profundidades del arte; pero había venido al mundo rebosante de canto y tenía la curiosa facilidad de dar, *impromptu*, con lo grato y lo expresivo en cuanto se le sugerían unas cuantas palabras; mas habría sido necesario que un artista auténtico le hubiera arreglado y enmendado las frases y escrito las partituras. Era de una fealdad tan espantosa como agradable; con frecuencia aburría, porque su genialidad lo inspiraba pocas veces; pero si se hallaba en vena, hacía llorar de risa. Vivió pobre, pues no podía tener profesión alguna. Su completa pobreza la consideraba yo como blasón de honra. No había nacido totalmente carente de fortuna, pero habría sido menester que privase a su padre de la hacienda de su madre, y no admitió la idea de dejar en la miseria al autor de sus días, que se había vuelto a casar y tenía más hijos. Demostró en más ocasiones cuán bondadoso de corazón era. Aquel hombre singular vivió con la pasión de la gloria, que no podía alcanzar en nada... Murió en una institución religiosa en donde lo internó su familia, tras un retiro de cuatro años que aceptó de buen grado y tras haberse ganado la voluntad de todos cuantos, al principio, no eran sino sus carceleros».

Las cartas de Cazotte sobre música, algunas de las cuales son respuesta a la carta de J. J. Rousseau sobre la ópera, se refieren a tan superficial incursión en el ámbito de la lírica. Casi todos esos escritos son anónimos y se recopilaron más adelante como piezas diplomáticas de la disputa acerca de la ópera. Algunos son auténticos. Otros, dudosos. Mucho nos asombraría que hubiera que incluir entre estos últimos «El profetilla de Boehnrishbroda»,

fantasía de ingenio original que podría, llegado el caso, acabalar la clara analogía entre Cazotte y Hoffmann.

Estamos aún en los buenos tiempos de la vida de Cazotte. Éste es el retrato que dejó Charles Nodier de este hombre célebre, a quien conoció en la juventud:

«A una extremada benevolencia, que se reflejaba en su hermosa y grata fisonomía, a una suave ternura que expresaban de la más seductora forma aquellos ojos azules y aún muy risueños, sumaba el señor Cazotte el inapreciable talento de contar mejor que cualquier otro hombre en el mundo cuentos a la vez raros e ingenuos, que pertenecían a la realidad más trivial por la exactitud de las circunstancias y al mundo de las hadas por la magia. La naturaleza le había otorgado un don especial para ver las cosas bajo su apariencia fantástica y bien sabido es que contaba yo con la disposición más indicada para disfrutar con deleite de esa clase de ilusiones. En consecuencia, cuando se oía un paso rotundo, a intervalos regulares, en las baldosas del cuarto vecino; cuando se abría su puerta con metódica lentitud y dejaba asomar la luz de un farol que llevaba un criado anciano menos ágil que su amo; cuando el señor Cazotte llamaba alegremente a su paisano; cuando aparecía en persona, con su tricornio, su larga levita de camelote verde ribeteada con un galón fino, sus zapatos de punta cuadrada muy cerrados y con recia hebilla de plata y su largo bastón con puño de oro, nunca dejaba yo de correr hacia él manifestado una vehemente alegría, que sus arrumacos incrementaban».

Pone luego Charles Nodier en labios de Cazotte uno de esos relatos misteriosos que se complacía en referir en sociedad y todo el mundo escuchaba con avidez. Se refiere éste a la longevidad de Marión Delorme, a quien decía haber visto pocos días antes de su muerte, cuando contaba casi siglo y medio de existencia, cosa que, por lo demás, parecen confirmar la partida de nacimiento y la de

defunción, que se conservan ambas en Besançon. Dada por buena la tan discutida cuestión de la edad de Marión Delorme, Cazotte pudo haberla conocido a la edad de veintiún años. Y decía, por eso, que estaba en condiciones de referir detalles inéditos de la muerte de Enrique IV, que Marion Delorme podría haber presenciado.

Pero el mundo rebosaba en aquellos tiempos de conversadores aficionados a lo maravilloso; el conde de Saint-Germain y *Cagliostro* soliviantaban todas las cabezas. Y es posible que lo único que tuviera Cazotte y no tuvieran los otros fuera su genio literario y la discreción de una honrada sinceridad. Aunque si liemos de dar crédito a la conocida profecía que se refiere en las Memorias de La Harpe, se limitó a desempeñar el fatal papel de Casandra y no le faltó razón al estar siempre *a pie del trípode de la pitonisa*, como solían reprocharle.

III

«**P**arece que fue ayer —cuenta La Harpe—, pero fue a comienzos de 1788.

Estábamos sentados a la mesa en casa de uno de nuestros colegas de la Academia, muy gran señor y hombre de ingenio; los comensales eran muchos y de todos los estados: togados, cortesanos, literatos, académicos, etc. Las viandas habían sido suculentas, como de costumbre. Al llegar a los postres, los vinos de Malvasía y Constantia añadían al buen humor de hallarse en selecta compañía, ésa a modo de libertad que no siempre está a tono con ella: se había llegado por entonces, en sociedad, a ese punto en que todo está permitido con tal de hacer reír a los demás.

Champfort nos había leído algunos de sus cuentos impíos y libertinos; y las nobles damas habían atendido sin echar mano ni tan siquiera del abanico. Vino luego un chaparrón de bromas acerca de la religión, que se recibieron con aplausos. Uno de los comensales se pone de pie y, alzando el vaso lleno, exclama:

—Sí, caballero, estoy *tan seguro de que no hay Dios* como de que Homero es un necio.

Y efectivamente estaba seguro de ambas cosas; y se había hablado de Homero y de Dios, y había habido comensales que habían puesto bien a ambos.

La conversación toma un giro más serio; menudean las admiraciones elogiosas a *la revolución de la que es autor Voltaire*, y todo el mundo coincide en que ése es su principal blasón de gloria: “Dio pauta a su siglo y lo leyeron tanto en las antesalas cuanto en los salones”.

Uno de los comensales nos refirió, soltando el trapo, que su peluquero le había dicho, mientras le empolvaba el peinado: “*Ya ve, señor, aunque no soy sino un humilde barbero, soy tan ateo como el que más*”.

La conclusión a la que llegamos fue que la revolución no tardaría en cumplirse; y que era indispensable que *la superstición y el fanatismo cedieran el sitio a la filosofía*. Y pasamos a calcular la probable fecha del

acontecimiento y quiénes de los presentes verían *el reino de la razón*. Los de más edad se lamentan de no poder holgarse con esa hipótesis; los jóvenes se regocijan por tener esperanzas muy probables; y, ante todo, se le da la enhorabuena a la Academia por haber preparado la gran obra y haber sido la capital, el núcleo, la *inductora de la libertad de pensamiento*.

Sólo uno de los comensales no había participado en tan jubilosa conversación e incluso había dejado caer, sin alterarse, unas cuantas bromas acerca de nuestro exuberante entusiasmo: era Cazotte, hombre afable y singular, pero imbuido, por desgracia, de las ensoñaciones de los *iluminados*. Posteriormente, su heroísmo lo hizo ilustre para siempre.

Toma la palabra y dice con la mayor seriedad:

—Señores, pueden estar contentos, todos verán *esa revolución grande y sublime* que tanto ansían. Ya saben que algo tengo de profeta, y se lo repito: *la verán*.

Le contestan con la consabida frase: “Para decir cosas así no hace falta ser una lumbrera”.

—Lo admito, pero quizá sí que haya que serlo algo más para lo que me queda por decirles. ¿Saben lo que sucederá con esa revolución, lo que les sucederá a ustedes, a quienes están aquí hoy, y qué será lo que pase acto seguido, cuál será el efecto probado, la consecuencia demostrada?

—¡Veámoslo pues! —dice Condorcet con su expresión cautelosa y sandia—. A un profeta nunca le disgusta toparse con un filósofo.

—*Usted, señor Condorcet, morirá tendido en el suelo de un calabozo, morirá de un veneno que se tomará para salvarse del verdugo; de un veneno que esos tiempos venturosos lo obligarán a llevar siempre encima.*

Gran pasmo primero; pero luego todos recuerdan que este buen Cazotte tiene tendencia a soñar despierto, y ríen a más y mejor.

—Señor Cazotte, esta historia que nos está contando no resulta tan amena como su *Diablo enamorado*. ¿Qué diablo le ha metido en la cabeza ese *calabozo, ese veneno y esos verdugos*? ¿Qué puede tener todo eso que ver con *la filosofía y el reinado de la razón*?

—Eso es precisamente lo que le estoy diciendo: en nombre de la filosofía, de la humanidad, de la libertad, bajo el reinado de la razón será cuando terminará usted así; y será efectivamente el reinado de la razón, porque en esa

época *la razón tendrá templos*, e incluso no habrá por entonces en toda Francia sino *templos de la Razón*.

—A fe mía —dijo Champfort con risa sarcástica— que no será usted uno de los sacerdotes de esos templos.

—Esa esperanza tengo; pero usted, *señor de Champfort*, que sí que lo será, y muy digno de serlo, *se dará veintidós tajos con la navaja de afeitar para cortarse las venas*, de los que, sin embargo, no morirá hasta varios meses después.

Los comensales se miran y vuelven a reír.

—Usted, señor *Vicq-d’Azir*, no se abrirá las venas personalmente, pero después de haber mandado que se las abran seis veces en un día, tras un ataque de gota, para tener total seguridad de conseguir sus propósitos, morirá durante la noche. *Usted, señor de Nicolai*, morirá en el patíbulo; *usted, señor Bailly*, en el patíbulo...

—¡Bendito sea Dios! —dice Roucher—; por lo visto, el señor sólo se ensaña con la Academia; acaba de hacer una mortandad espantosa; y yo, gracias al cielo...

—¡Usted! Usted también morirá en el patíbulo.

—¡Está visto que es una auténtica obsesión! —exclaman los presentes—. Ha jurado acabar con todo.

—No, no soy yo quien lo ha jurado.

—¿Pero es que nos van a someter los turcos o los tártaros? E incluso en un caso así...

—Nada de eso, ya se lo he dicho: por entonces sólo los gobernarán *la filosofía y la razón*. Quienes les den ese trato serán todos *filósofos*, no se les caerán de la boca esas mismas frases que llevan ustedes una hora soltando, repetirán todos sus dichos, citarán, lo mismo que ustedes, los versos de Diderot y de *La doncella*...

Los asistentes se decían al oído: «Ya ven que *está loco*», pues Cazotte hablaba con la mayor seriedad. “¿No se dan cuenta de que está bromeando? Y ya saben que en sus bromas siempre interviene la magia”. “Sí”, añadió Champfort, “pero esa magia suya no tiene ninguna gracia, es demasiado patibularia”.

—¿Y cuándo sucederá todo eso? —preguntó.

—*Antes de que pasen seis años todo cuanto les estoy diciendo se habrá cumplido.*

—¡Muchos y grandes milagros son éstos! —y esta vez era yo el que hablaba—. ¿Y a mí no me coloca en ninguna parte?

—Allí estará y le habrá pasado un milagro no menos extraordinario: por entonces será usted cristiano.

Grandes exclamaciones.

—Bueno —siguió diciendo Champfort—, pues ya se me ha pasado el susto. Si no nos vamos a morir hasta que La Harpe sea cristiano somos inmortales.

—Hay que reconocer —dijo entonces la duquesa de Grammont— que las mujeres estamos de suerte al no tener nada que ver *con las revoluciones*. Y cuando digo que no tenemos nada que ver eso no significa que no intervengamos siempre un poco; pero es algo admitido que nadie se mete con nosotras, y el bello sexo...

—*De nada les servirá pertenecer al bello sexo en esta ocasión, señora; y por más que no intervengan, se las tratará lo mismo que a los hombres, sin diferencia alguna.*

—Pero ¿qué nos está diciendo, señor Cazotte? Nos está usted explicando el fin del mundo.

—Eso no lo sé; pero lo que sí sé es que a su merced, señora duquesa, la llevarán al patíbulo, y también a otras muchas damas, en la carreta del verdugo y con las manos atadas a la espalda.

—¡Ah, pues espero disponer al menos, en una situación así, de una carroza con paños negros!

—No, señora, damas de mayor prosapia irán también en carreta, y con las manos atadas lo mismo que su merced.

—¡Damas de mayor prosapia! ¿Cómo? ¿Princesas de sangre?

—*De mayor prosapia aún...*

Al llegar a este punto, hubo entre los presentes sensible conmoción y al anfitrión se le ensombreció el rostro. A todos empezaba a parecerles que la broma pasaba de castaño oscuro.

La señora de Grammont, para ahuyentar aquella nube, no insistió en la última respuesta y se contentó con decir, en el tono más festivo:

—*¡Ya verán como no me consiente ni siquiera un confesor!*

—*No, señora. No tendrá confesor, no lo tendrá nadie. El último ajusticiado a quien se le hará la gracia de tenerlo será...*

Calló un momento.

—Pues bien, ¿quién será el afortunado mortal que gozará de esa prerrogativa?

—*Sólo ésa le quedará ya. Y será el rey de Francia.*

El amo de la casa se levantó bruscamente, y todo el mundo junto con él. Se acercó al señor Cazotte y le dijo con firmeza:

—Mi querido señor Cazotte, ya ha durado bastante esta lúgubre bufonada; la está llevando demasiado lejos, tanto que compromete a la compañía en que se encuentra, y también su merced se compromete.

Cazotte no replicó y se disponía a retirarse cuando la señora de Grammont, que seguía con el empeño de rehuir la transcendencia y recuperar el buen humor, se le aproximó:

—Señor profeta, ya que a todos nos está diciendo la buenaventura, ¿no nos dirá nada de la suya?

Cazotte permaneció un rato en silencio, con la mirada baja:

—Señora, ¿ha leído usted la toma de Jerusalén de Flavio Josefo?

—Por descontado. ¿Quién no la ha leído? Pero hágase a la idea de que no lo hecho.

—Pues bien, señora, durante el asedio, hubo un hombre que dio siete veces la vuelta a las murallas, mientras lo miraban asediantes y asediados, voceando sin parar, con voz siniestra y atronadora: “¡Ay de Jerusalén! Y ¡ay de mí!”; poco después una enorme piedra, que lanzaron las máquinas de guerra enemigas, lo alcanzaron y lo destrozaron.

Y, tras esta respuesta, Cazotte hizo una venia y se fue».

Aunque no nos fiemos sino relativamente de este documento y nos atengamos a la sensata opinión de Charles Nodier (que dice que en la época en que ocurrió esta escena no era quizá difícil prever que la inminente revolución escogería a sus víctimas de entre la sociedad más elevada de entonces para devorar, a continuación, a sus autores), vamos a dejar constancia de un curioso fragmento que hallamos en el poema de Olivier, publicado precisamente treinta años antes de 1793 y en que notamos una obsesión por las cabezas cortadas que bien podría tomarse, aunque de forma menos concreta, por una alucinación profética.

«Hará en torno a cuatro años que unos hechizos nos condujeron a ambos al palacio del hada Bagasse. Consternada tan temible bruja por los avances de los ejércitos cristianos en Asia, quiso acabar con ellos tendiendo celadas a los caballeros defensores de la fe y edificó no lejos de aquí un espléndido palacio. Por desdicha, entramos en sus paseos; llevados entonces por un maleficio, cuando pensábamos que sólo nos movía la belleza del lugar, llegamos a un peristilo que se hallaba a la entrada del palacio. Pero, nada más llegar, el mármol que pisábamos, firme en apariencia, se abre y se derrite bajo nuestros pasos: una imprevista caída nos lanza bajo el giro de una rueda armada de cortantes pinchos que nos dividen en un santiamén los cuerpos en cuantas partes tienen; y lo más asombroso fue que a tan peculiar desunión no siguió la muerte.

Esas partes de nuestros cuerpos cayeron por su propio peso a una honda fosa, en donde se mezclaron con multitud de miembros amontonados. Rodaron nuestras cabezas igual que bolas. Como aquel inhabitual movimiento acabó de atolondrar la poca razón que me había dejado tan sobrenatural aventura, tardé un rato en abrir los ojos, y vi entonces que mi cabeza estaba colocada en unas gradas, al lado o enfrente de otras ochocientas cabezas de ambos sexos, de todas las edades y colores. No habían perdido el uso de los ojos ni de la lengua, y mucho menos el de las mandíbulas, por lo que bostezaban casi de continuo. No oía yo sino las siguientes palabras, pronunciadas con no demasiada claridad:

—¡Ay, qué aburrimiento! ¡Qué desesperante es esto!

No pude resistir la impresión que me causaba aquel común estado y empecé a bostezar como las demás.

—Otra más a bostezar —dijo una cabeza de mujer, de buen tamaño, que tenía enfrente—; no hay quien lo aguante, esto va a acabar conmigo.

Y siguió bostezando a más y mejor.

—Por lo menos no es una boca mustia —dijo otra cabeza—; y lo de esos dientes sí que es esmalte.

Luego me dirigió la palabra:

—Señora, ¿nos será dado saber cómo se llama la encantadora compañera de infortunio que nos ha proporcionado el hada Bagasse?

Miré de frente a la cabeza que me hablaba: era la de un hombre. No tenía

rasgos notables, pero sí una expresión alegre y segura de sí misma, y cierta afectación en la forma de pronunciar.

Quise contestarle:

—Caballero, tengo un hermano...

No me dio tiempo a decir nada más.

—¡Ay, cielos! —exclamó la cabeza hembra que había sido la primera en llamarme a capítulo—. ¡Otra narradora y otra historia! Como si no nos hubieran fastidiado ya con bastantes relatos. Bostece, señora, y deje en paz a su hermano. ¿Quién no tiene hermanos? Yo, sin los míos, me hallaría reinando tan tranquila y no me vería como estoy.

—¡Dios santo! —añadió la cabeza grande así increpada—. Qué poco tarda su merced en darse a conocer por lo que es: la peor cabeza que...

—¡Ay! —interrumpió la otra—. ¡Si al menos no careciera de miembros!

—Y yo —contestó la cabeza adversaria—, si al menos no careciera de manos... Y además —me dijo—, bien se dará cuenta de que las cosas que dice no hay quien se las trague.

—Pero —alegaba yo— estas peleas son demasiado extremadas...

—En modo alguno, bien sabemos lo que hacemos. ¿No vale más discutir que bostezar? ¿A qué pueden dedicarse unas personas que no tienen sino orejas y ojos, que viven juntas y cara a cara desde hace un siglo, que ni tienen relación entre sí ni pueden entablar gratas relaciones, a quienes les está prohibida incluso la maledicencia por no saber de quién hablar para que todo el mundo las entienda, que...?

Más habría dicho, pero hete aquí que, de pronto, nos entraron unas violentas ganas de estornudar todos juntos; instantes después, una voz ronca, que no sabíamos de dónde salía, nos ordenó que buscásemos nuestros miembros dispersos; y, al tiempo, nuestras cabezas rodaron hasta el lugar en que se amontonaban los miembros».

¡No resulta acaso singular encontrar en un poema cómico-heroico de la juventud del autor esta sangrienta ensoñación de cabezas cortadas, de miembros separados del cuerpo, esa extraña asociación de ideas que reúne a cortesanos, guerreros, mujeres y petimetres, que disertan y bromean en torno a detalles de suplicios, de la misma forma que hicieron más adelante, en La Conciergerie, aquellos nobles, aquellas mujeres, aquellos poetas contemporáneos de Cazotte a cuyo club sumó él su propia cabeza intentado sonreír y bromear como los demás con los caprichos de la cruenta hada cuyo nombre no tenía previsto que fuera, un día, Revolución!

IV

Acabamos de anticipar acontecimientos: apenas si han transcurrido las dos terceras partes de la vida de nuestro escritor y ya hemos develado a medias una escena de sus últimos días; siguiendo los pasos del propio iluminado, hemos unido de un plumazo el porvenir con el pasado.

Era intención nuestra, por lo demás, valorar por turnos a Cazotte como literato y como filósofo místico; pero, si bien es cierto que en la mayoría de sus libros hay huellas de sus preocupaciones relacionadas con la ciencia de los cabalistas, hay que decir que por lo general no hay, en cambio, propósito dogmático alguno en ellos; no parece que Cazotte participase en los trabajos colectivos de los iluminados martinistas, sino que se limitó a trazarse, basándose en sus ideas, una norma de conducta concreta y personal. Por lo demás, sería un error confundir esta secta con las instituciones masónicas de la época, aunque hubiera entre ellas ciertos parecidos en lo externo; los martinistas admitían los ángeles caídos, el pecado original, el Verbo reparador y no se alejaban en punto alguno de los dogmas de la Iglesia.

Saint-Martin, el más ilustre de entre ellos, es un espiritualista cristiano similar a Malebranche. Queda dicho anteriormente que lamentó la aparición de *espíritus violentos* en el seno de la secta en Lyon. Désele el valor que se le dé a esa expresión, está claro que la sociedad fue adquiriendo a partir de ese

momento una tendencia política que hizo que se distanciaran de ella varios de sus miembros. Entra dentro de lo posible que se haya exagerado la influencia de los iluminados tanto en Alemania cuanto en Francia, pero no puede negarse que influyeron mucho en la Revolución Francesa y en la dirección que tomó. Las simpatías monárquicas de Cazotte lo apartaron de dicha dirección y le impidieron prestar el apoyo de su talento a una doctrina que estaba evolucionando de una forma diferente de la que él había previsto.

Apena ver cómo ese hombre, con tan buenas dotes como escritor y como filósofo, pasó los últimos años de vida asqueado de la actividad literaria y presintiendo tempestades políticas que no se sentía capaz de conjurar. Se le marchitaron las flores de la imaginación; aquella mente, de factura tan clara y tan francesa, que tan atinada forma daba a sus creaciones más singulares, pocas veces se trasluce en la correspondencia política que trajo consigo su proceso y su muerte. Si hay algo de verdad en la creencia de que a algunas almas se les concede la capacidad de prever los acontecimientos funestos, debemos ver en ello más una facultad poco venturosa que un don del cielo, pues, semejantes a la Casandra de la Antigüedad, no pueden ni convencer a los demás ni protegerse a sí mismas.

Los últimos años de Cazotte en su finca de Pierry, en Champagne, contaron aún, no obstante, con algunos episodios de vida familiar dichosa y sosegada. Retirado del mundo literario, que ya no frecuentaba sino durante algunas escapadas a París, prófugo del torbellino, más animado que nunca, de las sectas filosóficas y místicas de toda laya, padre de una hija encantadora y de dos hijos entusiastas y cabales, lo mismo que él, el buen Cazotte parecía haberse rodeado de todas las condiciones para un porvenir tranquilo; pero los relatos de las personas que lo conocieron por entonces lo presentan siempre sombrío al pensar en las nubes que presiente más allá del apacible horizonte.

Un caballero de noble cuna, apellidado Plas, le pidió la mano de su hija Elizabeth; los dos jóvenes se querían desde hacía mucho, pero Cazotte iba retrasando la respuesta definitiva y no los autorizaba sino a albergar esperanzas. A una autora deleitable y de gran encanto, Anna-Marie, le debemos unos cuantos detalles de una visita que hizo a Pierry la señora de Argèle, amiga de la familia. Describe el elegante salón del piso bajo, que embalsaman los aromas de una planta de las colonias que había traído

consigo la señora Cazotte, lugar al que la presencia de aquella persona extraordinaria prestaba un peculiar carácter de distinción y exotismo. Trabajaba junto a ella una mujer de color; aves de las Américas y curiosidades colocadas encima de los muebles daban fe, lo mismo que su atavío y su peinado, de que recordaba con ternura su anterior patria. «Siempre había sido lindísima, y lo seguía siendo, aunque tenía hijos ya mayores. Había en ella esa gracia descuidada y un tanto indolente de las criollas, y tenía un leve acento que prestaba a su forma de hablar un tono infantil y acariciador a un tiempo y la hacía muy atractiva. Un perrillo faldero estaba echado en una baldosa, a su lado; se llamaba *Biondetta*, igual que la perrita *épagneul* de *El diablo enamorado*».

Una mujer de edad, alta y majestuosa, la marquesa de la Cruz, viuda de un noble español, formaba parte de la familia y ejercía en ella una influencia fruto de la relación de sus ideas y creencias con las de Cazotte. Llevaba siendo, desde hacía muchos años, una de las adeptas de Saint-Martin y el iluminismo la unía también a Cazotte con esos vínculos exclusivamente intelectuales que la doctrina consideraba como una suerte de anticipación de la vida futura. Aquel segundo matrimonio místico, del que la edad de ambos interesados descartaba toda inconveniencia, no era para la señora Cazotte motivo de desdicha, mas sí lo era de preocupación para su mente, sin más dimensión que la humana, al ver cuán inmutadas estaban aquellas nobles almas. Los tres hijos, por el contrario, compartían sinceramente las ideas de su padre y de su anciana amiga.

Ya nos hemos pronunciado anteriormente acerca de esta cuestión, pero, no obstante, ¿es acaso menester aceptar siempre las lecciones de ese vulgar sentido común que avanza por la vida sin preocuparse por los oscuros misterios del porvenir y la muerte? ¿Depende el destino más feliz de esa imprevisión que queda sorprendida e inerte ante el acontecimiento funesto y no tiene ya sino llanto y gritos para enfrentarse a los tardíos golpes de la desventura? De todas esas personas, la señora Cazotte fue la que más hubo de sufrir; para los demás, la vida no podía ser ya sino un combate de dudosas perspectivas, pero recompensa cierta.

No está de más, para completar el análisis de las teorías que veremos más adelante en algunos párrafos de la correspondencia que provocó el

enjuiciamiento de Cazotte, tomar del relato de Anna-Marie algunas otras opiniones del escritor:

Vivimos todos —decía—, entre los espíritus de nuestros antepasados; el mundo invisible nos ciñe por doquier... hay una incesante presencia de amigos de nuestro pensamiento que se nos acercan con confianza. Mi hija tiene sus ángeles de la guarda; todos los tenemos. Todas y cada una de las ideas que se nos ocurren, buenas o malas, ponen en movimiento a algún espíritu que tiene que ver con ellas, de la misma forma que los movimientos de nuestro cuerpo inmutan la columna de aire que pesa sobre nosotros. Todo está repleto, todo está vivo en este mundo donde, desde que apareció el pecado, hay velos que oscurecen la materia... Y yo, por una iniciación que no he buscado y que con frecuencia me da que sentir, los he alzado igual que el viento alza las nieblas densas. Veo el bien, el mal, a los buenos y a los malos; a veces tengo ante la vista una confusión tal de seres que no siempre sé, al principio, distinguir a quienes viven con su carne de aquellos que ya se libraron de esa apariencia grosera...

Sí —añadía—, hay almas que siguen siendo tan materiales, a quienes les fue tan cara su forma y tan unida a ellos estuvo, que se han llevado al otro mundo una a modo de opacidad. Y esas almas siguen pareciendo seres vivos durante mucho tiempo.

En fin, ¿qué podría decir? Bien sea por invalidez de estos ojos míos o por semejanza real, hay veces en que me confundo por completo. Esta mañana, durante la oración que nos reunía a todos bajo la mirada del Todopoderoso, la estancia estaba tan llena de vivos y de muertos de todas las épocas y todos los países que yo no podía ya distinguir entre la vida y la muerte; era una extraño enredo; mas, sin embargo, un espléndido espectáculo.

La señora de Argèle presenció la partida del joven Scévole Cazotte que se iba a servir en la guardia del rey; ya se avecinaban los tiempos difíciles y su padre no ignoraba que lo exponía a un peligro.

La marquesa de la Cruz se unió a Cazotte para darle lo que ellos llamaban *sus poderes místicos*, y luego veremos cómo él les dio cuenta de esa misión que le encomendaban. Aquella fervorosa mujer le trazó al joven en la frente, en los labios y en el corazón, tres signos misteriosos a los que acompañaba una invocación secreta para consagrar de esa forma el porvenir de aquél a quien llamaba *el hijo de su inteligencia*.

Scévole Cazotte, de exaltación no menor en lo referido a sus convicciones monárquicas que a su misticismo, se contó, durante el regreso desde Varennes, entre quienes consiguieron proteger al menos la vida de la familia real contra la furia de los republicanos. Hubo incluso un instante en que, en medio de la muchedumbre, arrebataron al Delfín de brazos de sus padres y

Scévole Cazotte consiguió recuperarlo y devolvérselo a la reina, que le dio las gracias entre lágrimas. La siguiente carta, que escribió a su padre, es posterior a este acontecimiento:

Mi querido papá: ha pasado el 14 de julio y el rey ha vuelto a sus aposentos sano y salvo. Cumplí lo mejor que pude la misión que me encomendó. Quizá sepa usted si tuvo todo el efecto que esperaba de ella. El viernes me acerqué a la santa mesa y, al salir de la iglesia, fui al altar de la patria en donde envié hacia los cuatro lados los mandamientos necesarios para que el Campo de Marte entero esté bajo la protección de los ángeles del señor.

Volví al carruaje, en el que estaba apoyado cuando volvió a subir el rey en él; y Madame Elizabeth, incluso, me lanzó entonces una ojeada que me hizo alzar todos los pensamientos al cielo; bajo la protección de uno de mis compañeros, acompañé el coche hasta que cruzó la línea; y el rey me llamó y me dijo: «Cazotte, ¿a ti fue a quién encontré en Épernay y con quién hablé?». Y le contesté: «Sí, Majestad, allí estaba cuando Su Majestad bajó del coche... Y me retiré cuando los vi ya en sus aposentos».

El Campo de Marte estaba lleno de hombres. Si fuera yo digno de que surtiesen efecto mis mandamientos y mis oraciones, cuántos perversos habrían quedado impedidos. A la vuelta, todos gritaban «¡Viva el Rey!» cuando pasaba. Los guardias nacionales lo hacían con toda el alma y la marcha fue triunfal. El día ha sido hermoso y el comandante dijo que para ser el último día que Dios le dejaba al diablo, se lo había dado de color de rosa. Adiós; una sus oraciones a las mías para que estas mías sean provechosas. Un beso a mamá Zabeth (Elizabeth). Mis respetos a la señora marquesa (la marquesa de la Cruz).

Tengamos las opiniones que tengamos, no puede por menos de conmovernos el desinterés de esta familia, por más que nos hagan sonreír los pobres medios en que se asentaban tan apasionadas convicciones. Las

ilusiones de las almas hermosas son dignas de respeto, preséntense bajo la forma en que se presenten. Mas ¿quién se atrevería a asegurar que no hay sino ilusiones en esta idea de que el mundo lo gobiernan influencias superiores y misteriosas en las que puede influir la fe del hombre? La filosofía está en su derecho cuando desdeña esta hipótesis; pero todas las religiones no pueden por menos de admitirla, y las sectas políticas la han convertido en arma de todos los partidos. Ello explica el aislamiento de Cazotte respecto a sus exhermanos, los iluminados. Sabido es cuánto recurrió al misticismo el espíritu republicano en la revolución inglesa; tal era también la tendencia de los martinistas; pero, llevados por el avance de los filósofos, disimularon cuidadosamente la faceta religiosa de su doctrina que, por entonces, no tenía probabilidad alguna de resultar popular.

Nadie ignora el peso que tuvieron los iluminados en los movimientos revolucionarios. Sus sectas, cuya organización propugnaba la ley del silencio, eran las mismas en Francia, en Alemania, en Italia y tenían especial influencia en importantes personajes más o menos sabedores de su intención real. José II y Federico Guillermo actuaron más de una vez por inspiración de ellas. Es bien conocido que éste, tras ponerse al frente de la coalición de los soberanos, entró en Francia y estaba ya sólo a treinta leguas de París cuando los iluminados, en una de sus sesiones secretas, convocaron al espíritu de Federico el Grande, tío de Federico Guillermo, que le prohibió que siguiera avanzando. Fue, a lo que cuentan, tras esa aparición (que se ha explicado de diversas formas), cuando el monarca salió repentinamente del suelo francés y selló, más adelante, un tratado de paz con la república que, en cualquier caso, debió quizá la salvación a un acuerdo entre los iluminados franceses y alemanes.

V

Vemos, sucesivamente, en la correspondencia de Cazotte su pesar por los derroteros que seguían quienes habían sido sus hermanos y la descripción de sus intentos aislados para oponerse a una era política en la que le parecía ver el fatal reinado del *Anticristo*, mientras que los iluminados saludaban la llegada del invisible *Reparador*. Los que a aquél le parecían demonios, les parecían a éstos espíritus divinos y vengadores. Si nos damos cuenta de esta situación comprenderemos mejor algunos párrafos de las cartas de Cazotte y la singular circunstancia que hizo que fueran los propios labios de un iluminado martinista los que pronunciaron su sentencia.

El destinatario de esa correspondencia, de la que vamos a citar breves fragmentos, era, en 1791, Ponteau, amigo de Cazotte y secretario de la Lista Civil:

«Si no trae Dios un hombre que haga por arte de magia que todo esto acabe estamos expuestos a las mayores desdichas. Ya sabe el sistema en el que creo: “El bien y el mal que hay en la tierra siempre fueron obra de los hombres, en cuyas manos dejó este globo las leyes eternas”. Nunca, pues,

tendremos que echar en cara a nadie, sino a nosotros mismos, todo el mal que acontezca. El sol lanza de continuo sobre la tierra sus rayos más o menos oblicuos, tal es la imagen de lo que hace la Providencia con nosotros; de vez en cuando acusamos a ese astro de no calentar lo suficiente cuando sucede que, por nuestra posición, las acumulaciones de vapor o el efecto de los vientos, no notamos la ininterrumpida influencia de sus rayos. En consecuencia, a menos que no acuda a socorrernos algún taumaturgo, eso es cuanto podemos esperar.

Es mi deseo que pueda comprender mi comentario referido al grimorio de Cagliostro. Puede, por lo demás, pedirme aclaraciones y se las enviaré procurando que sean lo menos oscuras que de mí dependa».

Hallamos en este párrafo la doctrina de los teósofos. He aquí otro en donde menciona sus antiguas relaciones con los iluminados:

«Recibo dos cartas de personas a quienes conocía íntimamente de entre mis cofrades los martinistas; son unos demagogos, igual que Bret; gente conocida, buena gente hasta ahora; el demonio se ha adueñado de ellos. En lo referido a Bret y su empeñamiento con el magnetismo, por mí le ha venido la enfermedad; los jansenistas afiliados por inclinación a los convulsionarios se hallan en el mismo caso; y en el de que se les aplique a todos la frase: fuera de la Iglesia no hay salvación, y ni tan siquiera sentido común.

Ya le he avisado de que en total éramos ocho en toda Francia, quienes de nada nos conocemos unos a otros, que alzábamos, pero de continuo, como Moisés, los ojos, la voz y los brazos al cielo por ver de zanjar un combate en que entran en juego los propios elementos. Nos parece que se avecina un acontecimiento anunciado en el Apocalipsis y que avisa de una era importante. Tranquilícese, porque no se trata del fin del mundo: lo retrasa hasta dentro de mil años. Aún no es llegado el tiempo de decirles a las montañas: *¡Caed sobre nosotros!*, pero, a la espera de cosas mejores, éste será el grito de los jacobinos, pues hay culpables de más de un pelaje».

Formula aquí Cazotte, con toda claridad, su sistema referido a la necesidad de la intervención humana para establecer una comunicación entre el cielo y la tierra. En su correspondencia, reclama frecuentemente, por lo tanto, al rey Luis XVI, que según él se remite siempre en exceso a la Providencia, que dé muestras de valor. Sus recomendaciones al respecto son

propias muchas veces más de un sectario protestante que de un católico propiamente dicho.

«El rey tiene que acudir en ayuda de la guardia nacional, tiene que dejarse ver en público y decir: dispongo y mando; y decirlo con tono firme. Puede contar con la seguridad de que lo obedecerán y de que dejarán de tomarlo por ese gallina que los demócratas describen tanto que hasta duele todo el cuerpo a fuerza de oírlo.

Que vaya a toda prisa, con veinticinco guardias, a caballo como él, al lugar en que algo se esté cociendo: y no quedará a nadie más remedio que doblegarse y prosternarse al verlo. La mayor parte del trabajo está ya hecho, amigo mío; el rey se ha resignado y se ha encomendado a las manos de su Creador; piense cuánto poder le da eso, puesto que Acab, aunque lo pudrían los vicios, consiguió la victoria sobre sus enemigos por haberse humillado ante Dios una única vez. Acab era falso de corazón y tenía el alma depravada; y mi rey tiene el alma más sincera que haya salido nunca de las manos de Dios; y sobre la frente de la augusta y celestial Élizabeth está la égida que empuña la verdadera sabiduría... No tema nada de Lafayette: tiene las manos atadas, lo mismo que sus cómplices. Se halla, igual que su cábala, entregado a los espíritus del terror y la confusión; no será capaz de tomar partido que le resulte favorable, *y lo mejor que podría sucederle sería que aquéllos en quienes cree que puede confiar lo entregasen a sus enemigos*. No dejemos, no obstante, de alzar los brazos al cielo; recordemos el comportamiento del profeta mientras Israel combatía.

Es menester que el hombre actúe en esto, puesto que tal es el lugar que le corresponde; sólo él puede hacer el bien y el mal. Ya que la prohibición o la profanación han cerrado todas las iglesias, que todas nuestras casas se conviertan en oratorios. Estamos en un momento muy decisivo para nosotros: o Satanás sigue reinando en la tierra como ahora, hasta que aparezcan hombres que puedan plantarle cara, como David a Goliat, o llega el reinado de Cristo, que tanto nos favorece y tanto han anunciado los profetas. Tal es la crisis en que nos hallamos, amigo mío, y de la que sin duda le he hablado con no mucha claridad.

Puede acontecer, si nos faltan fe, amor y entrega, que se nos escape la ocasión, pero está a nuestro alcance. Por lo demás, Dios no hace nada sin nosotros, que somos los reyes de la tierra; a nosotros nos corresponde que llegue ese momento que prescriben sus decretos. No debemos tolerar que nuestro enemigo, que, sin nosotros, no puede nada, siga decidiéndolo todo y usándonos de instrumento para ello».

Por lo general, pocas ilusiones se hace Cazotte en cuanto al triunfo de su causa; sus cartas rebosan de consejos que quizá habría sido oportuno seguir, pero, al presenciar tanta debilidad, acaba por ser presa del desánimo y llega a dudar de sí mismo y de su ciencia:

«Mucho me satisface que mi última carta pueda haberle agradado algo. ¡Dice que no es usted un *iniciado*! Congratúlese de ello. Recuerde la frase: *El scientia eorum perdet eos*. Si no dejo de correr peligro yo, a quien la gracia divina sacó de la trampa, juzgue qué peligro corren los que en ella siguen... el conocimiento de las cosas ocultas es un mar proceloso cuyas orillas no se divisan».

¿Quiere decir esto que había abandonado ya, a la sazón, las prácticas que, según él, podían influir en los espíritus funestos? Sólo hemos visto que esperaba vencerlos con esas armas. En un párrafo de su correspondencia, menciona a una profetisa, Broussole, quien, de la misma forma que la célebre Catherine Théot, conseguía los comunicados de las potencias rebeldes para favorecer a los jacobinos; tiene la esperanza de haber obrado en contra de ella con cierto éxito. Entre esas sacerdotisas de la propaganda, cita también a la marquesa de Urfé, «la decana de las Medeas francesas, cuyo salón rebosaba de empíricos y de personas que seguían con entusiasmo los pasos de las ciencias ocultas...». Le reprocha, en particular, haber encumbrado y predispuesto al mal al ministro Duchâtelet.

No sería concebible que estas cartas, halladas en el palacio de las Tullerías en el cruento día del 10 de agosto, hubieran bastado para que se condenase a un anciano si algunas partes de esa correspondencia no hubiesen dado pie para sospechar conspiraciones más materiales. Fouquier-Tinville, en su acusación, recalcó algunas frases de las cartas como reveladoras de una colaboración con lo que se conoció con el nombre de *complot de los caballeros del puñal*, que se desbarató el 10 y el 12 de agosto; otra carta aún más explícita indicaba medios para la evasión del rey, preso desde el regreso de Varennes, y especificaba el itinerario de la huida; Cazotte ofrecía su propia casa como asilo transitorio.

«El rey deberá llegar a la llanura de Ay; allí estará a veintiocho leguas de Givet y a cuarenta de Metz. Puede incluso alojarse en Ay, en donde hay treinta casas para la guardia, el séquito y la impedimenta. Me gustaría que prefiriera Pierry, en donde también encontraría entre veinticinco y treinta viviendas, en una de las cuales hay veinte camas para los señores y espacio sobrado, sólo en mi casa, para que duerma una guardia de doscientos hombres, cuadras para treinta o cuarenta caballos y una zona despejada para

alzar un campamento pequeño dentro de las tapias. Pero es necesario que alguien más hábil y desinteresado que yo valore las ventajas de esas dos posiciones».

¿Por qué el enfoque partidario impidió que se diera su justo valor, en estas líneas, al enternecedor afán de un hombre casi octogenario que se considera *poco desinteresado* cuando brinda al rey proscrito la sangre de su familia, su casa para asilo y su jardín para campo de batalla? ¿No habría habido que considerar conspiraciones así como una más de las ilusiones de una mente que la edad ha debilitado? La carta que Cazotte escribió a su suegro, el señor de Roignan, secretario del consejo de la Martinica, para instarlo a organizar la resistencia contra seis mil republicanos que habían enviado para que se hiciesen con la colonia, es algo así como una remembranza del fogoso entusiasmo con que se entregó en la juventud a la defensa de la isla contra los ingleses: indica las medidas que hay que adoptar, los puntos que hay que fortificar, los recursos que le sugería su antañona experiencia marítima. Bien pensado, es comprensible que semejante carta le pareciera muy culpable al gobierno revolucionario; pero es enojoso que no la comparasen con el siguiente escrito, fechado por la misma época, y que habría dejado claro si había que dar mayor importancia a las *ensoñaciones* del desdichado anciano que a sus sueños.

Lo que soñé la noche del sábado al domingo anterior al día de San Juan 1791

Llevaba mucho tiempo en un camaranchón, sin sospecharlo, aunque un perrillo que vi correr por un tejado y saltar de una viga cubierta de tejas a otra habría debido hacérmelo sospechar.

Entro en unos aposentos; hallo en ellos a una jovencita que está sola; una voz interior me dice que se trata de alguien de la familia del conde de Dampierre; parece reconocerme y me saluda. No tardo en darme cuenta de que padece mareos; parece estar diciéndole ternezas a alguien que tiene enfrente; me doy cuenta de que está viendo un espíritu y, repentinamente, le ordeno, haciendo la señal de la cruz en la frente de la jovencita, que se materialice.

Veo una figura de entre catorce y quince años, nada fea, pero de pilluelo por el atuendo, la expresión y el comportamiento; lo sujeto, y protesta. Aparece otra mujer igualmente visionaria; hago lo mismo con ella. Los dos espíritus dejan su proceder, me plantan cara y ya se estaban insolentando cuando se abre una puerta y aparece un hombre grueso y bajo, con vestimenta y aspecto de portero de prisión: saca del bolsillo dos manijas pequeñas que apresan como por sí mismas las muñecas de mis dos cautivos. Los coloco bajo el poder de Cristo. Por no sé qué motivo paso de esa estancia a otra durante un momento, pero regreso enseguida para reclamar a mis prisioneros; están sentados en un banco, en algo semejante a una alcoba; se levantan al acercarme yo, y seis personajes vestidos de corchetes que se los llevan. Los sigo; caminaba a mi lado algo así como un capellán. Voy, decía, a casa del marqués de tal; es un buen hombre; dedico mis ratos de ocio a visitarlo. Creo que me disponía a acompañarlo cuando me percaté de que iba en chancletas; pretendía detenerme y apoyar los pies en alguna parte para meterme el calzado cuando un hombre grueso quiso atacarme en medio de un patio grande lleno de gente; le puse la mano en la frente y lo sujeté en nombre de la Santísima Trinidad e invocando el nombre de Cristo, bajo cuya asistencia lo puse.

¡De Jesucristo!, exclamó la muchedumbre que me rodeaba. «Sí», dije, «y bajo esa misma asistencia os pongo a todos después de haberos sujetado». Se alzaron grandes murmullos al oír esto.

Llegó un carruaje que era como una silla de posta; desde la portezuela me llama por mi apellido un hombre: «Pero, señor Cazotte, ha nombrado usted a Jesucristo. ¿Podemos acaso caer bajo el imperio de Jesucristo?». Entonces volví a tomar la palabra y me referí con bastante extensión a Jesucristo y a su

misericordia con los pecadores. «¡Cuán dichosos sois!», añadió. «Vais a cambiar de grilletes». «¡De grilletes!», exclamó un hombre que iba encerrado en el carruaje, en cuya protuberancia me había subido yo. «¿Y no podrían dejarnos descansar un poco?». «Vamos», dijo alguien, «estáis de enhorabuena, vais a cambiar de amo». ¡Y qué amo! El primer hombre que me había dirigido la palabra decía: «Algo así se me había ocurrido».

Le di la espalda a la silla de postas y eché a andar por aquel patio de prodigioso tamaño; no había más luz que la de las estrellas. Miré al cielo, era de un hermosísimo azul pálido y muy estrellado. Mientras lo comparaba mentalmente con otros cielos que había visto en el camaranchón, lo alteró una espantosa tempestad; un horrisono trueno lo prendió en llamas; un adoquín que cayó a cien pasos de mí rodó en mi dirección; salió de él un espíritu que tenía forma de ave del tamaño de un gallo blanco, aunque la forma del cuerpo era más alargada; las patas, más cortas; el pico, menos afilado. Corrí hacia el ave haciendo la señal de la cruz; noté en mí una fuerza más que ordinaria y vino a desplomarse a mis pies. Quería yo ponérselos sobre la cabeza... Un hombre de la misma estatura del barón de Loi, tan agraciado como joven, vestido de gris y plata, me plantó cara y me dijo que no lo pisoteara. Se sacó del bolsillo unas tijeras metidas en un estuche adornado con brillantes y me dio a entender que debía usarlas para cortarle el pescuezo al animal. Ya estaba yo cogiendo las tijeras, cuando me despertó, cantando a coro, el gentío que llenaba el camaranchón: era canto gregoriano, uniforme, y la letra, que no rimaba, decía: «Cantemos nuestra feliz liberación».

Al despertarme me puse a rezar; pero, como desconfiaba de ese sueño, como de tantos otros con los que puedo sospechar que Satanás quiere llenarme de orgullo, seguí rezándole a Dios, con la Santísima Virgen por intercesora y sin descanso, para que me diera a conocer qué quería de mí; y, no obstante, seguiré sujetando en este mundo lo que me parezca que hay que sujetar a mayor gloria de Dios y para las necesidades de sus criaturas.

Opinen lo que opinen las cabezas formales de esta pintura en exceso fiel de las alucinaciones del sueño, y por muy deshilvanadas que no puedan por menos de resultar las impresiones de un relato como éste, hay en esta serie de extrañas visiones algo terrible y misterioso. No debemos, por lo demás, interpretar esta minuciosidad en dejar constancia de un sueño desprovisto en parte de sentido sino como fruto de las preocupaciones de un místico que vincula la actuación del mundo exterior con los fenómenos del sueño. Nada en todos los escritos que se han conservado de aquella época de la vida de Cazotte indica merma alguna de sus facultades intelectuales. Sus revelaciones, siempre impregnadas de sus opiniones monárquicas, tienden a presentar cuanto acontecía a la sazón relacionándolo con las imprecisas predicciones del Apocalipsis. Es lo que la escuela de Swedenborg llama la ciencia de las correspondencias. Merece la pena destacar unas cuantas frases de la introducción:

Al brindar este fiel relato de las circunstancias pretendía dar una seria lección a esos millones de individuos cuya pusilanimidad siempre vacila porque para creer tendrían que realizar un esfuerzo. No dejan más huella en la esfera de la vida que la de unos pocos instantes más o menos veloces, de la misma forma que le sucede a la esfera del reloj que no sabe qué mecanismo la mueve a indicar el paso de las horas o el sistema planetario.

¿Qué hombre, sumido en dolorosa ansiedad, cansado de interrogar a cuantos seres viven o vegetan en su entorno sin poder dar con uno sólo que le responda de forma tal que le pueda devolver si no la dicha cuando menos el reposo, no ha alzado hacia la bóveda celeste los ojos anegados en lágrimas?

Es entonces como si la dulce esperanza acudiera a llenar, en su obsequio, el espacio inmenso que separa este globo sublunar de la morada en donde descansa sobre sus inamovibles cimientos el trono del Padre Eterno. Las luminarias que salpican el velo del azul del cielo, que inflama el horizonte de un polo a otro, no lucen ya sólo para sus ojos; esas celestes lumbres se le meten en el alma; el don del pensamiento se convierte en el del genio. Traba conversación con el mismísimo Padre Eterno: parece como si la naturaleza callara para no turbar esa sublime plática.

¡Dios revela al hombre los secretos de su suprema sabiduría y los misterios que impone a su criatura, ingrata con excesiva frecuencia, para obligarla a arrojarse en su paternal regazo! ¡Qué pensamiento tan majestuoso! ¡Y, ante todo, cuán reconfortante! Pues el hombre verdaderamente sensible valora más un tierno afecto que el mismísimo arrebató del genio; para él los goces de la gloria, e incluso los del orgullo, acaban siempre en donde empiezan los dolores de aquello que ama.

El 10 de agosto puso fin a las ilusiones de los partidarios de la monarquía. El pueblo entró en las Tullerías, tras haber asesinado a la guardia suiza y a bastantes varones de buena cuna fieles al rey; uno de los hijos de Cazotte

combatía entre ellos, el otro servía en el ejército de la emigración. Se buscaban por doquier pruebas de la conspiración monárquica conocida como *de los caballeros del puñal*; quienes se incautaron de los papeles de Laporte, intendente de la Lista Civil, encontraron toda la correspondencia de Cazotte con su amigo Ponteau; se lo acusó en el acto y lo detuvieron en su casa de Pierry.

—¿Reconoce estas cartas? —le preguntó el comisario de la Asamblea Legislativa.

—Son mías, efectivamente.

—Y yo las escribí mientras me las dictaba mi padre —exclamó su hija Élizabéth, ansiosa por compartir los peligros y la cárcel de su progenitor.

La detuvieron junto con él, llevaron a ambos a París en el carruaje de Cazotte y los encarcelaron en L'Abbaye en los últimos días del mes de agosto. La señora Cazotte imploró en vano el favor de acompañar a su marido y a su hija.

Los desventurados encerrados en aquella prisión disfrutaban aún de cierta libertad dentro del recinto. Se les permitía unirse a determinadas horas y, con frecuencia, la antigua capilla en donde se agrupaban los presos parecía un brillante sarao. Aquellas ilusiones, que eran como si soñasen despiertos, acabaron por inducirlos a imprudencias: pronunciaban discursos, cantaban, los detenidos se asomaban a las ventanas y los rumores populares acusaban a los encarcelados del 10 de agosto de alegrarse de los avances del duque de Brunswick y de contar con él para que los liberase. Hubo quejas por la lentitud del tribunal extraordinario, que había creado de mala gana la Asamblea Legislativa tras las amenazas de la comuna; y hubo quien opinó que los presos conspiraban en las cárceles para echar abajo las puertas cuando estuvieran cerca los extranjeros, dispersarse por la ciudad y hacer con los republicanos una noche de San Bartolomé.

La noticia de la toma de Longwy y el prematuro rumor de la toma de Verdun acabaron de exasperar a las masas. Se proclamó la patria en peligro y las milicias se agruparon en el Campo de Marte. Entretanto, bandadas enfurecidas iban a las cárceles y organizaban en los portillos externos algo así como unos tribunales de sangre cuyo objetivo era suplir al otro tribunal.

En L'Abbaye, los prisioneros estaban reunidos en la capilla, entregados a

sus conversaciones habituales cuando retumbó inesperadamente el grito de los porteros: «¡Que suban las mujeres!». Tres cañonazos y un redoble de tambor hicieron crecer el espanto. Y, tras quedarse los hombres solos, dos sacerdotes, que también eran presos, aparecieron en una de las tribunas de la capilla y les anunciaron a todos la suerte que les esperaba.

Un silencio fúnebre se adueñó de la desventurada asamblea; diez hombres del pueblo entraron en la capilla, pisándoles los talones a los porteros, mandaron a los prisioneros ponerse en fila pegados a la pared y contaron cincuenta y tres.

A partir de ese momento, los fueron llamando cada cuarto de hora, pues era el tiempo que más o menos necesitaba para celebrar el juicio el improvisado tribunal que se había constituido a la entrada de la cárcel.

Algunos se salvaron; entre éstos estaba el venerable padre Sicard; con la mayoría acababan, tras salir por el portillo, los fanáticos asesinos que habían aceptado tan triste cometido. A eso de las doce de la noche, vocearon el nombre de Cazotte.

El anciano se presentó muy firme ante el cruento tribunal, que actuaba en una sala pequeña, anterior al portillo; lo presidía el terrible Maillard. En aquel momento, unos cuantos energúmenos pedían que comparecieran también las mujeres; y, efectivamente, las hicieron bajar de una en una a la capilla; pero los componentes del tribunal no aceptaron aquel espantoso designio y Maillard, tras ordenar al portero Lavaquerie que las hiciera subir otra vez, hojeó el registro de la cárcel y llamó en voz alta a Cazotte. Al oír ese nombre, la hija de preso, que ya subía con las demás mujeres, bajó la escalera corriendo y cruzó por entre la muchedumbre en el preciso instante en que Maillard pronunciaba la terrible frase: «¡Lo llevan a La Force!», que era como decir: que lo maten.

Ya se abría la puerta de salida; el claustro, rodeado de largas galerías, en las que seguían degollando, estaba repleto de gente y retumbaban aún en él los gritos de los moribundos; la arrojada Élizabeth se interpuso entre los dos asesinos que ya habían agarrado a su padre y se llamaban, a lo que dicen, Michel y Sauvage, y les pidió a ellos y también al pueblo, gracia para el preso.

Aquella aparición inesperada, aquellas palabras conmovedoras, la edad del condenado, casi octogenario y cuyo crimen político no resultaba fácil especificar y probar, el efecto sublime de aquellos dos nobles rostros, la enternecedora imagen del heroísmo filial inmutaron los generosos instintos de parte del gentío. Se alzaron por doquier gritos pidiendo el perdón. Maillard titubeaba aún. Michel llenó un vaso de vino y le dijo a Élizabeth:

—¡A ver, ciudadana, para demostrarle al ciudadano Maillard que no es una aristócrata, bébase esto a la salud de la nación y por el triunfo de la república!

La valerosa joven bebió sin vacilar; las tropas marselesas abrieron camino, y la muchedumbre aplaudía y dejaba paso al padre y la hija; los acompañaron hasta su casa.

Hay quien ha buscado en el sueño de Cazotte antes referido, y en aquella venturosa liberación que celebraba cantando el gentío al final de dicho sueño, alguna inconcreta relación, en los lugares y los detalles, con la escena que acabamos de describir; sería pueril dejar constancia de ello. Un presentimiento más lógico reveló a Cazotte que la hermosa abnegación de su hija no podía apartarlo de su destino.

Al día siguiente de que el pueblo lo condujera a su casa en triunfo, varios de sus amigos acudieron a darle la enhorabuena. Uno de ellos, el señor de Saint-Charles, le dijo al acercársele: «¡Ya está a salvo!». «No por mucho tiempo», respondió Cazotte con melancólica sonrisa... «Poco antes de que llegara usted he tenido una visión. Me ha parecido ver a un gendarme que venía a buscarme de parte de Pétiou; no me ha quedado más remedio que acompañarlo; he comparecido ante el alcalde de París, que ha mandado que me lleven a La Conciergerie y, de ahí, ante el tribunal revolucionario. Ha llegado mi hora».

El señor de Saint-Charles se fue pensando que la razón de su amigo había padecido con las tremendas pruebas por las que había pasado. Un abogado, de nombre Julien, ofreció a Cazotte refugio en su casa y medios para escapar de quienes lo buscasen; pero el anciano estaba resuelto a no ir en contra del destino. El 11 de septiembre vio entrar en su casa al hombre de la visión, al gendarme que llevaba una orden con la firma de Pétiou, Paris y Sergent; lo condujeron al ayuntamiento y, de ahí, a La Conciergerie, en donde sus amigos no pudieron ir a visitarlo. Élizabeth consiguió, a fuerza de ruegos, que le permitieran atender a su padre y vivió con él en la cárcel hasta su día postrero. Pero los esfuerzos que hizo para conmover a los jueces no tuvieron el mismo éxito que habían tenido con el pueblo y, tras el alegato de Fouquier-Tinville y veintisiete horas de interrogatorio, condenaron a muerte a Cazotte.

Antes de dictar sentencia, lo aislaron, junto con su hija, pues temían los

últimos intentos de ésta y la influencia que pudieran tener en el auditorio; la defensa del ciudadano Julien insistió en vano en el aspecto sagrado de una víctima indultada por la justicia del pueblo; el tribunal parecía obedecer a un convencimiento inquebrantable.

El acontecimiento más extraño de este proceso fue el discurso del presidente Lavan, que había pertenecido, igual que Cazotte, a la sociedad de los Iluminados.

—¡Débil juguete de la ancianidad —dijo—, tú que no tuviste el corazón lo bastante grande para notar cuánto valía una libertad santa, pero has demostrado, durante los debates, que sabías sacrificar incluso la existencia por sostener tus ideas, escucha las últimas palabras de tus jueces y ojalá que viertan en tu alma el precioso bálsamo del consuelo! ¡Ojalá, al moverte a compadecer la suerte de quienes acaban de condenarte, te procuren ese estoicismo que debe presidir tus últimos instantes e infundirte ese respeto que la ley nos impone a nosotros mismos! Tus pares te han escuchado, tus pares te han condenado; pero, al menos, su juicio fue tan puro como su conciencia; al menos no hubo interés personal alguno que viniera a enturbiar su decisión. Adelante, recobra el valor, haz acopio de fuerzas; mira la muerte sin temor; piensa que no tiene derecho a sorprenderte; no es un instante que deba asustar a un hombre como tú. Pero, antes de dejar la vida, contempla la imponente actitud de esta Francia hasta cuyo seno no vacilaste en querer atraer con grades voces al enemigo; contempla cómo tu antigua patria opone a los ataques de sus infames detractores tanto valor cuanta cobardía le supusiste tú. Si la ley hubiera podido prever que tendría que castigar a un culpable como tú, no te habría impuesto más pena que ésa, por consideración a tu avanzada edad. Pero no te alarmes: si es severa cuando persigue, pronto se le cae la espada de la mano no bien ha pronunciado la sentencia; se lamenta de la pérdida de esos mismos que querían herirla. Mira cómo llora por esas canas que, hasta en el momento de la condena, ha creído que debía respetar. ¡Que ese espectáculo te guíe al arrepentimiento; que te mueva, desventurado anciano, a aprovechar el poco tiempo que aún te separa de la muerte para que un justificado arrepentimiento borre hasta las mínimas huellas de tus conspiraciones! Sólo una palabra más: fuiste hombre, cristiano, filósofo, *iniciado*; debes, pues, morir como hombre y como cristiano. Es todo cuanto

tu país puede aún esperar de ti.

Aquel discurso, cuyo contenido inusitado y misterioso dejó estupefactos a los reunidos, no impresionó ni poco ni mucho a Cazotte, quien, durante las palabras con las que el presidente intentaba recurrir a la persuasión, alzó los ojos al cielo e hizo una señal que proclamaba su inmovible fe en sus convicciones.

Dijo luego a quienes tenía alrededor que sabía que merecía la muerte, que la ley era severa, pero que le parecía justa. Cuando le cortaron el pelo, pidió que se lo cortasen lo más posible y encargó a su confesor que se lo entregase a su hija, que aún estaba aislada en una de las habitaciones de la cárcel.

Antes de encaminarse al suplicio, escribió unas palabras a su mujer y a sus hijos; luego, tras subir al patíbulo, exclamó en voz muy alta: «Muero como he vivido, fiel a Dios y a mi rey». Lo ejecutaron el día 25 de septiembre, a las siete de la tarde, en la plaza del Carrusel.

Élizabeth Cazotte, a quien su padre había prometido hacía tiempo al caballero De Plas, oficial del regimiento de Poitou, se casó, ocho años después, con aquel joven, que había escogido la emigración. El destino de esta heroína no fue ahora más dichoso: murió durante una cesárea, al dar a luz a un niño y gritando que, si menester fuere, la cortasen en pedazos para salvarlo. El niño no vivió sino pocos instantes. No obstante, aún quedan varias personas de la familia de Cazotte. Su hijo, Scévole, que se libró milagrosamente de la matanza del 10 de agosto, vive en París y conserva devotamente la tradición de las creencias y las virtudes paternas.

El diablo enamorado

I

A los veinticinco años yo era capitán de los guardias del rey de Nápoles. Llevábamos una vida de camaradería y, como jóvenes que éramos, nos dedicábamos a las mujeres y al juego en la medida en que lo permitía nuestra bolsa, y filosofábamos en los cuarteles cuando no nos quedaba otro recurso. Una noche, después de habernos agotado en razonamientos de toda índole alrededor de un pequeño frasco de vino de Chipre y algunas castañas secas, la conversación recayó sobre la cábala y los cabalistas.

Uno de nosotros pretendía que era una ciencia real y cuyas operaciones eran seguras; cuatro de los más jóvenes sostenían que era un montón de absurdos, una fuente de picardías propias para engañar a las gentes crédulas y divertir a los niños. El mayor de todos nosotros, flamenco de origen, fumaba una pipa con aire distraído y no decía palabra. Su aspecto frío y su distracción me servían de espectáculo a través de aquel discordante guirigay que nos aturdía y me impedía tomar parte en una charla demasiado desordenada como para que pudiese interesarme.

Estábamos en el cuarto del fumador; la noche avanzaba. La tertulia se disolvió y nos quedamos solos nuestro hombre y yo.

Continuó fumando flemáticamente; yo me quedé apoyado con los codos sobre la mesa, sin decir nada. Finalmente, fue él quien rompió el silencio.

—Joven —me dijo—, acabáis de oír mucho ruido. ¿Por qué os habéis mantenido al margen de la barahúnda?

—Prefiero callarme —le respondí— antes que aprobar o censurar algo que no conozco. Ni siquiera sé lo que quiere decir la palabra *cábala*.

—Tiene varios significados —me dijo—, pero no se trata de ellos, sino de la cosa en sí. ¿Creéis que pueda existir una ciencia que enseñe a transformar los metales y a reducir a los espíritus bajo vuestra obediencia?

—Nada conozco de los espíritus, comenzando por el mío, salvo que estoy seguro de su existencia. En cuanto a los metales, sé el valor de un carlín en el

juego, en la posada y en otros lugares, y nada puedo afirmar ni negar acerca de la esencia de unos y otros, de las modificaciones e impresiones de que son susceptibles.

—Mi joven amigo, mucho me complace vuestra ignorancia; es tan valiosa como la doctrina de los demás: al menos no vivís en el error y, si bien no estáis instruido, sois susceptible de estarlo. Vuestro natural, la franqueza de vuestro carácter, la rectitud de vuestro espíritu, me agradan. Sé algo más que el común de los mortales; juradme el mayor secreto empeñando vuestra palabra de honor, prometed conducirnos con prudencia y seréis mi discípulo.

—El ofrecimiento que me hacéis, mi querido Soberano^[1], me resulta muy agradable. La curiosidad es mi pasión más fuerte. Os confesaré que, por naturaleza, me han despertado poco interés los conocimientos ordinarios; siempre me han parecido demasiado limitados, y he adivinado esa esfera elevada a la que queréis ayudarme a subir. Pero ¿cuál es la primera clave de la ciencia a que os referís? Según lo que decían nuestros compañeros en la discusión, son los propios espíritus quienes nos instruyen. ¿Es posible relacionarse con ellos?

—Vos lo habéis dicho, Álvaro: nada aprenderíamos por nosotros mismos. En cuanto a la posibilidad de nuestras relaciones con ellos, voy a daros una prueba que no admite réplica.

Mientras decía estas palabras, daba fin a su pipa. La golpea tres veces para hacer salir un poco de ceniza que quedaba en el fondo, la coloca sobre la mesa, bastante cerca de mí, y alza la voz, diciendo:

—Calderón, ven a buscar mi pipa, enciéndemela y tráemela de nuevo.

Apenas terminaba el mandato cuando vi desaparecer la pipa; y, antes de que hubiese podido razonar sobre los medios, ni preguntar quién era ese

Calderón encargado de sus órdenes, la pipa encendida había regresado y mi interlocutor había reemprendido su ocupación.

Continuó en ella por algún tiempo, menos para saborear el tabaco que para disfrutar de la sorpresa que me ocasionaba. Luego, levantándose, dijo:

—Entro de guardia al amanecer; debo descansar. Id a acostaros; sed prudente y volveremos a vernos.

Me retiré lleno de curiosidad y hambriento de las ideas nuevas que muy pronto colmarían mi espíritu con la ayuda de Soberano. Lo vi al otro día, y los siguientes; no tuve otra pasión; me convertí en su sombra.

Le hacía mil preguntas; él eludía unas y respondía a otras con un tono de oráculo. Finalmente, lo urgí sobre el

asunto de la religión de sus iguales.

—Es —me respondió— la religión natural.

Entramos en algunos detalles. Sus decisiones cuadraban mejor con mis inclinaciones que con mis principios, pero quería llegar a mi objetivo y no debía contrariarlo.

—Mandáis a los espíritus —le decía—. Quiero, como vos, tener trato con ellos. Lo quiero. ¡Lo quiero!

—Sois impulsivo, compañero. Aún no habéis superado vuestro tiempo de prueba; no habéis satisfecho ninguna de las condiciones bajo las cuales se puede abordar sin temor esa sublime categoría...

—¿Y me falta mucho tiempo?

—Quizá dos años.

—Abandono ese proyecto —exclamé—. Moriría de impaciencia en el intervalo. Sois cruel, Soberano. No podéis concebir la violencia del deseo que habéis creado en mí: me quema...

—Joven, os creía más prudente; me hacéis temblar por vos y por mí. ¿Os expondríais acaso a evocar a los espíritus sin ninguna de las preparaciones...?

—¿Y qué podría sucederme?

—No digo que necesariamente os suceda algo malo. Si tienen poder sobre

nosotros es porque nuestra debilidad, nuestra pusilanimidad, se lo otorga; en el fondo, hemos nacido para mandarlos.

—¡Ah! ¡Los mandaré!

—Sí, tenéis un corazón ardiente. Pero si perdéis la cabeza, si os asustan hasta el punto de que...

—Si basta con no temerlos, no les será fácil asustarme.

—¿Y si vierais al Diablo?

—Le tiraría de las orejas al gran Diablo del infierno.

—¡Bravo! Si estáis tan seguro de vos, podéis arriesgaros, y os prometo mi asistencia. El viernes próximo os invito a cenar con dos de los nuestros. Llevaremos a cabo la aventura.

II

E stábamos todavía a martes: nunca cita galante fue esperada con tanta impaciencia. El plazo se cumple por fin; encuentro en casa de mi camarada a dos hombres de una fisonomía poco obsequiosa: cenamos. La conversación gira en torno a cosas indiferentes.

Después de cenar, proponen un paseo a pie hasta las ruinas de Portici. Nos ponemos en marcha. Llegamos. Esos restos de los monumentos más augustos derrumbados, rotos, dispersos, cubiertos de abrojos, despiertan en mi imaginación ideas que no me eran usuales. «He aquí —me dije— el poder del tiempo sobre las obras del orgullo y de la industria de los hombres». Avanzamos entre las ruinas y, finalmente, arribamos casi a tuestas, a través de esos restos, a un lugar tan oscuro que ninguna luz exterior podía penetrar en él.

Mi camarada me llevaba del brazo; deja de caminar, y yo me detengo. Entonces, alguien de la compañía golpea un pedernal y enciende una vela. La estancia donde nos encontrábamos se ilumina, aunque débilmente, y descubro que estamos bajo una bóveda bastante bien conservada, de veinticinco pies cuadrados aproximadamente, y con cuatro salidas.

Guardábamos el más completo silencio. Mi camarada, con una caña que había utilizado como bastón durante la marcha, traza un círculo a su alrededor sobre la fina arena que cubría el terreno, y sale de él después de haber dibujado en el suelo algunos caracteres.

—Entrad en este pentáculo, amigo mío —me dice—, y no salgáis hasta haber recibido buenas señales.

—Explicaos mejor: ¿tras qué señales debo salir?

—Cuando todo se os haya sometido; pero antes de ello, si el miedo os hiciese dar un paso en falso, podríais correr los mayores riesgos.

Me da entonces una fórmula de evocación corta, perentoria, mezclada con algunas palabras que nunca olvidaré.

—Recitad —me dice— este conjuro con firmeza y llamad a continuación claramente, por tres veces, a Belcebú, y sobre todo no olvidéis lo que habéis prometido hacer.

Recordé que me había jactado de que le tiraría de las orejas.

—Mantendré mi palabra —le digo, esperando no verme desmentido por los hechos.

—Os deseamos mucho éxito —me dice—. Cuando hayáis terminado, avisadnos. Estáis exactamente enfrente de la puerta por la que debéis salir para reuniros con nosotros.

Se retiran.

Ningún fanfarrón se encontró nunca en crisis tan delicada. Estuve a punto de llamarlos, pero eso me habría avergonzado demasiado; por otra parte, significaba renunciar a todas mis esperanzas. Me mantuve firme en el lugar donde estaba y reflexioné por un instante.

«Han querido asustarme —me dije—. Quieren ver si soy pusilánime. Quienes me ponen a prueba están a dos pasos de aquí, y después de la evocación debo esperar alguna tentativa de su parte para aterrorizarme. Tengámonos firmes; volvamos la burla contra los malos bromistas».

La deliberación fue bastante corta, aunque un poco turbada por el canto de los búhos y los auillos que habitaban los alrededores e incluso el interior de la caverna.

Algo tranquilizado por estas reflexiones, me siento y relajo mis piernas. Luego, pronuncio la evocación con voz clara y firme y, aumentando el sonido, llamo tres veces y a intervalos muy breves:

—¡Belcebú!

Un temblor recorría todas mis venas y los cabellos se erizaban en mi cabeza.

Apenas hube terminado, una ventana de dos batientes se abre frente a mí, en lo alto de la bóveda: un torrente de luz más deslumbrante que la del día prorrumpe por esa abertura; una cabeza de camello, horrible tanto por su tamaño como por su forma, aparece en la ventana; tenía, sobre todo, unas orejas desmesuradas. El odioso fantasma abre la boca y, con un tono acorde con el resto de la aparición, me responde:

—*Che vuoi?*

Todas las bóvedas, todas las cavernas de los alrededores resonaron a porfía con el terrible *Che vuoi?*

No sabría describir mi situación; no sabría decir quién sostuvo mi coraje y me impidió caer desfallecido ante la visión de semejante cuadro, ante el ruido más espantoso aún que retumbaba en mis oídos.

Un sudor frío iba a disipar mis fuerzas: hice un supremo esfuerzo para recobrarlas.

El alma humana debe ser muy vasta y tener un prodigioso mecanismo; una multitud de sentimientos, ideas y reflexiones se agolpan en mi corazón,

pasan a mi espíritu y me impresionan al mismo tiempo.

El giro anímico se produce: logro dominar el terror. Me encaro intrépidamente con el espectro.

—¿Qué pretendes, temerario, al mostrarte bajo esa forma repelente?

El fantasma vacila por un momento.

—Vos me habéis llamado —dice con un tono de voz más bajo.

—¿El esclavo —le digo— intenta asustar a su amo? Si vienes a recibir mis órdenes, adopta una forma conveniente y un tono sumiso.

—Amo —me dice el fantasma—, ¿bajo qué forma debo presentarme para resultaros agradable?

La primera idea que me vino a la cabeza fue la de un perro:

—Ven —le dije— bajo el aspecto de un perro de aguas.

Apenas había formulado esta orden cuando el espantoso camello alarga el cuello de dieciséis pies de longitud, baja la cabeza hasta el centro de la sala y vomita un perro de aguas blanco, de pelo sedoso, fino y brillante, con las orejas colgándole hasta el suelo.

La ventana se ha vuelto a cerrar, cualquier otra visión ha desaparecido y no quedamos bajo la bóveda, suficientemente iluminada, más que el perro y yo.

Giraba alrededor del círculo moviendo la cola y haciéndome fiestas.

—Amo —me dice—, quisiera lameros la punta de los pies, pero el círculo temible que os rodea me rechaza.

Mi confianza se había transformado en audacia: salgo del círculo, estiro el pie, el perro me lo lame; hago un gesto para tirarle de las orejas, se tiende él sobre el lomo como para pedirme perdón; vi entonces que se trataba de una

hembra.

—Levántate —le digo—, te perdono. Ves que he venido acompañado; los señores esperan a cierta distancia de aquí; el paseo ha debido fatigarlos y quiero darles una colación: necesito frutas, conservas, helados, vinos de Grecia, ¿entiendes? Ilumina y adorna la sala sin ostentación, pero con decoro. Hacia el final de la colación te presentarás como un virtuoso de primera fila y traerás una arpa contigo; yo te avisaré cuándo debes aparecer. Cuida de desempeñar bien tu papel, pon expresión en tu canto, decencia, discreción en tu actitud...

—Obedeceré, amo, pero ¿bajo qué condición?

—Bajo la de obedecer, esclavo. Obedece sin réplica o...

—No me conocéis, amo; me trataríais con menos rigor. La única condición que pondría sería, quizá, templar vuestra cólera y complaceros.

Apenas había dicho el perro estas palabras cuando, girando sobre mis

talones, veo mis órdenes ejecutarse con más presteza que el cambio de un decorado en la Ópera. Las paredes de la bóveda, hasta entonces negras, húmedas y cubiertas de musgo, adquirirían un color suave, formas agradables; estábamos ahora en un salón de mármol jaspeado. La arquitectura presentaba una cintra sostenida por columnas. Ocho candelabros de cristal, cada uno con tres velas, difundían una luz viva, distribuida por igual.

III

Un momento después, quedan listos la mesa y el ambigú, cargados con todos los elementos de nuestro festín; las frutas y los dulces eran de la especie más rara, más sabrosa y de más hermosa apariencia. La porcelana empleada en el servicio y en el ambigú era del Japón. La perrita daba mil vueltas por la sala, haciéndome mil carantoñas, como para acelerar el trabajo y preguntarme si estaba satisfecho.

—Muy bien, Biondetta —le dije—; ponte una librea y ve a decir a esos señores que están cerca de aquí que los espero y que están servidos.

Apenas había vuelto la mirada cuando veo salir a un paje con mi librea, pulcramente vestido, llevando una antorcha encendida; poco después volvía, guiando a mi camarada el flamenco y a sus dos amigos.

Preparados a algo extraordinario por la llegada y los cumplidos del paje, no lo estaban al cambio que se había producido en el lugar donde me habían dejado. Si no hubiese tenido la cabeza ocupada, me habría divertido más aún con su sorpresa, que estalló en sus gritos y se manifestó en la alteración de sus rasgos y en sus actitudes.

—Señores —les dije—, habéis hecho un largo camino por mi causa y aún os queda un buen trecho para regresar a Nápoles. He pensado que este pequeño festín no os desagradaría y que sabríais disculpar la escasa selección y la falta de abundancia, dado que se trata de una improvisación.

Mi soltura los desconcertó más aún que el cambio del escenario y la vista de la elegante colación a que se veían invitados. Me apercibí de ello y, resuelto a terminar rápidamente una aventura de la que en mi interior desconfiaba, quise sacar todo el partido posible, forzando incluso la alegría que forma el fondo de mi carácter.

Los invité a sentarse a la mesa; el paje acercó los asientos con una prontitud maravillosa. Estábamos sentados; llené los vasos, repartí la fruta; mi boca era la única que se abría para hablar y comer: los demás permanecían boquiabiertos; sin embargo, los animé a probar las frutas, y mi confianza los decidió a ello. Bebo a la salud de la cortesana más bonita de Nápoles;

bebemos por ella. Hablo de una nueva ópera, de una *improvisatrice* romana recientemente llegada y cuyo talento da que hablar en la corte. Insisto en los talentos agradables, la música, la escultura y, de paso, obtengo su aprobación sobre la belleza de algunos mármoles que adornan el salón. Una botella se vacía y otra mejor la sustituye. El paje se multiplica y el servicio no languidece un solo instante. Me fijo en él a hurtadillas: imaginaos al Amor vestido de paje; mis compañeros de aventura, por su parte, lo miraban de reojo con una cara en la que se pintaban la sorpresa, el placer y la inquietud. La monotonía de esta situación me desagradó; vi que había llegado el momento de romperla.

—Biondetto —dije al paje—, la *signora* Fiorentina me ha prometido concederme un instante; mira a ver si ha llegado.

Biondetto sale de la pieza.

Mis huéspedes no habían tenido aún el tiempo necesario para extrañarse ante la extravagancia del mensaje, cuando se abre una puerta del salón y Fiorentina entra con su arpa; llevaba un vestido modesto, un sombrero de viaje y un velo muy claro frente a los ojos; coloca el arpa a su lado, saluda con soltura, con gracia:

—Señor don Álvaro —dice—, ignoraba que estuviésemos acompañado; no me habría presentado vestida de esta guisa; los señores tengan a bien disculpar a una viajera.

Se sienta, y a porfía le ofrecemos los restos de nuestro pequeño festín, que ella prueba complaciente.

—¡Cómo, señora! —le digo—, ¿no hacéis más que pasar por Nápoles? ¿No sería posible haceros permanecer aquí?

—Un compromiso previo me obliga, señor; tuvieron muchas atenciones conmigo en Venecia, en el carnaval pasado; me hicieron prometer que volvería, y he recibido incluso un adelanto por mi actuación; de no ser así, no habría podido negarme a las ventajas que me ofrece aquí la corte y a la esperanza de merecer los aplausos de la nobleza napolitana, distinguida por su buen gusto por encima de toda la del resto de Italia.

Los dos napolitanos se inclinan para responder al elogio, estupefactos ante la realidad de la escena hasta el punto de frotarse los ojos. Invité a la virtuosa a hacernos escuchar una muestra de su talento. Estaba resfriada, fatigada; temía, con justicia, disminuir en nuestra opinión. Finalmente, se decidió a interpretar un recitativo *obligado* y una arieta patética que clausuraban el tercer acto de la ópera en que iba a debutar.

Toma su arpa, preludia con una mano larga, bien torneada, a la vez blanca y púrpura, de dedos insensiblemente redondeados en la punta y uñas de forma y gracia inconcebibles. Estábamos sorprendidos; creíamos asistir al más delicioso de los conciertos. La dama canta. No hay voz, ni alma, ni expresión como la suya; no se puede dar más esforzándose menos. Yo estaba emocionado hasta el fondo de mi corazón, y olvidé casi que era el creador del hechizo que me encantaba.

La cantante me dirigía las tiernas expresiones de su recitado y de su canto. El fuego de sus miradas atravesaba el velo; tenía una intensidad y una dulzura inconcebibles; esos ojos no me eran desconocidos. Finalmente, reuniendo los rasgos que el velo me dejaba percibir, reconocí en Fiorentina al bribón de Biondetto; pero la elegancia, los atractivos del talle se harían notar mucho más bajo la indumentaria de mujer que bajo el hábito de paje.

Cuando la cantatriz hubo terminado de cantar, le dispensamos justas alabanzas. Quise comprometerla a interpretarnos una arieta alegre, para permitirnos admirar la diversidad de sus talentos.

—No —respondió—; mal podría ejecutarla en la disposición de ánimo en que me encuentro; por lo demás, debéis haber advertido el esfuerzo que he

hecho por complaceros. Mi voz se resiente del viaje, está empañada. Ya sabéis que parto esta noche. Me ha traído hasta aquí un cochero de alquiler y dependo de él; os pido que aceptéis mis disculpas y me permitáis retirarme.

Dicho esto, se levanta, quiere coger el arpa. Se lo impido y, después de haberla acompañado hasta la puerta por donde había entrado, vuelvo junto a mis compañeros.

Tenía que haber inspirado alegría, y veía temor en las miradas. Recurrí al vino de Chipre; lo había encontrado delicioso; me había devuelto las fuerzas, la presencia de espíritu; doblé la dosis. Como el tiempo pasaba, dije a mi paje —que había vuelto a ocupar su puesto detrás de mi asiento— que hiciese preparar mi carruaje. Biondetto sale inmediatamente, va a cumplir mis órdenes.

—¿Tenéis aquí carruaje? —me dice Soberano.

—Sí —le respondo—, me hice seguir e imaginé que, si vuestra partida se prolongaba, no os opondrías a un regreso cómodo. Bebamos otra copa. No corremos el riesgo de dar pasos en falso por el camino.

No había acabado la frase cuando el paje regresa, seguido de dos corpulentos lacayos, soberbiamente vestidos con mi librea.

—Señor don Álvaro —me dice Biondetto—, no he podido acercarme hasta aquí vuestro coche; está más allá, pero cerca de las ruinas que rodean estos lugares.

Nos levantamos; Biondetto y los lacayos nos preceden; nos ponemos en marcha.

Como no podíamos caminar los cuatro en una misma línea entre basas y columnas rotas, Soberano, que se encontraba a mi lado, me estrechó la mano.

—Nos habéis dado un buen festín, amigo; os costará caro.

—Amigo —repliqué—, me satisface mucho que os haya gustado; cuéstemelo lo que deba costarme.

Llegamos al carruaje; encontramos otros dos lacayos, un cochero, un postillón, un coche de campo a mis órdenes con todas las comodidades

deseables. Le hago los honores y, velozmente, tomamos el camino de Nápoles.

IV

Durante algún tiempo guardamos silencio. Finalmente, uno de los amigos de Soberano lo rompe.

—No os pido vuestro secreto, Álvaro, pero me consta que habéis tenido que llegar a tratos singulares. Nadie fue servido nunca como vos y, en cuarenta años de trabajo, no he obtenido ni la cuarta parte de los favores que os han sido concedidos a vos en una sola noche. No hablo de la más celestial visión que pueda tenerse, cuando afligimos nuestros ojos más a menudo que los alegramos. En fin, vos conocéis vuestros asuntos, sois joven; a vuestra edad se desea demasiado para dar tiempo a la reflexión y se buscan con prisa los placeres.

Bernadillo, tal era el nombre de este hombre, se escuchaba al hablar y me daba tiempo para pensar en la respuesta.

—Ignoro —le repliqué— por qué causa he podido ganarme favores distinguidos; auguro que serán muy cortos, y mi consuelo consistirá en haberlos compartido todos con buenos amigos.

Vieron que mantenía mis reservas, y la conversación decayó.

Sin embargo, el silencio trajo consigo la reflexión: recordé cuanto había hecho y visto; comparé los discursos de Soberano y de Bernadillo, y concluí que acababa de salir del peor paso en que una vana curiosidad y la temeridad hubiesen puesto nunca a un hombre de mi clase. No carecía de instrucción; había sido educado hasta los trece años bajo la mirada de don Bernardo Maravillas^[2], mi padre, gentilhombre sin tacha, y por doña Mencía, mi madre, la mujer más religiosa, más respetable de toda Extremadura. «¡Ah, madre mía! —me decía yo—, ¿qué pensaríais de vuestro hijo si lo hubieseis visto, si lo vieseis todavía? Pero esto no durará, me lo prometo».

Entre tanto, el carruaje llegaba a Nápoles. Dejé en sus respectivas casas a los amigos de Soberano. Él y yo regresamos a nuestro acuartelamiento. El brillo del coche deslumbró un poco a la guardia, a la que pasamos revista, pero las gracias de Biondetto, que ocupaba la parte delantera de la carroza, impresionaron aún más a los espectadores.

El paje despide el carruaje y a la servidumbre, toma una antorcha de mano de los lacayos y atraviesa los cuarteles para llevarme a mis habitaciones. Mi ayuda de cámara, aún más sorprendido que los otros, quería hablar para pedirme explicaciones acerca de mi nuevo tren de vida.

—Basta por hoy, Cario —le dije, entrando en mi cuarto—; no te necesito. Ve a descansar, te hablaré mañana.

Estamos solos en mi alcoba, y Biondetto ha cerrado la puerta tras de nosotros; mi situación era menos embarazosa en medio de la compañía que acababa de abandonar y del tumultuoso lugar que acababa de atravesar. Con ánimo de terminar la aventura, me concentré por un instante. Dirijo la mirada al paje, que mantiene la suya fija en el suelo; un rubor le asoma sensiblemente por el rostro: su actitud revela embarazo y mucha emoción; finalmente tomo la iniciativa de hablarle.

—Biondetto, me has servido bien, y lo has hecho poniendo tu mejor voluntad en ello; pero, como te había pagado por adelantado, imagino que estamos en paz.

—Don Álvaro es demasiado noble como para creer que ha podido pagar ese precio.

—Si has hecho más de lo que me debías, si estoy en deuda contigo, dame tu cuenta; pero no respondo de pagarte inmediatamente: he gastado ya mi último sueldo, debo en el juego, en la posada, al sastre...

—Vuestras bromas están fuera de lugar.

—Si dejo de hablar en broma, será para rogarte que te retires, pues es tarde y debo acostarme.

—¿Y tendríais la descortesía de echarme a la hora que es? No esperaba semejante trato de parte de un caballero español. Vuestros amigos saben que he venido aquí; vuestros soldados, vuestros hombres me han visto y han adivinado mi sexo. Si yo fuese una vil cortesana, no dejaríais de tener alguna consideración hacia el decoro de mi estado; pero vuestro proceder conmigo es infamante, ignominioso: cualquier mujer en mi situación se sentiría humillada.

—¿Así que ahora te gusta ser mujer para ser objeto de atenciones? Pues bien, para evitar el escándalo de tu partida, ten contigo misma la deferencia de salir por el agujero de la cerradura.

—¡Cómo! En serio, sin saber quién soy...

—¿Puedo, acaso, ignorarlo?

—Lo ignoráis, os digo, no escucháis más que vuestras prevenciones; pero, quienquiera que sea, estoy a vuestros pies, con las lágrimas en los ojos, implorándoos a título de deudor. Una imprudencia mayor que la vuestra, excusable quizá, puesto que vos sois su objeto, me ha hecho hoy desafiarlo todo, sacrificarlo todo para obedeceros, entregarme a vos y seguiros. He levantado contra mí las pasiones más crueles, más implacables; no me queda más protección que la vuestra, más asilo que vuestra alcoba. ¿Vais a cerrarme vuestra puerta, Álvaro? ¿Se dirá, acaso, que un caballero español haya tratado con tal rigor, con semejante indignidad a alguien que ha sacrificado por él un alma sensible, a un ser débil, desprovisto de cualquier otra ayuda que no sea la suya, en una palabra, a una persona de mi sexo?

Retrocedía yo tanto como me era posible, para salir de aquella embarazosa situación; pero ella se abrazaba a mis rodillas y me seguía, moviendo las suyas; finalmente, quedé pegado contra la pared.

—Levántate —le dije—; sin pensarlo, acabas de recordarme un juramento. Cuando mi madre me dio mi primera espada, me hizo jurar sobre su guarda que serviría toda mi vida a las mujeres y que no ofendería a ninguna. Cuando pienso en qué ha parado hoy aquel juramento...

—Pues bien, cruel, a cualquier título que sea, permitid que me quede en vuestra alcoba.

—Lo acepto por lo raro del caso y para llevar al colmo lo insólito de mi aventura. Arréglatelas de manera que ni te vea ni te oiga; a la primera palabra, al primer movimiento capaces de inquietarme, aumento el sonido de mi voz para preguntarte a mi vez: *Che vuoi?*

Le doy la espalda y me acerco a la cama para desvestirme.

—¿Puedo ayudaros? —me dice.

—No, soy militar y me sirvo a mí mismo.

Me acuesto.

V

A través de la gasa de mi cortina, veo cómo el supuesto paje extiende en un rincón de mi dormitorio una estera usada que ha encontrado en un armario, se sienta encima, se desviste por completo, se envuelve en una de mis mantas, que estaba sobre una silla, apaga la luz, y la escena termina ahí por el momento; pero pronto volvió a empezar en mi cama, donde yo no podía conciliar el sueño.

Parecía como si el retrato del paje estuviese pegado al techo de la cama y a las cuatro columnas; no veía otra cosa. Me esforzaba en vano por vincular ese objeto maravilloso con la idea del horrible fantasma que había visto; la primera aparición servía para realzar los encantos de la última.

Aquel canto melodioso que había oído bajo la bóveda, aquel sonido encantador de voz, aquellas palabras que parecían surgir del corazón retumbaban aún en el mío y producían en él un estremecimiento singular. «¡Ah, Biondetta —me decía a mí mismo—, si no fueses un ser fantástico, si no fueses aquel espantoso dromedario! Pero ¿por qué impulso me dejé llevar?

He vencido el miedo; extirpemos un sentimiento más peligroso. ¿Qué ternura puedo esperar de ella? ¿Renunciaría, acaso, a su origen? El fuego de sus miradas tan conmovedoras, tan dulces, es un cruel veneno. Esa boca tan bien formada, tan coloreada, tan fresca y en apariencia tan ingenua no se abre más que para engaños e imposturas. Ese corazón, si lo fuese, no se encendería sino para una traición». Mientras me abandonaba a las reflexiones ocasionadas por los diversos impulsos que me agitaban, la luna, llegada a lo alto del hemisferio y en un cielo sin nubes, flechaba mi alcoba con sus rayos a través de tres grandes ventanas.

Yo hacía movimientos prodigiosos en mi cama, que no era nueva; la madera se separa, y las tres tablas que sostenían mi colchón se desploman estrepitosamente.

Biondetta se levanta, corre hacia mí, aterrorizada.

—Don Álvaro, ¿qué desgracia acaba de sucederos?

Como no la perdía de vista, a pesar de mi accidente, la vi levantarse, acudir a mi lado; llevaba una camisa de paje y, al pasar, la luz de la luna iluminó sus muslos, que aún parecieron más hermosos con el reflejo. Muy poco afectado por el mal estado de mi cama, que sólo me exponía a dormir con un poco más de incomodidad, me afectó mucho más el encontrarme entre los brazos de Biondetta.

—No me ha sucedido nada —le dije—, retírate. Corres por las baldosas sin zapatillas, vas a resfriarte; retírate...

—Pero estáis en una posición incómoda.

—Sí, en la que tú ahora me colocas; retírate o, puesto que quieres acostarte en mi cama y a mi lado, te ordenaré ir a dormir a la tela de araña que hay en ese rincón de mi dormitorio.

No esperó al final de la amenaza y se fue a acostar sobre su estera, sollozando muy quedo.

La noche se acaba y la fatiga se apodera de mí, proporcionándome algunos momentos de sueño. Cuando me desperté, ya era de día. Adivinad la dirección que tomaron mis primeras miradas: busqué a mi paje con los ojos.

Estaba sentado, completamente vestido a excepción de su jubón, en un pequeño taburete; sus cabellos caían sueltos hasta el suelo, cubriéndole de bucles flotantes y naturales la espalda y los hombros, e incluso toda la cara.

No sabiendo qué hacer, se desenredaba la cabellera con los dedos. Jamás peine de un marfil tan hermoso paseó por floresta tan tupida de cabellos color rubio ceniza; su fineza igualaba todas sus otras perfecciones. Un pequeño movimiento que hice le anunció mi despertar, y entonces separó con sus dedos los bucles que le ocultaban la cara. Imaginaos la aurora primaveral surgiendo de entre los vapores de la mañana con su rocío, su frescor y todos

sus perfumes.

—Biondetta —le digo—, coge un peine; hay uno en el cajón de ese escritorio.

Obedece. Muy pronto, con ayuda de una cinta, su pelo queda atado sobre la cabeza con tanta habilidad como elegancia. Coge su jubón, remata su aderezo y se sienta sobre su asiento con un aspecto tímido, apurado, inquieto, que inspiraba una viva compasión. «Si es preciso —me dije a mí mismo— que vea a lo largo del día mil escenas a cuál más picante, seguramente no resistiré; provoquemos el desenlace, si es posible».

Le dirijo la palabra:

—Ya es de día, Biondetta. Hemos cumplido con las debidas conveniencias; puedes salir de mi alcoba sin temor al ridículo.

—Estoy ahora —me responde— por encima de ese temor; pero vuestros intereses y los míos me inspiran otro mucho más fundado: no permiten que nos separemos.

—Explícate —le digo.

—Voy a hacerlo, Álvaro. Vuestra juventud, vuestra imprudencia, os cierran los ojos ante los peligros que hemos congregado en torno a nosotros. Apenas os vi bajo la bóveda, cuando aquella actitud heroica frente a la más horrible aparición decidió mis inclinaciones. Si para lograr la felicidad, me dije a mí misma, debo unirme a un mortal, tomemos un cuerpo: ha llegado la hora. Éste es el héroe digno de mí. Indígnense los despreciables rivales que por él sacrifico; véame yo expuesta a su resentimiento, a su venganza; ¿qué me importa? Amada por Álvaro, unida a Álvaro, ellos y la naturaleza se nos someterán. Lo que siguió vos lo habéis visto; éstas son las consecuencias. La envidia, los celos, el desprecio, la cólera me preparan los castigos más crueles a que pueda verse sometido un ser de mi especie, degradado por propia elección; tan sólo vos podéis protegerme. Apenas ha amanecido y ya los delatores se han puesto en camino para denunciaros como nigromante a ese tribunal que vos conocéis. Dentro de una hora...

—Detente —exclamé—; poniéndome los puños cerrados en los ojos, eres el más hábil, el más insigne de los falsarios. Hablas de amor, presentas su imagen, envenenas su idea; te prohíbo decir una palabra más. Deja que me calme lo suficiente, si soy capaz, para poder tomar una resolución. Si debo caer en manos del tribunal, no vacilo por el momento entre tú y él; pero si me ayudas a largarme de aquí, ¿a qué me comprometeré con ello? ¿Puedo separarme de ti cuando quiera? Te conmino a que me respondas con claridad y precisión.

—Para separaros de mí, Álvaro, bastará con un acto de vuestra voluntad. Lamento, incluso, que mi sumisión sea forzada. Si más tarde no agradecéis mi celo, seréis imprudente, ingrato...

—Nada creo, salvo que debo partir. Voy a despertar a mi ayuda de cámara. Tengo que conseguir dinero, ir a la posta. Me dirigiré a Venecia a ver a Bentinelli, banquero de mi madre.

—¿Necesitáis dinero? Afortunadamente, he tomado mis precauciones; tengo a vuestra disposición...

—Guárdatelo. Si fueses una mujer, al aceptarlo cometería una bajeza.

—No es un regalo, sino un préstamo, lo que os propongo. Dadme un poder para actuar ante vuestro banquero; haced un balance de lo que debéis aquí. Dejad sobre vuestro escritorio una orden a Cario para que pague. Disculpaos por carta a vuestro comandante, alegando un compromiso ineludible que os obliga a partir sin licencia previa. Iré a la posta, a buscaros un carruaje y caballos. Pero antes, Álvaro, obligada a separarme de vos, vuelvo a caer en todos mis temores. Decid: «Espíritu que no te has unido a un cuerpo más que para mí, y sólo para mí, acepto tu vasallaje y te otorgo mi protección».

Mientras me indicaba esta fórmula, se había arrojado a mis rodillas, me tenía cogida la mano, me la apretaba, me la mojaba con sus lágrimas.

Yo estaba fuera de mí, no sabiendo qué partido adoptar; le dejo que me bese la mano y balbuceo las palabras que le parecían tan importantes. Apenas he terminado, vuelve a ponerse en pie:

—Soy vuestra —exclama arrebatada—; podré llegar a ser la más feliz de todas las criaturas.

En un momento, se cubre con una larga capa, se cala un gran sombrero sobre los ojos y sale de mi habitación.

Quedé sumido en una especie de estupidez. Encuentro un balance de mis deudas; pongo al pie la orden a Cario para que las pague; cuento el dinero necesario; escribo al comandante y a uno de mis amigos más íntimos sendas cartas, que debieron encontrar particularmente extraordinarias. Ya el coche y

el látigo del postillón se hacían oír en la puerta.

Biondetta, con la nariz siempre hundida en su capa, regresa y me lleva consigo. Cario, despertado por el ruido, aparece en camisa.

—Vete —le digo— a mi escritorio; encontrarás allí mis órdenes.

Subo al carruaje. Parto.

VI

Biondetta había entrado conmigo en el carruaje, instalándose en la parte delantera. Cuando salimos de la ciudad, se quitó el sombrero que la ocultaba. Tenía los cabellos recogidos en una redcilla carmesí; no se les veía más que la punta: eran perlas dentro de un coral. Su rostro, despojado de todo adorno, brillaba sólo con sus perfecciones. Había como una transparencia en el color de su cara; no podía concebirse cómo la dulzura, el candor, la ingenuidad podían unirse al rasgo de fineza que brillaba en sus miradas. Me sorprendí haciendo, a pesar mío, estas observaciones y, juzgándolas peligrosas para mi descanso, cerré los ojos para tratar de dormir.

 Mi intento no fue vano: el sueño se apoderó de mis sentidos y me ofreció las ensoñaciones más agradables, las más apropiadas para distraer a mi alma de las ideas espantosas y extravagantes que tanto la habían fatigado. Mi sueño fue, por lo demás, muy largo, y mi madre, reflexionando más tarde sobre mis aventuras, llegó a la conclusión de que semejante sopor no había sido natural. Finalmente, cuando me desperté, estaba a orillas del canal en el que se embarca para dirigirse a Venecia. Era noche cerrada. Sentí que alguien me tiraba de la manga: era un mozo de cuadra; quería encargarse de mis bultos. No tenía ni siquiera un gorro de dormir.

Biondetta se presentó por otra portezuela para decirme que el barco que me llevaría estaba listo. Desciendo maquinalmente, entro en la falúa y vuelvo a caer en mi letargo.

¿Qué diré? Al día siguiente por la mañana me encontraba alojado en la plaza de San Marcos, en las habitaciones más hermosas de la mejor posada de Venecia. Las conocía; las reconocí inmediatamente. Veo ropa blanca, una bata bastante rica junto a la cama. Sospeché que podía ser una atención del huésped a cuya casa había llegado desprovisto de todo.

Me levanto y miro si soy el único ser vivo que hay en el cuarto; buscaba a Biondetta. Avergonzado de ese primer impulso, di gracias a mi buena suerte. «Ese espíritu y yo no somos, pues, inseparables; me he librado de él y, después de mi imprudencia, si no pierdo más que mi empleo en la guardia, debo considerarme muy feliz. Valor, Álvaro —continué—; hay otras cortes, otros soberanos además del de Nápoles. Esto debe corregirte, si es que no eres incorregible, y así te portarás mejor. Si tus servicios son rechazados, una madre tierna, Extremadura y un patrimonio honesto te tienden los brazos. Pero ¿qué querría de ti ese diablillo que no te ha abandonado en veinticuatro

horas? ¡Había tomado una apariencia muy seductora! Me dio dinero, quiero devolvérselo...». No había terminado de hablar cuando veo llegar a mi acreedor; me traía dos criados y dos gondoleros.

—Debéis ser servido hasta que llegue Cario —dice—. Me han respondido en la posada de la inteligencia y fidelidad de éstos, y estos otros son los más audaces patrones de la república.

—Me doy por satisfecho con tu elección, Biondetta —le digo—, ¿Estás alojada aquí?

—He tomado —me responde el paje con los ojos bajos—, en las propias habitaciones de Vuestra Excelencia, la pieza más alejada de la que ocupáis, a fin de causaros la menor molestia posible.

Encontré tacto y delicadeza en esa atención de poner espacio entre ella y yo. Se lo agradecí por añadidura.

«En el peor de los casos —me decía a mí mismo— no podría expulsarla del aire, si decidiese quedarse allí, invisible, para obsesionarme. Al estar en un cuarto concreto, podré calcular mi distancia». Contento con mis razonamientos, di ligeramente mi aprobación a todo.

Quería salir para ir a ver al corresponsal de mi madre. Biondetta dio las órdenes oportunas para mi aseo y, cuando hubo terminado, me dirigí adonde tenía intención de ir.

El negociante me brindó una

acogida que me sorprendió. Estaba en su banca; de lejos me acaricia con la mirada, viene hacia mí.

—Don Álvaro —me dice—, no os creía aquí. Llegáis muy a propósito para impedir que cometa un error; iba a enviaros dos cartas y dinero.

—¿El de mi pensión? —respondí.

—Sí —replicó—, y algo más. Aquí tenéis doscientos cequíes que llegaron esta mañana. Un viejo gentilhomme a quien entregué el recibo me los dio de parte de doña Mencía. Al no recibir

noticias vuestras, os creyó enfermo y encargó a un español conocido vuestro que me los diese para hacéroslos llegar.

—¿Os ha dicho su nombre?

—Lo escribí en el recibo; es don Miguel Pimientos^[3], quien dice haber sido escudero en vuestra casa. Como ignoraba vuestra llegada aquí, no le pregunté su dirección.

Cogí el dinero. Abrí las cartas: mi madre se quejaba de su salud y de mi negligencia, y ni siquiera hablaba de los cequíes que enviaba, lo que me hizo aún más sensible a sus bondades.

Viéndome con la bolsa repleta, regresé alegremente a la posada; me costó trabajo encontrar a Biondetta en la especie de habitáculo en que se había refugiado. Se llegaba a él por un pasadizo que estaba lejos de mi puerta; me aventuré al azar por allí y la vi inclinada junto a una ventana, muy ocupada en reunir y pegar los restos de un clavicordio.

—Tengo dinero —le dije— y te traigo lo que me has prestado.

Enrojeció, como siempre le ocurría antes de hablar; buscó mi obligación, me la entregó, tomó la suma y se limitó a decirme que era demasiado exacto

y que hubiese deseado gozar durante más tiempo del placer de tenerme obligado.

—Pero aún estoy en deuda contigo —le dije—, puesto que has pagado la posta.

Tenía el recibo sobre la mesa. Lo pagué. Me retiraba con aparente sangre fría; me preguntó cuáles eran mis órdenes, no tenía ninguna que darle y volvió tranquilamente a su tarea, dándome la espalda. La observé durante algún tiempo; parecía muy ocupada y ponía en su trabajo tanta destreza como actividad.

Regresé a mi cuarto, a soñar. «Éste es —me decía— el igual de aquel Calderón que encendía la pipa de Soberano, y, aunque tenga un aspecto muy distinguido, no es de mejor casa. Si no se vuelve exigente ni incómodo, si no tiene pretensiones, ¿por qué no guardarlo? Por otra parte, me asegura que para despedirlo basta con un acto de mi voluntad. ¿Por qué apresurarme a

querer en seguida lo que puedo querer en todos los instantes del día?». Mis reflexiones se vieron interrumpidas por el anuncio de que estaba servido.

Me senté a la mesa, *Biondella*, con *librea* de gala, estaba detrás de mi asiento, atenta a prevenir mis necesidades. No tenía que darme la vuelta para verla: tres espejos dispuestos en el salón repetían todos sus movimientos. Terminada la cena, quitan la mesa; ella se retira.

Sube a mis habitaciones el posadero, a quien conocía de antes. Estábamos en carnaval; mi llegada no tenía nada de sorprendente. Me felicitó por el aumento de mi tren de vida, que suponía un mejor estado de mi fortuna, y se deshizo en alabanzas de mi paje, el joven más guapo, más cariñoso, más inteligente, más dulce que había visto en su vida. Me preguntó si pensaba tomar parte en los placeres del carnaval; ésa era mi intención. Me disfracé y subí a bordo de mi góndola.

Recorrí la plaza; fui al espectáculo, al *ridotto*. Jugué, gané cuarenta cequíes y regresé bastante tarde, luego de haber buscado disipación en todos

los lugares apropiados al caso.

Mi paje, con una antorcha en la mano, me recibe al pie de la escalera, me entrega a los cuidados de un ayuda de cámara y se retira, después de haberme preguntado a qué hora ordenaba que entrasen en mi alcoba.

—A la hora de siempre —respondí sin saber lo que decía, sin pensar que nadie estaba al corriente de mis costumbres.

Me desperté tarde al día siguiente y me levanté en seguida. Dirigí por azar los ojos hacia las cartas de mi madre, que aún permanecían sobre la mesa.

—¡Digna mujer! —exclamé—; ¿qué hago yo aquí? ¿Es que no voy a colocarme bajo la protección de vuestros sabios consejos? Iré, ¡ah!, iré, es la única decisión que puedo tomar.

Como hablaba alto, se dio cuenta de que me había despertado; entró en mi cuarto y volví a ver el escollo de mi razón. Tenía un aspecto desinteresado, modesto, sumiso, pareciéndome por ello más peligroso. Me anunciaba la llegada de un sastre y telas. Hechas las compras, desapareció con él hasta la hora del almuerzo.

Comí poco y corrí a precipitarme a través del torbellino de diversiones de la ciudad. Busqué las máscaras; escuché, hice frías bromas y rematé la noche en la ópera y, sobre todo, en el juego, hasta entonces mi pasión favorita. Gané mucho más en esta segunda sesión que en la primera.

VII

Pasé diez días en la misma situación de corazón y espíritu y, poco más o menos, en disipaciones similares. Encontré antiguos conocidos, hice algunos nuevos. Fui presentado en las tertulias más distinguidas, admitido en las partidas de los nobles en sus casinos.

Todo habría ido bien si mi fortuna en el juego no hubiese desaparecido; pero perdí en el *ridotto*, en una noche, mil trescientos cequíes que había acumulado. Nadie jugó nunca con tan mala suerte. A las tres de la mañana me retiré desplumado, debiendo cien cequíes a unos conocidos. Mi pesadumbre estaba escrita en mis miradas y en toda mi apariencia exterior. Biondetta me pareció afectada, pero no abrió la boca.

Al día siguiente me levanté tarde. Me paseaba a largas zancadas por mi cuarto, golpeando con los pies. Me sirven, no como. Retirado el servicio, Biondetta se queda, contra su costumbre. Me mira un instante, deja escapar algunas lágrimas:

—Habéis perdido dinero, don Álvaro; quizá más del que podéis pagar.

—Y si así fuera, ¿dónde encontraría el remedio?

—Me ofendéis; mis servicios aún os pertenecen al mismo precio; pero no irían lejos si se limitasen a haceros contraer conmigo obligaciones que os creeríais en la necesidad de satisfacer inmediatamente. Permitid que tome asiento; estoy tan emocionada que no podría sostenerme de pie; además, tengo cosas importantes que deciros. ¿Queréis arruinaros?... ¿Por qué jugáis con ese furor si no sabéis jugar?

—¿No conoce todo el mundo los juegos de azar? ¿Podría enseñármelos alguien?

—Sí. Prudencia aparte, pueden enseñarse los juegos de probabilidad que vos llamáis impropriamente juegos de azar. No existe el azar en el mundo; en él todo ha sido y será siempre una serie de combinaciones necesarias que sólo pueden ser entendidas a través de la ciencia de los números, cuyos principios son al mismo tiempo tan abstractos y tan profundos que no pueden ser aprehendidos si no se es guiado por un maestro; pero es preciso

haber sabido proporcionárselo y unirse a él. No puedo describiros este conocimiento sublime más que por una imagen. El encadenamiento de los

números forma la cadencia del universo, regula los llamados sucesos fortuitos y supuestamente determinados obligándolos mediante balancines invisibles a caer cada uno a su vez, desde lo que de importante ocurre en las esferas alejadas hasta las miserables pequeñas probabilidades que hoy os han despojado de vuestro dinero.

Esta perorata científica en una boca infantil, esta propuesta un poco brusca de ofrecerme un maestro, me ocasionaron un ligero temblor, un poco de aquel sudor frío que se había apoderado de mí bajo la bóveda de Portici. Miro a Biondetta, que bajaba la vista.

—No quiero ningún maestro —le digo—; me da miedo aprender demasiado; pero trata de demostrarme que un gentilhomme puede saber un poco más que el juego y utilizarlo sin comprometer su carácter.

Aceptó el reto y éste es, en sustancia, el resumen de su demostración.

—La banca está combinada sobre la base de una ganancia exorbitante que se renueva en cada lance del juego; si no corriese riesgos, la república estaría robando de modo manifiesto a los particulares. Pero los cálculos que podemos hacer son supuestos, y la banca gana siempre, teniendo enfrente a una persona instruida por cada diez mil incautos.

La convicción fue llevada más lejos. Me enseñó una sola combinación, muy simple en apariencia; no adiviné los principios en que se fundaba, pero esa misma noche el éxito me hizo conocer su infalibilidad.

En una palabra: siguiéndola, recuperé todo lo que había perdido, pagué mis deudas de juego y devolví, al regresar, el dinero que Biondetta me había prestado para intentar la aventura.

Tenía fondos, pero me encontraba más molesto que nunca. Mis recelos acerca de las intenciones del peligroso ser cuyos servicios había aceptado se habían renovado. Ya no sabía a ciencia cierta si podría alejarlo de mí; en todo

caso, no tenía fuerzas para desearlo. Desviaba los ojos para no ver dónde estaba y lo veía en todos los lugares donde no estaba.

El juego dejó de ofrecerme una disipación atractiva. El faraón, que me gustaba apasionadamente, al no estar sazonado por el riesgo, había perdido todo lo que de picante tenía para mí. Las mascaradas del carnaval me aburrían; los espectáculos me parecían insípidos. Aunque hubiera tenido el corazón lo suficientemente libre como para desear establecer relaciones con mujeres de alto linaje, me hallaba desanimado de antemano por la languidez, el ceremonial y la obligación del chichisbeo. Me quedaba el recurso de los casinos de los nobles, donde ya no quería jugar, y el trato con las cortesanas. Entre las mujeres de esta última especie, había algunas más distinguidas por la elegancia de su fasto y la jovialidad de su compañía que por sus atractivos personales. Encontraba en sus casas una libertad real de la que me gustaba gozar, una alegría ruidosa que podía aturdirme si no llegaba a agradarme, un abuso continuo de la razón que me libraba por algunos momentos de las trabas de la mía. Me mostraba galante con todas las mujeres de este género en cuyas casas era admitido, sin abrigar proyectos respecto a ninguna; pero la más célebre de ellas tenía planes respecto a mi persona que pronto se manifestaron.

La llamaban Olimpia. Tenía veintiséis años, mucha belleza, talento y gracia. Pronto me dejó percibir el gusto que sentía por mí y, sin sentirlo yo por ella, me puse en sus manos para librarme en cierto modo de mí mismo.

Nuestra relación comenzó bruscamente y, como no hallaba en ella muchos encantos, juzgué que terminaría de la misma manera y que Olimpia, aburrida de mis desatenciones para con ella, buscaría pronto un amante que le hiciese mayor justicia, tanto más cuanto que nuestro vínculo se basaba en la pasión más desinteresada; pero muy otra fue la decisión de nuestro planeta. Para castigar a esta mujer soberbia e impulsiva, y para sumirme en problemas de otra índole, era necesario que ella concibiese un amor desenfrenado hacia mi persona.

Ya no era dueño de regresar por la noche a mi posada y me agobiaban durante el día sus billetes, mensajes y vigilantes.

Se quejaba de mi frialdad. Sus celos, que aún no habían encontrado un objeto preciso, se volcaban en todas las mujeres que podían atraer mis miradas, y me habría exigido incluso descortesías hacia ellas si hubiese podido hacer mella en mi carácter. Me disgustaba aquel tormento perpetuo, pero había que vivir en él. De buena fe buscaba amar a Olimpia por amar algo y distraerme del gusto peligroso que me conocía. Entre tanto, una escena más viva aún se preparaba.

En mi posada me veía sometido a secreta vigilancia por órdenes de la cortesana.

—¿Desde cuándo —me dijo un día— tienes a ese hermoso paje que tanto te interesa, a quien dispensas tantas atenciones y a quien no dejas de seguir con los ojos cuando su servicio lo llama a tus habitaciones?

¿Por qué le haces observar tan austero retiro? No se le ve nunca por

Venecia.

—Mi paje —respondí— es un joven bien nacido de cuya educación me he hecho cargo. Es...

—Es, traidor —replicó ella con los ojos inflamados de ira—, ¡es una mujer! Uno de mis espías lo ha visto mientras se aseaba por el agujero de la cerradura...

—Te doy mi palabra de honor de que no es una mujer.

—No añadas la mentira a la traición. Esa mujer lloraba, la han visto; no es feliz. No sabes más que atormentar los corazones que se te entregan. Has abusado de ella, como abusas de mí, y la abandonas. Devuelve a sus padres a esa joven; y si tus prodigalidades no te permiten hacerle justicia, la obtendrá de mi parte. Le debes un destino: yo se lo daré; pero quiero que desaparezca mañana.

—Olimpia —repliqué lo más fríamente posible—, te he jurado, te lo repito y te juro otra vez que no es una mujer. Ojalá lo fuera.

—¿Qué quieren decir esas mentiras y ese «ojalá lo fuera», monstruo? Devuélvela, te digo, o... Pero tengo otros recursos; te desenmascararé y ella sí se avendrá a razones, si tú no eres capaz de hacerlo.

Superado por tal torrente de injurias y de amenazas, pero simulando no estar afectado, me retiré a mi casa, aunque ya era tarde. Mi llegada pareció sorprender a mis criados y, sobre todo, a Biondetta: mostró cierta inquietud por mi salud; respondí que no estaba alterada en absoluto.

No le hablaba casi nunca desde mi relación con Olimpia y no había habido ningún cambio en su conducta para conmigo, pero sí en sus rasgos: había en el tono general de su fisonomía un matiz de abatimiento y de melancolía.

Al día siguiente, apenas me había despertado cuando Biondetta entra en mi alcoba con una carta abierta en la mano. Me la entrega y leo:

Al supuesto Biondetto

No sé quién sois, señora, ni qué podéis hacer en casa de don Álvaro; pero sois demasiado joven como para que no se os pueda perdonar y estáis en demasiado malas manos para no despertar la

compasión. Ese caballero os habrá prometido lo que promete a todo el mundo, lo que aún me jura todos los días, aunque decidido a traicionarnos. Se dice que sois tan juiciosa como bella; seréis capaz de recibir un buen consejo. Estáis en edad, señora, de reparar el perjuicio que podéis haberos hecho; un alma sensible os ofrece los medios para ello. No vamos a discutir acerca de la fuerza del sacrificio que debe hacerse para asegurar vuestro descanso; debe ser proporcional a vuestro estado, a las perspectivas que os han hecho abandonar, a las que podéis tener para el futuro y, en consecuencia, vos misma lo arreglaréis todo. Si persistís en querer ser engañada e infeliz y en hacer que otras lo sean, esperad de mí la mayor violencia que la desesperación puede sugerir a una rival. aguardo vuestra respuesta.

Después de haber leído esta carta, se la devolví a Biondetta.

—Responde —le dije— a esa mujer que está loca y que tú sabes mejor

que yo hasta qué punto...

—¿La conocéis, don Álvaro? ¿No teméis nada de ella?...

—Temo que me siga aburriendo. Por lo tanto, la dejo y, para librarme de ella con mayor seguridad, voy a alquilar esta misma mañana una bonita casa que me ofrecieron a orillas del Brenta.

Me vestí inmediatamente y fui a concluir la transacción. De camino, pensaba en las amenazas de Olimpia. «¡Pobre loca! —me decía—, quiere matar al...». Nunca pude, siu saber por qué, pronunciar esa palabra.

En cuanto terminé el asunto, volví a casa, cené y, temiendo que la fuerza de la costumbre me condujese a casa de la cortesana, decidí no salir en todo el día. Cojo un libro. Incapaz de concentrarme en la lectura, lo dejo. Voy a la ventana, y la multitud, la variedad de los objetos me disgusta en vez de distraerme. Me paseo a largas zancadas por todas mis habitaciones, buscando la tranquilidad del espíritu en la agitación continua del cuerpo.

VIII

Durante este paseo indefinido, mis pasos se dirigen hacia un sombrío guardarropa donde mi gente guardaba las cosas de mi servicio que no debían encontrarse al alcance de la mano. Nunca había entrado en él. Me agrada la oscuridad del lugar. Me siento sobre un cofre y allí me quedo unos minutos. Al cabo de ese corto espacio de tiempo, oigo ruido en una pieza contigua; un rayo de luz que me da en los ojos me atrae hacia una puerta condenada: se escapaba por el agujero de la cerradura; aplico el ojo allí. Veo a Biondetta sentada frente a su clavicordio con los brazos cruzados, en la actitud de una persona entregada a profundas ensoñaciones. Rompió el silencio.

—¡Biondetta! ¡Biondetta! —dice—. Me llama Biondetta. Es la primera, la única palabra cariñosa que ha salido de su boca.

Se calla y parece volver a caer en su ensoñación.

Coloca finalmente las manos sobre el clavicordio que yo le había visto arreglar. Tenía delante de ella un libro cerrado sobre el atril. Preludia y canta a media voz acompañándose.

Distinguí inmediatamente que lo que cantaba no era una composición determinada. Escuchando con mayor atención, oí mi nombre, el de Olimpia.

Improvisaba en prosa sobre su supuesta situación, sobre la de su rival, que consideraba mucho más feliz que la suya y, finalmente, sobre los rigores que yo empleaba con ella y las sospechas que provocaban una desconfianza que me alejaba de la felicidad. Ella me habría guiado por el camino de la grandeza, de la fortuna y de las ciencias, y yo la habría hecho dichosa.

—¡Ay! —decía—. Pero es imposible. Aunque me conociese como soy, mis débiles encantos no podrían detenerlo; otra...

La pasión la arrebatava y las lágrimas parecían sofocarla. Se levanta, va a buscar un pañuelo, se enjuga el rostro y torna a su instrumento; quiere sentarse de nuevo y, como si la escasa altura del asiento la hubiese tenido hasta entonces en una posición demasiado molesta, coge el libro que había sobre el atril, lo pone sobre el taburete, se sienta y preludia otra vez. Pronto comprendí que la segunda escena musical no sería del mismo tipo que la

primera. Reconocí el tono de una barcarola muy en boga entonces en Venecia. La repitió dos veces; después, con una voz más clara y firme, cantó la letra siguiente:

¡Ay! ¡Cómo es mi quimera!
Hija del cielo y los aires,
por Álvaro y por la tierra
abandono el universo;
sin brillo y sin poderío,
me humillo hasta las cadenas;
y ¿cuál es mi recompensa?
Me desprecian y obedezco.

Corcel, la mano que os guía
se apresura a acariciaros;
os cautivan, os molestan,
pero temen lastimaros.
De los esfuerzos que hacéis
vos recibís los honores
y el mismo freno que os templa
no os envilece jamás.

Álvaro, otra te persigue
y me aleja de tu pecho.
Dime con qué atractivos
ha vencido tu frialdad.
Todos la juzgan sincera,
se remiten a su fe;
gusta, yo no puedo hacerlo:
para mí sólo hay sospecha.

La cruel desconfianza
envenena el beneficio.
Me temen en mi presencia,
en mi ausencia me aborrecen.
Mis tormentos los supongo;
gimo, pero sin razón;

si hablo, infundo respeto;
si me callo, es traición.

Amor, creaste la impostura;
me toman por impostor.
Para vengar esta injuria,
disipa por fin su error.
Que el ingrato me conozca
y, sea cual sea el motivo,
que deteste una flaqueza
de la que no soy objeto.

Mi rival es la que triunfa,
ella decide mi suerte
y me coloca a la espera
del destierro o de la muerte.
No rompáis vuestra cadena,
impulsos de un pecho ansioso;
despertaríais el odio...
Yo me reprimo, ¡callaos!

El sonido de la voz, el canto, el sentido de los versos, sus giros, me sumen en un desorden que no puedo expresar.

—¡Ser fantástico, peligrosa impostura! —exclamé, saliendo rápidamente del lugar en que había permanecido durante demasiado tiempo—, ¿pueden imitarse mejor los rasgos de la verdad y de la naturaleza? ¡Qué feliz me siento de no haber conocido hasta hoy el agujero de esta cerradura! ¡Cómo habría venido a embriagarme! ¡Cómo habría contribuido a engañarme a mí mismo! Salgamos de aquí. Mañana iremos a orillas del Brenta. Vamos esta misma noche.

Llamo inmediatamente a un criado y hago enviar en una góndola todo lo necesario para pasar la noche en mi nueva casa.

Me habría resultado demasiado difícil esperar la noche en la posada. Salí. Caminé al azar. Al doblar una esquina, creí ver entrar en un café a aquel Bernadillo que acompañaba a Soberano en nuestra excursión a Portici. «¡Otro fantasma! —me dije—; me persiguen». Entré en mi góndola y recorrí toda Venecia de canal en canal. Eran las once cuando regresé. Quise partir rumbo al Brenta y, como mis fatigados gondoleros se negaran a llevarme, me vi obligado a recurrir a otros. Llegaron y mi gente, advertida de mis intenciones, me precede en la góndola, cargada con sus propios efectos. Biondetta me seguía.

Apenas he puesto los pies en el barco, oigo gritos que me obligan a girar el rostro. Una persona enmascarada apuñalaba a Biondetta:

—¡Me lo arrebatas! ¡Muere, muere, odiosa rival!

IX

La ejecución fue tan rápida que uno de los gondoleros que había quedado en la orilla no pudo impedirla. Quiso atacar al asesino golpeándole con la antorcha en los ojos, pero acudió otro enmascarado que lo rechazó con acción amenazadora y una voz de trueno en la que creí reconocer la de Bernadillo. Fuera de mí, me precipito fuera de la góndola. Los asesinos han desaparecido. Con ayuda de la antorcha veo a Biondetta pálida, bañada en su sangre, moribunda.

No sabría describir mi estado. Las demás ideas se borran. No veo más que a una mujer adorada, víctima de una prevención ridícula, sacrificada a mi vana y extravagante confianza y abrumada por mí, hasta entonces, con los más crueles ultrajes.

Corro hacia ella, pido al mismo tiempo socorro y venganza. Un cirujano, atraído por el clamor de esta aventura, se presenta. Hago transportar a la herida a mis habitaciones y, por temor a que no la cuiden lo suficiente, me encargo yo mismo de la mitad del bulto.

Cuando la desvistieron, cuando vi aquel hermoso cuerpo ensangrentado con dos enormes heridas que parecían querer atacar ambas las fuentes de la vida, dije e hice mil extravagancias.

Biondetta, presuntamente sin conocimiento, no debió oírlas; pero el posadero y su gente, un cirujano y dos médicos que habían sido llamados consideraron que era peligroso para la malherida que me dejaran a su lado. Me arrastraron fuera de la alcoba.

Mis criados me acompañaban. Pero como uno de ellos cometiera la torpeza de decirme que los facultativos habían considerado que las heridas eran mortales, me puse a gritar con todas mis fuerzas. Finalmente, cansado por mis arrebatos, caí en un abatimiento que se convirtió más tarde en sueño. Creí ver a mi madre en sueños; le contaba mi aventura y, para hacérsela más patente, la llevaba a las ruinas de Portici.

—No vayamos allí, hijo mío —me decía—; estás en un peligro evidente.

Al pasar por un estrecho desfiladero en el que me introducía con seguridad, una mano me empuja de repente a un precipicio; la reconozco, es la de Biondetta. En mi caída, otra mano me sostiene y me encuentro entre los brazos de mi madre. Me despierto, jadeante aún por el terror.

—¡Tierna madre! —exclamé—, ni siquiera en sueños me abandonáis. Biondetta, quieres perderme. Pero este sueño es fruto de la perturbación de mi mente. ¡Ah!, liberémonos de las ideas que me impedirían cumplir con la gratitud y la humanidad.

Llamo a un criado y lo envío en busca de noticias. Dos cirujanos velan; ha perdido mucha sangre; temen la fiebre.

Al día siguiente, después de retirarle el vendaje, decidieron que las heridas no eran peligrosas más que por su profundidad; pero sobreviene la fiebre que, al ir en aumento, obliga a agotar a la paciente con nuevas sangrías.

Tanto insistí para entrar en la alcoba que fue imposible negármelo.

Biondetta deliraba y repetía sin cesar mi nombre.

La miré; nunca me había parecido tan hermosa.

«Ésta es —me decía a mí mismo— lo que yo tomaba por un fantasma coloreado, un montón de vapores brillantes, reunidos únicamente para equivocar mis sentidos. Tenía la misma vida que yo tengo, y la pierde porque

ica quise escucharla, porque la
ose voluntariamente. Soy un tigre,
monstruo. Si mueres tú, el objeto
s digno de ser querido y cuyas
idades he reconocido tan
ignamente, no quiero sobrevivirte.
oiré tras haber sacrificado sobre tu
iba a la bárbara Olimpia. Si me eres
uelta, seré tuyo, reconoceré tus
eficios, coronaré tus virtudes, tu
iencia; me ligo a ti con lazos
isolubles y cumpliré con mi deber
hacerte feliz mediante el sacrificio
go de mis sentimientos y
untades».

No describiré los penosos esfuerzos del arte y de la naturaleza para reclamar a la vida un cuerpo que parecía destinado a sucumbir bajo los recursos puestos en práctica para aliviarlo.

Veintiún días transcurrieron sin que pudiéramos decidirnos entre el temor y la esperanza. Finalmente, la fiebre se disipó y pareció que la enferma recobraba el conocimiento.

La llamaba mi querida Biondetta; me tomó la mano. Desde ese instante, reconoció todo lo que la rodeaba. Yo estaba a la cabecera de su cama: sus ojos se volvieron hacia mí; los míos estaban bañados en lágrimas.

No sabría describir la gracia, la expresión de su sonrisa cuando me miró.

—¡Querida Biondetta! —musitó—; yo soy la querida Biondetta de Álvaro.

Quería decirme algo más: nuevamente me obligaron a alejarme.

Decidí quedarme en su cuarto, en un lugar donde ella no pudiera verme.

Finalmente, me permitieron acercarme.

—Biondetta —le dije—, he ordenado perseguir a tus asesinos.

—¡Oh, no os molestéis! —dijo—; me han dado la felicidad. Si muero, será por vos; si vivo, será para amaros.

Tengo razones para abreviar estas escenas de ternura que se sucedieron entre nosotros hasta el momento en que los médicos me aseguraron que podía trasladar a Biondetta a orillas del Brenta, donde el aire sería más apropiado para devolverle las fuerzas. Allí nos instalamos.

Había puesto dos mujeres a su servicio desde el primer instante en que su sexo se reveló por la necesidad de vendar sus heridas. Reuní alrededor de ella todo lo que podía contribuir a su comodidad y no me ocupé sino en solazarla, divertirla y complacerla.

X

Sus fuerzas se restablecían a ojos vistas y su belleza parecía adquirir cada día un nuevo brillo. Finalmente, creyendo poder conducirla a una conversación bastante larga sin mengua de su salud, le dije:

—¡Oh Biondetta!, estoy colmado de amor, persuadido de que no eres un ser fantástico, convencido de que me amas pese al indignante proceder que he tenido contigo en el pasado. Pero bien sabes hasta qué punto mis inquietudes eran fundadas. Revélame el misterio de la extraña aparición que afligió mis miradas en la bóveda de Portici. ¿De dónde venían, en qué se transformaron aquel horrible monstruo, aquella perrita que precedieron tu llegada? ¿Cómo, por qué los reemplazaste para unirte a mí? ¿Quiénes eran? ¿Quién eres tú? Acaba de tranquilizar un corazón que es tuyo por entero y que quiere consagrarse a ti para toda la vida.

—Álvaro —respondió Biondetta—, los nigromantes, sorprendidos por vuestra audacia, quisieron jugar con vuestra humillación y lograr reducir, por la vía del terror, al estado de vil esclavo de sus voluntades. Os preparaban de antemano al temor incitándoos a la evocación del más poderoso y temible de todos los espíritus; y, con el concurso de aquéllos cuya categoría les está sometida, os presentaron un espectáculo que os habría hecho morir de horror si el vigor de vuestra alma no hubiese hecho volver contra ellos su propia estratagema.

»Ante vuestra actitud heroica, los silfos, las salamandras, los gnomos, las ondinas, encantados con vuestro coraje, resolvieron daros todas las ventajas sobre vuestros enemigos.

»Soy sílfide de origen y una de las más considerables de ellas. Me presenté bajo la forma de la perrita; recibí vuestras órdenes y todos a porfía nos apresuramos a cumplirlas. Cuanta más altivez, resolución, soltura, inteligencia poníais en regir nuestros movimientos, mayor admiración sentíamos por vos y más celo en obedeceros.

»Me ordenasteis serviros como paje, entreteneros como cantatriz. Me sometí con alegría y gusté de tales encantos en mi obediencia que resolví consagrárosela para siempre.

»Decidamos —me decía a mí misma— mi estado y mi felicidad. Abandonada en el vacío del aire a una incertidumbre necesaria, sin sensaciones, sin goces, esclava de las evocaciones de los cabalistas, juguete

de sus fantasías, necesariamente limitada tanto en mis prerrogativas como en mis conocimientos, ¿vacilaré en lo sucesivo ante la elección de los medios por los que puedo ennoblecer mi esencia?

»Me permiten tomar un cuerpo para asociarme a un sabio: helo aquí. Si me reduzco al simple estado de mujer, si pierdo con ese cambio voluntario el derecho natural de las sílfides y la asistencia de mis compañeras, gozaré de la felicidad de amar y de ser amada. Serviré a mi vencedor; lo instruiré acerca de la sublimidad de su ser, cuyas prerrogativas ignora: nos someterá, junto con los elementos cuyo imperio habré abandonado, los espíritus de todas las esferas. Está hecho para ser el rey del mundo, y yo seré la reina, y la reina adorada por él.

»Estas reflexiones, más repentinas de lo que podéis creer en una sustancia liberada de órganos, me decidieron inmediatamente. Conservando mi figura, tomo un cuerpo de mujer que no abandonaré más que con la vida.

»Cuando tomé un cuerpo, Álvaro, me di cuenta de que tenía un corazón, os admiré, os amé, pero ¡en qué me convertí cuando no vi en vos sino repugnancia y odio! No podía cambiar, ni siquiera arrepentirme; sometida a todos los infortunios a que están sujetas las criaturas de vuestra especie, habiéndome ganado la indignación de los espíritus y el odio implacable de los nigromantes, me convertía sin vuestra protección en el ser más desgraciado que hubiese bajo el cielo: ¿qué digo?, aún lo sería sin vuestro amor.

Mil gracias derramadas por el rostro, la acción, el sonido de la voz, se añadían al prestigio de tan interesante relato. No concebía nada de lo que oía. Pero ¿había algo concebible en mi aventura?

«Todo esto me parece un sueño —me decía a mí mismo—. Pero ¿qué es la vida humana sino un sueño? El mío es más extraordinario que los de los demás, eso es todo. La he visto con mis propios ojos, esperando que el arte la socorriese, llegar casi a las puertas de la muerte, pasando por todos los

términos del agotamiento y del dolor. El hombre fue una mezcla de un poco de barro y de agua. ¿Por qué una mujer no va a estar hecha de rocío, de vapores terrestres y rayos de luz, de los restos condensados de un arco iris? ¿Dónde está lo posible?... ¿Dónde lo imposible?».».

El resultado de mis reflexiones fue entregarme aún más a mi debilidad creyendo consultar mi razón. Colmaba a Biondetta de atenciones, de caricias inocentes. Se prestaba a ello con una franqueza que hacía mis delicias, con ese pudor natural que no es producto de las reflexiones ni del temor.

XI

Un mes había transcurrido en medio de las dulzuras que me tenían embriagado. Biondetta, totalmente restablecida, podía seguirme a todas partes en mis paseos. Le había hecho hacer un traje de amazona con el cual, bajo un gran sombrero cubierto de plumas, atraía todas las miradas, y nunca aparecíamos sin que mi felicidad despertara la envidia de todos esos felices ciudadanos que pueblan, los días de buen tiempo, las riberas encantadas del Brenta; incluso las mujeres parecían haber renunciado a esos celos de que se las acusa, subyugadas por una superioridad que no podían negar o desarmadas por un porte que anunciaba el olvido de todos sus atractivos.

Conocido por todo el mundo como el amante amado de un objeto tan arrebatador, mi orgullo igualaba a mi amor, y me elevaba aún más cuando se me ocurría vanagloriarme del brillo de su origen.

No podía dudar que poseyese los conocimientos más raros y suponía con razón que su objetivo era adornarme con ellos; pero no me hablaba más que de cosas ordinarias y parecía haber perdido de vista su propósito.

—Biondetta —le dije una tarde en que nos paseábamos por la terraza de mi jardín—, cuando una inclinación demasiado halagüeña para mí te decidió a unir tu suerte a la mía, te prometiste hacerme digno de ella dándome conocimientos que no están reservados al común de los hombres. ¿Te parezco ahora indigno de tus cuidados? Un amor tan tierno, tan delicado como el tuyo, ¿puede no desear ennoblecer su objeto?

—¡Oh Álvaro! —me respondió ella—, soy mujer desde hace seis meses y me parece que mi pasión no ha durado un día. Perdona si la más dulce de las sensaciones embriaga un corazón que nunca experimentó nada. Querría enseñarte a amar como yo y estarías, por ese sentimiento solo, por encima de todos tus semejantes; pero el orgullo humano aspira a otros goces. La inquietud natural no le permite disfrutar de una felicidad si no puede prever una mayor en perspectiva. Sí, te instruiré, Álvaro. Olvidaba gustosamente mi interés; él lo quiere, puesto que debo recuperar mi grandeza en la tuya; pero no basta que me prometas ser mío; debes entregarte a mí sin reservas y para siempre.

Estábamos sentados en un banco de césped, bajo un abrigo de madreSelva, al fondo del jardín. Me arrojé a sus rodillas.

—Querida Biondetta —le dije—, te juro una fidelidad a toda prueba.

—No —me decía ella—, no me conoces, no me conoces. Necesito un abandono absoluto; sólo él puede tranquilizarme y bastarme.

Le besaba la mano apasionadamente y repetía mis juramentos; ella me oponía sus temores. En el fuego de la conversación, nuestras cabezas se inclinan, nuestros labios se encuentran... En ese momento, siento que me

tiran del faldón de la casaca y que una extraña fuerza me sacude...

Era mi perro, un danés joven que me habían regalado. Todos los días lo hacía jugar con mi pañuelo. Como la víspera se había escapado de casa, lo había hecho atar para prevenir una segunda evasión. Acababa de romper su atadura; guiado por el olfato, me había encontrado y me tiraba de la casaca para mostrarme su alegría e incitarme a jugar con él. Por más que lo espanté con la mano, con la voz, me fue imposible apartarlo: corría, volvía a mí ladrando; finalmente, vencido por su inoportunidad, lo tomé por el collar y lo llevé a casa de nuevo. Cuando regresaba a la glorieta para reunirme con mi

amada, un criado que me pisaba los talones nos avisó que estábamos servidos y fuimos a ocupar nuestros puestos en la mesa. Biondetta parecía molesta. Afortunadamente, éramos tres: un joven noble había venido a cenar con nosotros.

Al día siguiente, entré en la alcoba de Biondetta dispuesto a hacerla partícipe de las serias reflexiones que me habían ocupado durante la noche. Estaba todavía en la cama y me senté junto a ella.

—Ayer —le dije— estuvimos a punto de cometer una locura de la que me habría arrepentido por el resto de mis días. Mi madre está decidida a que me case. No podría pertenecer a otra que no fueses tú y no puedo comprometerme seriamente sin su consentimiento. Al mirarte ya como mi mujer, querida Biondetta, mi deber es respetarte.

—¿Y no debo acaso respetarte yo a ti, Álvaro? Pero ese sentimiento ¿no sería el veneno del amor?

—Te equivocas —repuse—; es su condimento.

—¡Buen condimento, que te devuelve a mí con un aire glacial y me petrifica a mí misma! ¡Ah, Álvaro, Álvaro! Felizmente no tengo nada en el mundo, padre ni madre, y quiero amar con todo mi corazón sin ese condimento de que me hablas. Debes consideración a tu madre: es natural; basta con que su voluntad ratifique la unión de nuestros corazones: ¿por qué debe precederla? Los prejuicios han nacido en ti a falta de luces y, sea razonando, sea sin razonar, hacen que tu conducta sea tan inconsecuente como extraña. Sometido a verdaderos deberes, te impones otros con los que es imposible o inútil cumplir; finalmente, buscas hacerte separar del camino en la persecución del objeto cuya posesión te parece más deseable. Nuestra unión, nuestros vínculos pasan a depender de una voluntad ajena. ¿Quién sabe si doña Mencía considerará que mi casa es lo bastante buena como para entrar en la de Maravillas? ¿Me veré despreciada? En lugar de obtenerte de ti mismo, ¿voy a tener que obtenerte de ella? ¿Es un hombre destinado a la alta ciencia quien me habla o un niño que sale de las montañas de Extremadura?

¿Y debo ser indelicada cuando veo que la delicadeza de las otras recibe más cuidados que la mía? ¡Álvaro! ¡Álvaro! Alaban el amor de los españoles: siempre tendrán más orgullo y altanería que amor.

Había visto escenas muy extraordinarias, pero no estaba preparado para ésta. Quise disculpar mi respeto hacia mi madre; el deber me lo prescribía, y el reconocimiento y el cariño, más fuertes todavía que aquél. No me escuchaba.

—No me he transformado en mujer porque sí, Álvaro: tú me tienes a mí, yo quiero tenerte a ti. Doña Mencía desaprobará después, si está loca. No me hables más de ello. Desde que me respetan y todo el mundo es respetado, me vuelvo más infeliz que cuando me odiaban —y rompió a llorar.

Afortunadamente soy orgulloso, y ese sentimiento me protegió del impulso de debilidad que me arrastraba a los pies de Biondetta para tratar de desarmar aquella cólera irracional y hacer cesar unas lágrimas cuya sola vista me conducía a la desesperación. Me retiré. Pasé a mi gabinete. Si me hubiesen encadenado allí, me habrían hecho un favor. Finalmente, temiendo que surgieran al exterior los combates que experimentaba, corro a mi góndola: una de las criadas de Biondetta se encuentra en mi camino.

—Voy a Venecia —le digo—. Soy necesario allí a consecuencia del proceso incoado a Olimpia.

Y parto inmediatamente, presa de las más devoradoras inquietudes, descontento de Biondetta y más aún de mí mismo, viendo que no podía tomar más que decisiones cobardes o desesperadas.

XII

Llego a la ciudad; desciendo en la primera calle; recorro con un aire aturdido todas las que se encuentran a mi paso, sin darme cuenta de que una tormenta atroz me va a caer encima y de que debo preocuparme de encontrar refugio.

Era a mediados del mes de julio. Pronto descargó sobre mí una lluvia abundante mezclada con mucho granizo.

Veo ante mí una puerta abierta: la de la iglesia del gran convento de los franciscanos; me refugio allí.

Mi primera reflexión fue que había sido necesario un accidente semejante para hacerme entrar en una iglesia desde mi llegada a los estados de Venecia; la segunda, fue hacerme justicia sobre ese completo olvido de mis deberes.

Finalmente, para arrancarme de mis pensamientos, considero los cuadros y trato de ver los monumentos de la iglesia: era una especie de viaje curioso que hacía alrededor de la nave y del coro.

Llego por fin a una capilla interior iluminada por una lámpara, pues la luz exterior no podía penetrar hasta allí; algo sorprendente me llama la atención en el fondo de la capilla: era un monumento.

Dos genios descendían a una tumba de mármol negro con una figura de mujer.

Otros dos genios lloraban junto a la tumba. Todas las figuras eran de mármol blanco y su brillo natural, realzado por el contraste, al reflejar intensamente la débil luz de la lámpara, parecía hacerlas brillar con una luz que les fuese propia e iluminar el fondo de la capilla.

Me acerco, observo las figuras; me parecen dotadas de las más bellas proporciones, llenas de expresión y ejecutadas cabalmente. Detengo mis ojos en la cabeza de la figura principal. ¿Qué me ocurre? Creo ver el retrato de mi madre. Un dolor vivo y tierno y un santo respeto se apoderaron de mí.

—¡Madre mía! ¿Es para advertirme que mi poca ternura y el desorden de mi vida os conducirán a la tumba para lo que este frío simulacro asume aquí vuestra querida imagen? ¡Oh tú, la más digna de las mujeres! Por extraviado que esté, vuestro Álvaro os ha conservado todos vuestros derechos sobre su

corazón. Antes de apartarse de la obediencia que os debe preferiría morir mil veces: sea testigo de ello este mármol insensible. ¡Ay! Me devora la más tiránica de las pasiones; me es imposible ya dominarla. Acabáis de hablar a mis ojos; hablad, ¡ah!, hablad a mi corazón y, si debo desterrarla, enseñadme cómo podré hacerlo sin que me cueste la vida.

Al pronunciar con fuerza esta acuciante invocación, me había prosternado con la cara pegada al suelo y esperaba en esa actitud la respuesta que estaba casi seguro de recibir: tal era mi entusiasmo.

Reflexiono ahora —entonces no estaba en condiciones de hacerlo— que en todas las ocasiones en que necesitamos socorros extraordinarios para ordenar nuestra conducta, si los pedimos con fuerza, aunque no sean dispensados, al recogerlos para recibirlos al menos nos ponemos en condiciones de utilizar todos los recursos de nuestra propia prudencia. Merecía ser abandonado a la mía y esto fue lo que me sugirió: «Pondrás un deber que cumplir y un espacio considerable entre tu pasión y tú; los acontecimientos te iluminarán».

«Vamos —me dije, mientras me levantaba precipitadamente—, vamos a abrir mi corazón a mi madre y pongámonos una vez más bajo esa querida protección».

Regreso a mi posada habitual, busco un coche y, sin procurarme equipaje ni servidumbre, tomo el camino de Turín para llegar a España por Francia; pero antes pongo en un paquete una nota por trescientos cequíes contra el banco y la carta que sigue:

A mi querida Biondetta

Me arranco de tu lado, mi querida Biondetta, y sería arrancarme la vida si la esperanza del más pronto regreso no consolase mi corazón. Voy a ver a mi madre; animado por tu encantadora idea, obtendré su consentimiento y volveré para formar con su beneplácito una unión destinada a hacer mi felicidad. Feliz por haber cumplido con mis deberes antes de darme por entero al amor, sacrificaré a tus pies el resto de mi vida. Conocerás a un español, Biondetta mía; juzgarás de acuerdo con su conducta que, si obedece

los deberes del honor y de la sangre, sabe igualmente satisfacer los demás. Al ver el feliz resultado de sus prejuicios, no llamarás orgullo al sentimiento que a ellos lo une. No puedo dudar de tu amor: me había consagrado a una total obediencia; lo reconoceré mejor aún por esta débil condescendencia con propósitos que no tienen otro objetivo que nuestra felicidad común. Te envío lo que puede ser necesario para el mantenimiento de nuestra casa. Te enviaré desde España lo que crea menos indigno de ti, esperando que la más viva ternura que nunca haya existido te devuelva para siempre a tu esclavo.

Estoy en camino hacia Extremadura. Estábamos en la estación más hermosa y todo parecía contribuir a mi impaciencia por llegar a la patria.

Ya descubría los campanarios de Turín cuando una silla de posta adelanta desordenadamente mi carruaje, se detiene y me deja ver, a través de una portezuela, a una mujer que hace señales y se precipita para salir.

Mi postillón opta por detenerse. Desciendo y recibo a Biondetta en mis brazos; en ellos queda, desfallecida, sin conocimiento; no había podido decir más que estas pocas palabras:

—¡Álvaro, me has abandonado!

La conduzco a mi coche, único lugar donde puedo sentarla cómodamente: afortunadamente, tenía dos plazas. Hago todo lo posible para facilitarle la respiración, aflojándole las ropas que la oprimen y, sosteniéndola entre mis brazos, prosigo mi camino en la situación que podéis imaginar.

XIII

Nos detenemos en la primera posada de cierta apariencia. Hago llevar a Biondetta a la habitación más cómoda, la hago poner sobre la cama y me siento a su lado. Me había hecho traer aguas espirituosas, elixires propios para disipar un desvanecimiento. Finalmente, abre los ojos.

—Has querido mi muerte una vez más —dice—; estarás satisfecho.

—¡Qué injusticia! —le digo—; un capricho hace que te niegues a gestiones sentidas y necesarias para mí. Me arriesgo a faltar a mi deber si no sé resistirte y me expongo a disgustos, a remordimientos que turbarían la tranquilidad de nuestra unión. Tomo la decisión de escaparme en busca del consentimiento de mi madre...

—¿Y por qué no me das a conocer tu voluntad, cruel? ¿No he sido hecha acaso para obedecerte? Te habría seguido. Pero abandonarme sola, sin protección, a la venganza de los enemigos que me he granjeado por ti, verme expuesta por tu culpa a las más humillantes afrentas...

—Explícate, Biondetta. ¿Acaso se ha atrevido alguien a...?

—¿Y qué riesgos podía correr contra un ser de mi sexo, desprovisto de opinión y de toda asistencia? El indigno Bernadillo nos había seguido hasta Venecia; apenas desapareciste cuando, al dejar de temerte, impotente contra

mí desde que soy tuya, pero con poder para perturbar la imaginación de las gentes a mi servicio, hizo sitiar por fantasmas de su creación tu casa del Brenta. Mis sirvientas, aterradas, me abandonan. Según es rumor general, autorizado por muchas cartas, un diablillo ha raptado a un capitán de la guardia del rey de Nápoles y lo ha conducido a Venecia. Aseguran que yo soy ese diablillo, tal y como certifican los indicios. Todo el mundo se aparta de mí con temor. Imploro asistencia, compasión; no las encuentro. Finalmente, el oro obtiene lo que se niega a la humanidad: me venden muy cara una mala silla de posta. Encuentro guías, postillones; te sigo...

Mi firmeza creyó derrumbarse ante el relato de las desventuras de Biondetta.

—No podía —le dije— prever acontecimientos de esa naturaleza. Te había visto objeto de miramientos y respeto por parte de todos los habitantes

de las orillas del Brenta; lo que parecía tan bien adquirido, ¿podía yo imaginar que te lo disputarían en mi ausencia? ¡Oh Biondetta! Tú eres una mujer instruida. ¿No debías prever que, al contrariar propósitos tan razonables como los míos, me llevarías a resoluciones desesperadas? ¿Por qué...?

—¿Somos siempre dueños de no contrariar? Soy mujer por propia elección, Álvaro, pero mujer al fin, expuesta a sentir todo género de impresiones; no soy de mármol. He escogido entre las zonas la materia elemental que compone mi cuerpo: es muy susceptible; si no lo fuese, carecería de sensibilidad, no me harías sentir nada y me volvería insípida para ti. Perdóname por haber corrido el riesgo de tomar todas las imperfecciones de mi sexo para reunir, si podía, todas sus gracias; pero la locura ya está hecha y, constituida como lo estoy ahora, mis sensaciones son de una vivacidad a la que nada se acerca: mi imaginación es un volcán. Tengo, en una palabra, pasiones de una violencia tal que debería asustarte, si no fueses el objeto de la más arrebatada de todas y si no conociésemos mejor los principios y efectos de esos impulsos naturales de lo que se los conoce en Salamanca. Allí les dan nombres odiosos; hablan, por lo menos, de reprimirlos. ¡Reprimir una llama celeste, resorte único mediante el cual el alma y el cuerpo pueden actuar recíprocamente uno sobre otro y forzarse a colaborar en el mantenimiento necesario de su unión! ¡Es una completa idiotez, mi querido Álvaro! Debemos controlar esos impulsos, pero de cuando en cuando debemos ceder ante ellos; si los contrariamos, si los sublevamos, escapan todos a la vez y la razón no sabe ya dónde sentarse para gobernar. Cuida de mí en estos momentos, Álvaro; no tengo más que seis meses, estoy entusiasmada con todo lo que siento; piensa que una de tus negativas, una palabra que me digas desconsideradamente, indignan al amor, rebelan al orgullo, despiertan el desprecio, la desconfianza, el temor. ¿Qué digo? ¡Veo desde aquí mi pobre cabeza perdida y a mi Álvaro tan desdichado como yo!

—¡Oh Biondetta! —reliqué—, no cesan las sorpresas a tu lado; pero creo ver la propia naturaleza en la confesión que haces de tus inclinaciones. Encontraremos recursos contra ellas en nuestro mutuo cariño. ¿Qué no debemos esperar, por otra parte, de los consejos de la madre que va a recibirnos en sus brazos? Te querrá, todo me lo asegura, y todo contribuirá a que pasemos días felices...

—Debo querer lo que tú quieras, Álvaro. Conozco mejor mi sexo y no espero tanto como tú; pero quiero obedecerte para agradarte y me entrego.

Satisfecho de encontrarme en camino hacia España, hacia el consentimiento materno y en compañía del objeto que había cautivado mi razón y mis sentidos, me apresuré a buscar el paso de los Alpes para llegar a Francia; pero parecía que el cielo se volvía contra mí desde que no estaba solo: tormentas espantosas interrumpen mi ruta, haciendo malos los caminos y los pasos impracticables. Los caballos se desploman; mi coche, que parecía nuevo y bien armado, desmiente su apariencia en cada posta y falla por el eje, o por el tren, o por las ruedas. Finalmente, después de infinitos obstáculos, llego al puerto de montaña de Tende.

Entre los motivos de inquietud y las molestias que me proporcionaba un viaje tan accidentado, admiraba la persona de Biondetta. Ya no era aquella mujer tierna, triste o impulsiva que

había conocido; parecía que quisiese aliviar mi fastidio entregándose a los arranques de la más viva alegría, y persuadirme de que las fatigas no la afectaban lo más mínimo.

Todo ese juego agradable se mezclaba con caricias demasiado seductoras como para que pudiese negarme a ellas: las aceptaba, pero con reservas; mi orgullo comprometido servía de freno a la violencia de mis deseos. Ella leía demasiado bien en mis ojos como para no percibir mi desorden y tratar de aumentarlo. Estuve en

peligro, debo reconocerlo. Hubo una ocasión en particular en la que, si no se hubiese roto una rueda, no sé en qué habría parado el pundonor. Esto me puso un poco más en guardia para el porvenir.

XIV

Después de increíbles fatigas, llegamos a Lyon. Consentí, en atención a Biondetta, en descansar allí algunos días. Interrumpía ella mis puntos de vista sobre la soltura, la facilidad de costumbres de la nación francesa.

—En París, en la corte, es donde querría yo verte instalado. No te faltarán recursos de ninguna especie; te considerarán como quieras ser considerado, y tengo los medios necesarios para que desempeñes el mejor papel. Los franceses son galantes: si no presumo demasiado de mi figura, lo más granado de su sociedad vendrá a rendirme homenaje y a todos los sacrificaré en aras de mi Álvaro. ¡Hermoso motivo de triunfo para una vanidad española!

Tomé su propuesta como un juego.

—No —dijo ella—, realmente tengo esa fantasía...

—Partamos, pues, lo antes posible hacia Extremadura —repuse— y volveremos para hacer presentar en la corte de Francia a la esposa de don Álvaro Maravillas; no te convendría mostrarte como una simple aventurera...

—Estoy en camino hacia Extremadura —me dice— y debo considerar mi destino como el término en el que voy a encontrar mi felicidad. ¿Cómo haría

para que nunca finalizara el viaje?

Oía, veía su repugnancia, pero iba hacia mi meta y pronto me encontré en territorio español. Los obstáculos imprevistos, los baches, los carriles impracticables, los arrieros borrachos, las mulas reacias me daban menos tregua aún que en el Piamonte y en Saboya.

Suele hablarse muy mal de las posadas españolas, y con razón; sin embargo, me consideraba feliz cuando las contrariedades sufridas durante el día no me obligaban a pasar una parte de la noche en medio del campo o en un granero aislado.

—¿Qué país vamos a buscar —decía Biondetta— a juzgar por lo que estamos padeciendo? ¿Estamos muy lejos aún?

—Estás —respondí— en Extremadura, y a diez leguas todo lo más del castillo de Maravillas...

—Seguro que no llegaremos; el cielo nos impide acercarnos. Mira los vapores con que se carga.

Miré el cielo: nunca me había parecido tan amenazador. Hice observar a Biondetta que el granero en que nos encontrábamos podía protegernos de la tormenta.

—¿No protegerá también de los rayos? —me dijo.

—¿Qué te importan los rayos a ti, acostumbrada a vivir en el aire, que tantas veces los has visto formarse y tan bien debes conocer su origen físico?

—Si no lo conociese tan bien, no tendría miedo: me he sometido a las causas físicas y las temo porque matan y porque son físicas.

Estábamos sobre dos montones de paja en los dos extremos del granero. En el ínterin, la tormenta, tras haberse anunciado desde lejos, se acerca y muge de una manera espantosa. El cielo parecía un brasero agitado por los vientos en mil sentidos enfrentados; los truenos, repetidos por los antros de las montañas vecinas, retumbaban horriblemente en torno a nosotros. No se sucedían, parecían entrechocarse. El viento, el granizo, la lluvia se disputaban entre ellos el honor de añadir más horror al pavoroso cuadro que afligía nuestros sentidos. Surge un relámpago que parece abrasar nuestro refugio; lo sigue un trueno pavoroso. Biondetta, con los ojos cerrados y los dedos en los oídos, se precipita en mis brazos.

—¡Ah! ¡Álvaro, estoy perdida!...

Quiero tranquilizarla.

—Pon la mano sobre mi corazón —me decía. Me la coloca sobre su garganta y, aunque se equivocase haciéndomela apoyar sobre un lugar donde los latidos no debían ser fácilmente perceptibles, pude comprobar que el movimiento era extraordinario. Me abrazaba con todas sus fuerzas, redoblando su pasión a cada relámpago. Finalmente, se deja oír un trueno aún más tremendo que los anteriores. Biondetta se sustrae a mi abrazo de manera que en caso de accidente el rayo no pudiese golpearla sin haberme alcanzado a mí primero.

Este efecto del miedo me pareció singular, y comencé a temer no las consecuencias de la tormenta, sino las de una conspiración formada en su cabeza para vencer mi resistencia a sus designios. Aunque más emocionado de lo que puedo decir, me levanto:

—Biondetta —le digo—, no sabes lo que haces. Domina ese temor, este

estruendo no nos amenaza ni a ti ni a mí.

Mi flema debió de sorprenderla; pero podía sustraerme sus pensamientos si continuaba afectando turbación. Afortunadamente la tormenta había hecho su último esfuerzo. El cielo se limpiaba y pronto la claridad de la luna nos anunció que nada teníamos que temer ya del desorden de los elementos. Biondetta permanecía en el lugar donde se había colocado. Me senté a su lado sin proferir una sola palabra; fingió dormir y yo me puse a soñar, más tristemente que nunca desde el comienzo de mi aventura, con las consecuencias necesariamente enojosas de mi pasión. No daré más que un esbozo de mis reflexiones. Mi amante era encantadora, pero yo quería convertirla en mi mujer.

La luz del día me sorprendió sumergido en estos pensamientos, y me levanté para ir a ver si podía proseguir mi camino. Por el momento, era imposible. El mulero que conducía mi calesa me dijo que sus mulas estaban fuera de servicio. Mientras me hallaba en semejante apuro, Biondetta se me acercó.

Ya empezaba a perder la paciencia cuando un hombre de siniestra fisonomía, pero de vigorosa talla, apareció frente a la puerta del granero, aguijando dos mulas que tenían buen aspecto. Le propuse que me llevara hasta mi casa. Conocía el camino, nos pusimos de acuerdo en el precio.

Iba a subir al coche cuando creí reconocer a una campesina de mis tierras que atravesaba el camino, seguida de un gañán. Me acerco, la miro. Es Berta, honrada granjera de mi pueblo y hermana de mi nodriza. La llamo; se detiene, me mira a su vez,

pero con aire de consternación.

—¡Cómo! ¡Sois vos, señor don Álvaro! —me dice—, ¿Qué venís a buscar en un lugar donde vuestra pérdida ha sido jurada, donde habéis

sembrado la desolación?...

—¡Yo! ¿Y qué he hecho yo, querida Berta?...

—¡Ah! Señor Álvaro, ¿no os remuerde la conciencia por la triste situación a que se ve reducida vuestra digna madre, nuestra buena señora?...

—Se está muriendo... ¿Se está muriendo? —grité.

—Sí —prosiguió—, y es por culpa de la pena que vos le habéis causado. En el momento en que os hablo, no debe estar ya con vida. Le han llegado cartas de Nápoles, de Venecia. Le han escrito cosas que hacen temblar. Nuestro buen señor, vuestro hermano, está furioso: dice que va a solicitar de todas partes órdenes contra vos, que os denunciará, que él mismo os entregará...

—Vete, Berta, y si vuelves a Maravillas y llegas antes que yo, anuncia a mi hermano que pronto me verá.

XV

Inmediatamente, una vez enganchada la calesa, le presento la mano a Biondetta, ocultando el desorden de mi alma bajo una apariencia de firmeza. Ella se muestra atemorizada:

—¡Cómo! —dice—. ¿Vamos a entregarnos a tu hermano? ¿Vamos a amargar con nuestra presencia a una familia irritada, a vasallos afligidos?...

—No puedo temer a mi hermano, Biondetta. Si me imputa culpas que no tengo, es importante que lo desengañe; si las tengo, debo excusarme y, como no proceden de mi corazón, tengo derecho a su compasión y a su indulgencia. Si he llevado a mi madre a la tumba por la irregularidad de mi conducta, debo reparar el escándalo y llorar tan vivamente su pérdida que la verdad, la publicidad de mi arrepentimiento borren a los ojos de toda España la mancha que la falta de naturalidad grabaría en mi sangre.

—¡Ah, don Álvaro! Corres a tu perdición y a la mía. Esas cartas escritas de todas partes, esos prejuicios extendidos con tanta presteza y afectación, son consecuencia de nuestras aventuras y de las persecuciones que padecí en Venecia. El traidor Bernadillo, a quien aún no conoces lo suficiente, obsesiona a tu hermano; lo inducirá...

—¡Eh! ¿Y qué tengo yo que temer de Bernadillo y de todos los cobardes de la tierra? Mi único enemigo temible soy yo mismo. Nadie inducirá jamás a mi hermano a la venganza ciega, a la injusticia, a acciones indignas de un hombre de cabeza y coraje, en una palabra, de un caballero^[4].

El silencio sucedió a esta conversación bastante fuerte; habría podido resultar embarazoso para uno y otra, pero después de unos instantes Biondetta se adormece poco a poco y termina por dormirse del todo. ¿Podía no mirarla? ¿Podía contemplarla sin emoción? Sobre ese rostro que resplandecía con todos los tesoros, con la pompa y con la juventud, el sueño añadía a las gracias naturales del descanso esa frescura deliciosa, animada, que proporciona armonía a todos los rasgos; un nuevo hechizo se apodera de mí: aleja mis desconfianzas; mis inquietudes quedan en suspenso o, si hay una que permanece, es que la cabeza del objeto que me enamora, sacudida por el traqueteo del carruaje, no experimente incomodidad alguna por la brusquedad o la rudeza de los zarandeos. Mi única ocupación es sostenerla, protegerla. Pero experimentamos una sacudida tan fuerte que me resulta imposible dominarla; Biondetta lanza un grito y volcamos. Se había roto el eje. Afortunadamente las mulas se habían detenido. Me libero, me precipito hacia Biondetta, presa de las más vivas alarmas. Sólo tenía una ligera contusión en el codo, y pronto nos encontramos de pie en pleno campo, pero

expuestos al ardor del sol de mediodía, a cinco leguas del castillo de mi madre, sin medios aparentes para poder llegar hasta allí, pues no se ofrecía a nuestras miradas ningún lugar que pareciese habitado.

Sin embargo, a fuerza de mirar con atención, creo distinguir a una legua de distancia una humareda que se eleva tras unos matorrales, con los que se mezclaban algunos árboles bastante altos; entonces, confiando el carruaje al cuidado del mulero, insto a Biondetta a caminar conmigo hacia el lugar que me ofrece la posibilidad de algún socorro.

Cuanto más avanzamos, más se fortalece nuestra esperanza; el bosquecillo parece dividirse en dos: forma pronto una vereda al fondo de la cual se distinguen viviendas de modesta estructura; finalmente, una granja considerable termina nuestra perspectiva. Todo parece estar en movimiento en ese habitáculo, por lo demás aislado. En cuanto nos ven, un hombre se adelanta y se dirige hacia nosotros.

Nos aborda con cortesía. Tiene un aspecto honrado: lleva un jubón de satén negro tallado en color fuego, adornado con algunos pasamanos de plata. Aparenta tener de veinticinco a treinta años. Tiene la tez de un campesino; la frescura se trasluce bajo el bronceado, revelando vigor y salud.

Le pongo al corriente del accidente que me ha traído a su casa.

—Señor caballero —me responde—, sois siempre bien venido, y en una casa llena de gente de buena voluntad. Tengo aquí una fragua y arreglaremos vuestro eje; pero aunque me dieseis hoy todo el oro del señor duque de Medina-Sidonia, mi amo, ni yo ni ninguno de los míos podría ponerse a trabajar. Llegamos de la iglesia mi mujer y yo: es nuestro día más hermoso. Entrad. Al ver a la recién casada, a mi parentela, a mis amigos, a quienes debo festejar, juzgaréis si me es posible hacerlos trabajar ahora. Por lo demás, si ni la señora ni vos despreciáis una compañía compuesta por gentes que subsisten con su trabajo desde los comienzos de la monarquía, vayamos a sentarnos a la mesa, que hoy andamos todos muy felices; de vuestras mercedes depende compartir nuestra satisfacción. Mañana abordaremos los asuntos pendientes.

Al mismo tiempo, ordena que vayan a buscar mi carruaje.

Heme aquí, pues, huésped de Marcos, el granjero del señor duque. Entramos en el salón preparado para el banquete de bodas. Adosado al edificio principal, ocupa todo el fondo del patio: es una enramada dispuesta en arcos, adornada con guirnaldas de flores, desde donde la vista, interrumpida primero por los dos bosquecillos, se pierde agradablemente en el campo a través del intervalo que forma la vereda.

La mesa estaba servida. Luisa, la recién casada, se sienta entre Marcos y yo; Biondetta, al lado de Marcos. Los padres y las madres y demás parientes se sientan unos frente a otros; la juventud ocupa los dos extremos.

La novia bajaba dos grandes ojos negros que no estaban hechos para mirar hacia abajo; todo lo que le decían, incluso las cosas indiferentes, la hacían sonreír y ruborizarse.

La gravedad preside los comienzos de la comida: es el carácter de la nación; pero, a medida que los odres dispuestos alrededor de la mesa se desinflan, las fisonomías pierden su seriedad.

Empezábamos a animarnos cuando de repente aparecen en torno a la mesa los poetas improvisadores de la región. Son ciegos que cantan las coplas siguientes, acompañándose de sus guitarras:

Marcos ha dicho a Luisa:
«¿Quieres corazón y fe?».
Responde ella: «Sígueme,
hablaremos en la iglesia».
Allí, con boca y con ojos,
se han prometido los dos
una llama viva y pura.
Si sentís curiosidad
por ver esposos felices,
veníós a Extremadura.

Luisa es discreta y es bella,
a Marcos lo envidian muchos,
pero los desarma a todos
mostrándose digno de ella;
y aquí al unísono todo,
aplaudiendo su elección,
elogia llama tan pura.
Si sentís curiosidad
por ver esposos felices,
veníós a Extremadura.

¡Con qué dulce simpatía
están sus pechos unidos!
Sus rebaños se han reunido
en una misma majada;
sus penas y sus placeres,
sus afanes y deseos
siguen el mismo compás.
Si sentís curiosidad
por ver esposos felices,
veníós a Extremadura.

Mientras escuchábamos estas canciones, tan sencillas como aquéllos para

quienes parecían estar hechas, todos los gañanes de la granja que ya no eran necesarios para el servicio se reunían alegremente para comer las sobras del banquete; mezclados con gitanos y gitanas llamados para aumentar el júbilo de la fiesta, formaban bajo los árboles de la vereda grupos tan variopintos como animados y embellecían nuestra perspectiva.

Biondetta buscaba continuamente mis miradas y las obligaba a dirigirse hacia los objetos que tanto parecían entretenerla, como si me reprochara no compartir con ella toda la diversión que le proporcionaban.

XVI

El banquete ya dura demasiado para la juventud, que espera el baile. Las personas de edad madura deben mostrarse complacientes. Se desarma la mesa: los tablonces que la forman, los toneles que la sostienen, se trasladan al fondo de la enramada; convertidos en tablado, sirven de escenario a los músicos. Se tocan fandangos sevillanos; jóvenes gitanas los ejecutan con sus castañuelas y sus panderetas; los invitados se mezclan con ellas y las imitan: el baile se generaliza. Biondetta parecía devorar con los ojos el espectáculo. Sin salir de su lugar, ensaya todos los movimientos que ve hacer.

—Creo —dice— que el baile me gustaría con furor.

Pronto se lanza a ello y me obliga a bailar. Muestra de entrada cierta timidez y hasta un poco de torpeza, pero en seguida parece acostumbrarse y unir la gracia y la fuerza a la ligereza, a la precisión. Se calienta: necesita su pañuelo, el mío, el que caiga en sus manos; no se detiene más que para enjugarse el sudor.

El baile nunca fue mi pasión y mi alma no estaba tan a gusto como para que yo pudiera entregarme a un entretenimiento tan vano. Me escapo y llego a uno de los extremos de la enramada, buscando un lugar donde poder sentarme y reflexionar.

Un parloteo muy ruidoso me distrae y, casi a pesar mío, reclama mi atención. Dos voces se han alzado a mis espaldas.

—Sí, sí —decía una—, es un hijo del planeta. Entrará en su casa. Fíjate, Zoradilla, nació el 3 de mayo a las tres de la mañana...

—¡Oh!, realmente, Lelagisa —respondía la otra—, ¡pobres de los hijos de Saturno! Éste tiene a Júpiter de ascendiente, a Marte y a Mercurio en conjunción trina con Venus. ¡Qué hermoso joven! ¡Qué prendas naturales! ¡Qué esperanzas podría concebir! ¡Qué fortuna debería hacer! Pero...

Yo sabía la hora de mi nacimiento y la oía detallar con la más singular precisión. Me doy la vuelta y observo a las dos charlatanas.

Veo a dos viejas gitanas menos sentadas que en cuclillas sobre sus talones. Una tez más que olivácea, ojos profundos y ardientes, boca hundida, nariz fina y desmesurada que, partiendo de lo alto de la cabeza, llega curvándose a tocar el mentón; un pedazo de tela que tuvo rayas blancas y azules gira dos veces en torno a un cráneo semipelado, cae sobre el hombro y desde allí se prolonga hasta la cintura que, de este modo, queda medio desnuda; en una palabra, objetos casi tan repugnantes como ridículos.

Las abordo.

—¿Hablabais de mí, señoras? —les digo, viendo que me seguían mirando sin dejar de hacerse señas...

—¿Nos escuchabais entonces, señor caballero?

—Sin duda —repliqué—. ¿Y quién os ha enseñado tan bien la hora de mi nacimiento?...

—Muchas más cosas podríamos deciros, joven afortunado, pero debéis empezar por poner la señal en la mano.

—Que no quede por eso —respondí, e inmediatamente les di un doblón.

—Mira, Zoradilla —dijo la de más edad—, mira qué noble es, cómo está hecho para gozar de todos los tesoros que le están destinados. Vamos,

Las viejas estaban en vena. Yo era todo oídos. Biondetta deja el baile; corre hacia mí, me toma del brazo, me obliga a alejarme.

—¿Por qué me has abandonado, Álvaro? ¿Qué haces aquí?

—Escuchaba —respondí.

—¡Cómo! —me dijo, mientras me arrastraba—, ¿escuchabas a esas monstruosas viejas?...

—En realidad, mi querida Biondetta, esas criaturas son singulares; tienen más conocimientos de los que les suponemos; me decían...

—Sin duda —me replicó con ironía— hacían su trabajo, te decían la buenaventura. ¿Les dabas crédito? Eres, a pesar de tu inteligencia, simple como un niño. ¿Y éstas son las cosas que te impiden ocuparte de mí?...

—Al contrario, mi querida Biondetta: iban a hablarme de ti.

—¡Hablar de mí! —replicó vivamente, con una especie de inquietud—,

¿qué saben de mí ellas?, ¿qué pueden decir? Desvarías. Bailarás conmigo toda la noche para hacerme olvidar tu espantada.

La sigo, entro de nuevo en el corro, pero sin prestar atención a lo que ocurre a mi alrededor. Sólo pensaba en escaparme para reunirme otra vez, donde pudiera, con mis echadoras de buenaventura. Finalmente, creo ver un momento favorable: lo aprovecho. En un abrir y cerrar de ojos me escabullo en busca de mis brujas, las encuentro y las llevo a una pequeña glorieta donde termina el huerto de la granja. Una vez allí, les suplico que me digan, en prosa, sin enigma, muy sucintamente, en fin, todo lo que puedan saber de interés sobre mi persona. Mis ruegos causaron su efecto, pues tenía las manos llenas de oro. Se consumían tanto por hablar como yo por escucharlas. Pronto no pude ya dudar de que conociesen las particularidades más secretas de mi familia y, confusamente, mis relaciones con Biondetta, mis temores, mis esperanzas; creía enterarme de muchas cosas, me preciaba de enterarme de otras aún más importantes; pero nuestro Argos me vuelve a pisar los talones.

Esta vez Biondetta no corre hacia mí, sino que voló. Quiso hablar.
—Nada de excusas —dijo—, la reincidencia es imperdonable...

—¡Ah! Me la perdonarás —le dije—, estoy seguro de ello. Aunque me hayas impedido enterarme de todo lo que podía saber, ya sé lo suficiente...

—Para hacer alguna extravagancia. Estoy furiosa, pero no es éste el momento de pelearse; aunque nosotros nos hayamos faltado al respeto, se lo debemos a nuestros anfitriones. Vamos a sentarnos a la mesa, y yo me colocaré a tu lado: no pienso aguantar más que te me escapes.

En la nueva disposición del banquete, estábamos sentados enfrente de los recién casados. Ambos están animados por los placeres de la jornada: Marcos tiene la mirada encendida y Luisa mira con menos timidez que antes, pero el pudor se venga y le cubre las mejillas del más vivo encarnado. El vino de Jerez da la vuelta a la mesa y parece haber desterrado hasta cierto punto la reserva: hasta los viejos, animándose con el recuerdo de sus placeres pasados, provocan a la juventud con ocurrencias que demuestran menos viveza que petulancia. Este cuadro tenía ante mis ojos, pero había otro más movido y más variado junto a mí.

Biondetta, que parecía alternativamente entregada a la pasión y al despecho, luciendo una boca armada con las gracias altivas del desdén o embellecida por la sonrisa, me importunaba, me ponía mala cara, me pellizcaba hasta sangrar, y terminaba por pisarme suavemente los pies. En una palabra, se sucedían en un mismo instante el favor y el reproche, el castigo y la caricia, de modo que, entregado a tal vicisitud de sensaciones, me hallaba en un desorden inconcebible.

XVII

Los novios han desaparecido; una parte de los invitados los han seguido por una u otra razón. Abandonamos la mesa. Una mujer, que sabíamos era la tía del granjero, coge una vela de cera amarilla, nos precede y, siguiéndola, llegamos a un pequeño dormitorio de doce pies cuadrados: una cama que no llega a los cuatro de ancho, una mesa y dos sillas constituyen todo el mobiliario.

—Señor y señora —nos dice nuestra guía—, éste es el único cuarto que podemos proporcionaros.

Pone la vela sobre la mesa y nos deja solos. Biondetta baja la vista. Le dirijo la palabra:

—¿Les has dicho que estábamos casados?

—Sí —responde—, no podía decir más que la verdad. Tengo tu palabra, tú tienes la mía. Eso es lo esencial. vuestras ceremonias son sólo precauciones contra la mala fe y no me conciernen en absoluto. Lo demás no

ha dependido de mí. Por otra parte, si no quieres compartir la cama que nos ofrecen, me darás la mortificación de verte pasar la noche muy incómodamente. Necesito descanso: estoy rendida, agotada en todos los aspectos.

Mientras pronunciaba estas palabras con un tono muy excitado, se tiende en la cama con la cara vuelta hacia la pared.

—¡Cómo! —grité—, Biondetta, te he disgustado, estás realmente enfadada. ¿Cómo puedo expiar mi falta? Pídeme la vida.

—Álvaro —me responde sin alterarse—, ve a consultar a tus gitanas de qué manera puede volver la calma a mi corazón y al tuyo.

—¿Cómo? ¿La conversación que mantuve con esas mujeres es el motivo de tu cólera? ¡Ah! Ya verás cómo me disculpas, Biondetta. Si supieras hasta qué punto las opiniones que me han dado coinciden con las tuyas... ¡Me han decidido incluso a no regresar al castillo de Maravillas! Sí, ya está hecho, mañana partimos hacia Roma, Venecia, París, a cualquier lugar en que quieras que viva contigo. Allí esperaremos el consentimiento de mi familia...

Al oír estas palabras, Biondetta se vuelve. Su rostro muestra una expresión seria e incluso severa.

—¿Recuerdas, Álvaro, lo que soy, lo que esperaba de ti, lo que te

aconsejaba hacer? ¡Y qué! Cuando, utilizando con discreción las luces de que estoy dotada, no he podido llevarte a nada razonable, ¡va a resultar que la regla de mi conducta y de la tuya van a basarse en las declaraciones de dos de los seres más peligrosos para ti y para mí, por no decir los más despreciables! Sí —exclamó, en un arrebató de dolor—, he temido siempre a los hombres; he vacilado durante siglos antes de tomar una decisión; está tomada y es irreversible. ¡Qué desdichada soy!

Prorrumpe entonces en sollozos, que procura ocultar a mi vista. Combatido por las más violentas pasiones, caigo a sus rodillas:

—¡Oh Biondetta! —exclamé—, ¡no ves mi corazón! Dejarías, si lo vieras, de desgarrarlo.

—No me conoces, Álvaro, y me harás sufrir cruelmente antes de conocerme. Es necesario que un último esfuerzo te revele mis recursos y cautive a tal punto tu estima y tu confianza que ya no me vea expuesta a particiones humillantes o peligrosas; tus pitonisas están demasiado de acuerdo conmigo como para que no me inspiren justos terrores. ¿Quién me asegura que Soberano, Bernadillo, tus enemigos y los míos, no estén ocultos bajo esas máscaras? Acuérdate de Venecia. Opongamos a sus argucias un

tipo de prodigios que, sin duda, no esperan de mí. Mañana llego a Maravillas, de donde su política busca alejarme; las más envilecedoras y abrumadoras sospechas me recibirán allí, pero doña Mencía es una mujer justa, estimable; tu hermano tiene el alma noble: a ellos me abandonaré. Seré un modelo de dulzura, de complacencia, de obediencia, de paciencia; saldré al paso de todas las pruebas —se detiene un momento—. ¿Será rebajarte lo suficiente, desdichada sílfide? —exclama con doloroso tono de voz.

Quiere proseguir, pero la abundancia de las lágrimas le priva del uso de la palabra.

¿En qué me transformo yo ante estos testimonios de pasión, estas señales de dolor, estas resoluciones dictadas por la prudencia, estos impulsos de un coraje que se me antojaba heroico? Me siento a su lado: trato de calmarla con mis caricias. Primero, me rechaza; poco después ya no encuentro resistencia, pero no hay motivo para felicitarme por ello: la respiración se le hace difícil, tiene los ojos semicerrados, el cuerpo no obedece sino a movimientos convulsivos, un frío sospechoso se le propaga por la piel, el pulso apenas es perceptible y el cuerpo parecería totalmente inanimado si el llanto no fluyera con la misma abundancia.

¡Oh poder de las lágrimas, sin duda el más poderoso de todos los rasgos del amor! Mis desconfianzas, mis resoluciones, mis juramentos, todo queda olvidado. Queriendo secar el manantial de aquel precioso rocío, me había

acercado demasiado a aquella boca donde la frescura se unía al dulce perfume de la rosa; y, aunque quiero alejarme, dos brazos, cuya blancura, suavidad y forma no sabría describir, actúan como lazos de los que no me puedo desprender.

.....

—¡Oh Álvaro mío! —exclama Biondetta—, he triunfado: soy el más feliz de todos los seres.

Yo me sentía incapaz de hablar: experimentaba una turbación extraordinaria; diré más: estaba avergonzado, inmóvil. Se precipita fuera de la cama, se arroja a mis rodillas, me descalza.

—¡Cómo! Querida Biondetta —exclamé—, ¡cómo!, ¿tú rebajarte?...

—¡Ah! —me responde—, ingrato, te servía cuando no eras más que mi déspota: déjame servir a mi amante.

En un momento me hallo despojado de mis ropas; mis cabellos, recogidos con orden, son depositados en una red que ella ha encontrado en un bolsillo.

Su fuerza, su actividad, su habilidad han triunfado sobre todos los obstáculos que yo quería oponer. Con igual ligereza, lleva a cabo su aseo nocturno, apaga la vela que nos alumbra y corre las cortinas.

Entonces, con una voz cuya dulzura no podría compararse a la más deliciosa de las músicas, me dice:

—¿He hecho feliz a mi Álvaro como él me ha hecho a mí feliz? Pero no, todavía soy yo la única feliz: él lo será, quiero que lo sea; lo embriagaré de delicias, lo colmaré de ciencias, lo elevaré al pináculo de las grandezas. ¿Querrás, corazón mío, querrás tú ser la criatura más privilegiada, someter conmigo a los hombres, los elementos, la naturaleza entera?

—¡Oh, mi querida Biondetta! —le dije, aunque forzándome un poco—, tú me bastas, tú colmas todos los deseos de mi corazón...

—No, no —replicó vivamente—, Biondetta no debe bastarte: no es ése mi nombre; tú me lo habías dado, me halagaba, lo llevaba con placer; pero debes saber quién soy... Soy el diablo, mi querido Álvaro, soy el diablo...

Al pronunciar esta palabra con un tono de dulzura tan encantadora, cerraba más que exactamente el paso a las respuestas que hubiese querido

darle. En cuanto pude romper el silencio, le dije:

—Deja, mi querida Biondetta, o quienquiera que seas, de pronunciar ese nombre fatal y de recordarme un error del que he abjurado hace mucho tiempo.

—No, mi querido Álvaro, no era ningún error; he tenido que hacértelo creer así, querido hombrecito. Era necesario engañarte para que te volvieras, por fin, razonable. Tu especie huye de la verdad: cegarte es la única manera de hacerte feliz. ¡Ah, cuánto lo serás si quieres serlo! Me propongo colmarte de felicidad. Convendrás conmigo en que no soy tan repugnante como me pintan...

Su juego me tenía totalmente desconcertado. Me negaba a jugarlo, y la ebriedad de mis sentidos ayudaba a mi distracción voluntaria.

—¡Vamos, respóndeme! —me dijo.

—¡Eh! ¿Y qué quieres que te responda?...

—Ingrato, coloca la mano sobre este corazón que te adora; que el tuyo se

anime, si es posible, con la más ligera de las emociones que tan sensibles son en el mío. Deja que fluya por tus venas un poco de esa llama deliciosa que abrasa las mías; suaviza, si puedes, el sonido de esa voz tan propia para inspirar amor y de la que no te sirves, y en exceso, más que para asustar mi alma tímida; dime, en fin, si te es posible, pero con la misma ternura que yo siento por ti: mi querido Belcebú, te adoro...

XVIII

Ante este nombre fatal, aunque tan tiernamente pronunciado, un terror mortal se apodera de mí; el asombro, el estupor abruman mi alma: la creería aniquilada si la voz sorda del remordimiento no gritase en el fondo de mi corazón. Sin embargo, la rebelión de mis sentidos subsiste tanto más imperiosamente cuanto que no puede ser reprimida por la razón. Me entrega sin defensa a mi enemigo, que abusa de mí y me muestra a su antojo su conquista.

No me concede tiempo para volver en mí, para reflexionar sobre la falta, de la que es mucho más autor que cómplice.

—Ya están arreglados nuestros asuntos —me dice, sin alterar sensiblemente ese tono de voz al que me tiene acostumbrado—. Acudiste en mi busca: te he seguido, servido, favorecido; he obrado, en fin, según tu voluntad. Deseaba tu posesión y, para conseguirla, necesitaba que me ofrecieras un libre abandono de ti mismo. Sin duda, debo a ciertos artificios la primera complacencia; en cuanto a la segunda, yo había descubierto mi nombre: sabías a quién te entregabas y de nada te valdría ahora alegar ignorancia. Desde este instante, Álvaro, nuestro vínculo es indisoluble; pero, para cimentar nuestra sociedad, es importante que nos conozcamos mejor. Como yo te sé ya casi de memoria, para que las ventajas sean recíprocas debo

mostrarme a ti tal como soy.

Sin darme tiempo para reflexionar sobre tan singular discurso, suena un silbido muy agudo a mi lado. Al punto, la oscuridad que me rodea se disipa; la cornisa que remata el artesonado del techo se cubre de gruesas babosas: sus cuernos basculan con viveza y se convierten en chorros de luz fosfórica cuyo fulgor y efecto se ven incrementados por la agitación y el alargamiento.

Casi deslumbrado por esa iluminación súbita, dirijo la vista a mi lado; en lugar de una figura encantadora, ¿qué veo? ¡Oh cielos! La espantosa cabeza de camello. Articula con una voz de trueno aquel tenebroso *Che vuoi* que tanto me había aterrorizado en la gruta, suelta una carcajada humana más horrorosa todavía, saca una lengua desmesurada...

Corro, me escondo debajo de la cama, con los ojos cerrados y la cara contra el suelo. Sentía latir mi corazón con una fuerza terrible: el sofoco amenazaba con hacerme perder la respiración.

No puedo calcular el tiempo que pasé en tan inenarrable situación. De pronto, siento que me tiran del brazo, mi terror crece. Obligado, no obstante, a abrir los ojos, una luz muy intensa los ciega.

No era la de las babosas, que ya no estaban sobre las cornisas; a cambio, el sol caía a plomo sobre mi cara. Una vez más me tiran del brazo: insiste; reconozco a Marcos.

—¡Eh, señor caballero! —me dice—, ¿a qué hora pensáis salir? Si queréis llegar hoy a Maravillas, no tenéis tiempo que perder, es casi mediodía.

Como yo no respondo, me examina:

—¿Cómo? Os habéis acostado completamente vestido... ¿Habéis pasado catorce horas seguidas durmiendo? Debíais tener una gran necesidad de descanso. Vuestra señora esposa ya se lo figuraba: sin duda por temor a molestaros fue a pasar la noche con una de mis tías; pero ha sido más diligente que vos: muy de mañana dio órdenes para que repararan vuestro coche, y podéis subir en él. En cuanto a la señora, no la encontraréis aquí: le hemos dado una buena mula; ha querido aprovechar el fresco de la mañana; os precede y debe esperaros en el primer pueblo que encontréis en vuestro camino.

Marcos sale. Maquinalmente me froto los ojos y me paso las manos por la cabeza en busca de aquella red que debía envolver mis cabellos...

La tengo desnuda, en desorden; la trenza se mantiene igual que la víspera: un lazo la sigue sujetando. «¿Estaría dormido? —me digo entonces—. ¿He dormido? ¿Seré lo suficientemente afortunado como para que todo no haya sido más que un sueño? Vi cómo apagaba la luz... La apagó... Aquí está...».

Marcos vuelve a entrar.

—Si queréis comer algo, señor caballero, está preparado. Vuestro coche está listo.

Bajo de la cama; apenas puedo sostenerme, se me doblan las piernas. Acepto tomar algún alimento, pero me es imposible tragarlo. Quiero entonces mostrar mi gratitud al granjero e indemnizarlo por los gastos que le he ocasionado, pero él rehúsa.

—La señora —me responde— nos ha recompensado y más que noblemente; vos y yo, señor caballero, tenemos dos buenas esposas.

Tras estas palabras, a las que no respondo, subo al carruaje, que se pone en marcha.

No describiré la confusión de mis pensamientos: era tal que la idea del peligro en que me disponía a encontrar a mi madre no se reflejaba sino débilmente en ellos. Con los ojos alelados y la boca abierta, era menos un hombre que un autómeta.

Mi conductor me despierta.

—Señor caballero, debemos recoger a la señora en este pueblo.

No le respondo. Atravesábamos una especie de aldea; en cada casa indaga si han visto pasar a una dama joven con tales y cuales señas. Le responden que allí no se ha detenido. Se vuelve, como queriendo leer en mi rostro mi inquietud al respecto. Y, si no sabía más que yo, debí parecerle muy perturbado.

Estamos fuera del pueblo y empiezo a acariciar la idea de que el objeto actual de mis temores se haya alejado, al menos por algún tiempo.

«¡Ah! Si pudiese llegar y echarme a las rodillas de doña Mencía —me digo a mí mismo—, si pudiera ponerme bajo la salvaguardia de mi respetable madre, fantasmas, monstruos que os habéis ensañado conmigo, ¿os atreveréis a violar ese asilo? Allí volveré a encontrar, junto con los sentimientos de la naturaleza, los principios saludables de los que me he apartado; ellos serán mi escudo frente a vosotros.

Pero si las penas ocasionadas por mis desórdenes me han privado de ese ángel tutelar... ¡ah!, entonces no quiero vivir más que para vengarla de mí mismo. Me sepultaré en un claustro... ¡Eh!, ¿quién me libraré allí de las quimeras que engendre mi cerebro? Con todo, abrazaré el estado eclesiástico. Sexo encantador, debo renunciar a ti: una larva infernal se ha revestido con todas las gracias que yo idolatraba; lo más conmovedor que viese en ti me recordaría...».

XIX

En medio de estas reflexiones en las que mi atención se halla concentrada, el coche entra en el gran patio del castillo. Oigo una voz: «¡Es Álvaro! ¡Es mi hijo!». Levanto la vista y reconozco a mi madre en el balcón de su aposento.

Nada iguala entonces la dulzura, la viveza del sentimiento que me embarga. Mi alma parece renacer, todas mis fuerzas se reaniman al mismo tiempo. Me precipito, vuelo hacia los brazos que me esperan. Me prosterno.

—¡Ah! —exclamé, con los ojos bañados en lágrimas y la voz entrecortada por los sollozos—, ¡madre mía!, ¡madre mía! ¿No soy, pues, vuestro asesino? ¿Me reconoceréis como hijo vuestro? ¡Ah!, madre mía, me abrazáis...

La pasión que me transporta, le vehemencia de mis acciones han alterado de tal manera mis rasgos y el sonido de mi voz que doña Mencía concibe cierta inquietud. Me levanta con bondad, me abraza de nuevo, me obliga a sentarme. Quise hablar, pero me fue imposible hacerlo; me arrojé sobre sus manos bañándolas en lágrimas, cubriéndolas con las caricias más arrebatadas. Doña Mencía me observa sorprendida: supone que debe haberme sucedido algo extraordinario; teme incluso algún trastorno de mi razón. Mientras su inquietud, su curiosidad, su bondad, su ternura se hacen visibles en sus complacencias y en sus miradas, su previsión ha puesto al alcance de mi mano cuanto puede aliviar las necesidades de un viajero fatigado por un camino largo y penoso.

Los criados se apresuran a servirme. Mojo mis labios por complacerlos. Mis miradas distraídas buscan a mi hermano; alarmado al no verlo, digo:

—Señora, ¿dónde está el estimable don Juan?

—Se pondrá muy contento cuando sepa que estás aquí, pues te escribí para que vinieras; pero como sus cartas, fechadas en Madrid, no pueden haber salido hasta hace unos días, no te esperábamos tan pronto. Eres el coronel del regimiento que él mandaba y el rey acaba de nombrarlo para un

virreinato en las Indias.

—¡Cielos! —exclamé—, ¿sería entonces totalmente falso el espantoso sueño que acabo de tener? Pero es imposible...

—¿De qué sueño hablas, Álvaro?...

—Del más largo, del más extraño, del más terrible que pueda tenerse.

Entonces, superando orgullo y vergüenza, le cuento detalladamente cuanto me había sucedido desde mi entrada en la gruta de Portici hasta el feliz momento en que pude abrazarme a sus rodillas.

Aquella mujer respetable me escucha con una atención, una paciencia, una bondad extraordinarias. Como yo conocía ya la gravedad de mi falta, vio que era inútil exagerármela.

—Querido hijo, has corrido tras las mentiras y, al instante, ellas te han rodeado. Júzgalo tú mismo a través de la noticia de mi indisposición y del enojo de tu hermano mayor. Berta, a quien creíste hablar, se halla postrada en cama desde hace tiempo sin poderse mover. Nunca pensé en enviarte doscientos cequíes de más, aparte de tu pensión. Habría temido que sirvieran para alimentar tus desórdenes o sumergirte en ellos por una liberalidad mal entendida. El honrado escudero Pimientos ha muerto hace ocho meses. Y de los mil ochocientos campanarios que tal vez posea en todas las Españas el duque de Medina-Sidonia, no hay una pulgada de tierra en el lugar que indicas: lo conozco perfectamente, y habrás soñado esa granja y todos sus habitantes.

—¡Ah! Señora —repuse—, el mulero que me ha traído lo vio igual que yo. Bailó en la boda.

Mi madre ordena que hagan venir al mulero, pero éste había desenganchado las mulas al llegar, sin pedir su salario.

Esta fuga precipitada, que no dejaba ninguna pista, provocó algunas sospechas en mi madre.

—Núñez —le dijo a un paje que cruzaba la habitación—, vete a decirle al venerable don Quebracuernos^[5] que mi hijo Álvaro y yo lo esperamos aquí.

—Es —prosiguió— un doctor de Salamanca; tiene mi confianza y la merece: puedes otorgarle la tuya. Hay en el final de tu sueño una particularidad que me preocupa; don Quebracuernos conoce los términos y definirá esas cosas mucho mejor que yo.

El venerable doctor no se hizo esperar; era persona que imponía, incluso antes de hablar, por la gravedad de su porte. Mi madre me hizo repetir ante él la confesión sincera de mi atolondramiento y las consecuencias que había traído consigo. Él me escuchaba con una atención mezclada con asombro y sin interrumpirme. Cuando hube terminado, después de haber meditado unos instantes, tomó la palabra en estos términos:

—Ciertamente, señor Álvaro, acabáis de escapar al mayor peligro a que puede exponerse un hombre por su culpa. Habéis provocado al espíritu maligno y lo habéis provisto, mediante una serie de imprudencias, de todos los disfraces que necesitaba para conseguir engañaros y perderos. Vuestra aventura es realmente extraordinaria; no he leído nada semejante en la *Demonomanía*^[6] de Bodin ni en el *Mundo encantado*^[7] de Bekker. Y hemos de convenir en que, desde que esos grandes hombres escribieron sus obras, nuestro enemigo se ha refinado prodigiosamente en la manera de formar sus ataques, aprovechando las astucias que los hombres del siglo emplean recíprocamente para corromperse. Copia fielmente la naturaleza, y sabiendo

elegir; emplea el recurso de los talentos amables, da fiestas de buen tono, hace hablar a las pasiones su lenguaje más seductor; imita incluso, hasta cierto punto, la virtud. Esto me abre los ojos sobre muchas cosas que ocurren; veo desde aquí muchas grutas más peligrosas que las de Portici, y una multitud de endemoniados que, por desgracia, no sospechan serlo. Respecto a vos, tomando sabias precauciones para el presente y para el porvenir, os creo totalmente liberado. Vuestro enemigo se ha retirado, de eso no cabe duda. Os sedujo, es cierto, pero no logró corromperos; vuestras intenciones, vuestros remordimientos os han salvado con la ayuda de los socorros extraordinarios que re recibisteis; así, su pretendido triunfo y vuestra derrota no han sido, para vos y para él, más que una *ilusión* de la que vuestro arrepentimiento terminará de lavaros. En cuanto a él, le ha correspondido una retirada forzosa; pero admiraos de cómo ha sabido cubrirla y dejar, al partir, la duda sembrada en vuestro espíritu y señales en vuestro corazón para poder renovar el ataque si le dais ocasión de hacerlo. Después de haberos deslumbrado cuanto le habéis permitido, obligado a mostrarse a vos en toda su deformidad, obedece como el esclavo que prepara la rebelión; no quiere dejaros ninguna idea razonable y clara, mezclando lo grotesco con lo terrible, lo pueril de sus babosas luminosas con el espantoso descubrimiento de su horrible cabeza, la mentira, en fin, con la verdad, el descanso con la vigilia, de manera que vuestro confundido espíritu no distinga nada y que podáis creer que la visión que os asaltó era menos efecto de su malicia que sueño ocasionado por los vapores de vuestro cerebro. Sin embargo, aisló cuidadosamente la idea de ese agradable fantasma del que se sirvió durante tanto tiempo para extraviaros; si se lo permitís, lo volverá a sacar a escena. Con todo, no creo que la barrera del claustro o de nuestro estado sea la que debáis oponerle. Vuestra vocación no está suficientemente decidida; las personas instruidas por su experiencia son necesarias en el mundo. Creedme, estableced vínculos legítimos con una dama que os merezca; que vuestra respetable madre presida vuestra elección, y, aunque la que obtengáis de su mano tenga unas gracias y unos talentos celestiales, nunca sentiréis la tentación de confundirla con el Diablo.

Epílogo de *El diablo enamorado*

Cuando apareció la primera edición de *El diablo enamorado*, los lectores encontraron el desenlace demasiado brusco. Los más de ellos habrían deseado que el héroe cayese en una trampa cubierta con las flores suficientes para salvarlo de los sinsabores de la caída. Finalmente, les parecía que la imaginación había abandonado al autor al llegar a los tres cuartos de su carrera; entonces la vanidad, que no quiere perder nada, sugirió a éste, para vengarse del reproche de esterilidad y justificar su propio gusto, que leyese a las personas de su conocimiento toda la novela, tal y como había sido concebida en su primera luz. En ella Álvaro era engañado por su enemigo y entonces la obra, dividida en dos partes, terminaba en la primera con esta enfadosa catástrofe, cuyas consecuencias eran desarrolladas en la segunda; de endemoniado que era, Álvaro se convertía en poseído y no era más que un instrumento en manos del Diablo, que lo utilizaba para sembrar el desorden por todas partes. La urdimbre de esta segunda parte, al dar mucho mayor impulso a la imaginación, abría una cantera más extensa a la crítica, al sarcasmo, a la licencia.

Este relato suscitó opiniones diferentes: unos pretendían que Álvaro debía ser conducido hasta la caída, inclusive, y detenerse ahí; otros, que no debían

escamotearse las consecuencias.

Hemos tratado de conciliar las ideas de los críticos en esta nueva edición. Álvaro es engañado en ella hasta cierto punto, pero sin convertirse en víctima; su adversario, para engañarlo, se ve obligado a mostrarse honrado y casi mojigato, lo que destruye los efectos de su propio sistema y hace que su éxito sea incompleto. Finalmente, a su víctima le sucede lo que podría sucederle a un hombre galante seducido por las más honradas apariencias; sufriría sin duda algunas pérdidas, pero salvaría el honor, si fuesen conocidas las circunstancias de su aventura. Se adivinarán fácilmente las razones que hicieron suprimir la segunda parte de la obra: si era susceptible de un cierto tipo de comicidad suelta, picante, aunque forzada, presentaba también ideas negras que no deben ser ofrecidas a una nación de la que puede decirse que, si la risa es un carácter distintivo del hombre como animal, es en ella donde más agradablemente se ha desarrollado. No tiene menos gracias en la ternura; pero, ya se la divierta o se la interese, debemos cuidar su bello natural y ahorrarle convulsiones.

La obrita que entregamos hoy reimpressa y aumentada, aunque poco importante, tuvo en un principio motivos razonables, y su origen es lo suficientemente noble como para que no debamos hablar de él aquí si no es con los mayores cuidados. Fue inspirada por la lectura de un pasaje de un autor infinitamente respetable, en el que se habla de las artimañas que puede emplear el Demonio cuando quiere agrandar y seducir. Las hemos reunido, en la medida de lo posible, en una alegoría en la que los principios se enfrentan con las pasiones: el alma es el campo de batalla; la curiosidad provoca la acción; la alegoría es doble y los lectores lo percibirán fácilmente.

No iremos más lejos en esta explicación: recordamos que, a los veinticinco años, recorriendo la edición completa de las obras del Tasso, cayó en nuestras manos un volumen que no contenía más que la aclaración de las alegorías de la *Jerusalén libertada*. Muchos nos guardamos de abrirlo. Estábamos apasionadamente enamorados de Armida, de Herminia, de Clorinda; perdíamos quimeras demasiado agradables si aquellas princesas quedaban reducidas a la condición de simples emblemas.